

7-7-2017

Un camino de oración: Guiados por Juan Bautista de La Salle

Hno. Antonio Botana Caeiro, FSC

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/libros>

Recommended Citation

Botana Caeiro, FSC, Hno. Antonio, "Un camino de oración: Guiados por Juan Bautista de La Salle" (2017).
Libros en acceso abierto. 61.
<https://ciencia.lasalle.edu.co/libros/61>

This Libro is brought to you for free and open access by the Ediciones Unisalle at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in Libros en acceso abierto by an authorized administrator of Ciencia Unisalle. For more information, please contact ciencia@lasalle.edu.co.

Un camino de oración

Guiados por Juan Bautista de La Salle

Hno. Antonio Botana Caeiro, Fsc.

Un camino de oración

Guiados por Juan Bautista de La Salle

Hno. Antonio Botana Caeiro, Fsc.



Botana, Antonio, Fsc.

Un camino de oración: guiados por Juan Bautista de La Salle / Antonio Botana. -- 2a. edición.

-- Bogotá: Ediciones Unisalle, 2017.

132 páginas; 23 cm.

Incluye índices.

ISBN 978-958-5400-62-7

1. Juan Bautista de La Salle, Santo, 1651-1719 2. Oración - Enseñanza 3. Meditaciones I. Tit.
291.43 cd 21 ed.

A1584137

CEP-Banco de la República-Biblioteca Luis Ángel Arango

ISBN: 978-958-5400-62-7

e-ISBN: 978-958-5400-63-4

Primera edición: Madrid, 2016

Segunda edición: Bogotá, D. C., noviembre de 2017

© Universidad de La Salle

© Distrito Lasallista de Bogotá

© Hno. Antonio Botana, Fsc.

Edición

Universidad de La Salle

Oficina de Publicaciones

Sede Chapinero, Cra. 5 # 59A-44, Bogotá, Colombia

PBX: (571) 3 48 8000 exts.: 1224 y 1226

publicaciones@lasalle.edu.co

<http://www.lasalle.edu.co>

Dirección editorial

Guillermo Alberto González Triana

Coordinación editorial

Andrea del Pilar Sierra Gómez

Diagramación

Nancy Cortés

Impresión

CMYK Diseño e Impresos S.A.S.

Universidad de La Salle

Sede Chapinero, Cra. 5 # 59^a-44, Bogotá, Colombia

PBX: [57 1] 348 8000

<http://www.lasalle.edu.co/>

Distrito Lasallista de Bogotá

Diagonal 46 # 19-28, Bogotá, Colombia

PBX: [57 1] 3434300

<http://www.lasalle.org.co/>

Rector

Hno. Alberto Prada Sanmiguel, Fsc.

Visitador

Hno. Carlos Gabriel Gómez Restrepo, Fsc.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida ni en su todo ni en sus partes, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro sin el permiso previo por escrito.

Impreso y hecho en Colombia
Printed and made in Colombia

TABLA DE CONTENIDO

Prólogo		5
¿Cómo utilizar este libro?		7
¿A quién va dirigido?		9
A la vera del camino		11
Es hora de dar un salto		17
Pongámonos en camino		23
CAPÍTULO 1		27
Comienza la aventura: una mirada al mapa		
CAPÍTULO 2		39
Orar es... un tiempo de retiro		
CAPÍTULO 3		51
Orar es... una relación de amor		
CAPÍTULO 4		63
Orar es... esperar a que Él pase, aunque se retrase		
CAPÍTULO 5		77
Orar es... abrirse a la presencia de Dios y ¡celebrarla!		
CAPÍTULO 6		95
Orar es... entrar en el misterio de Cristo y dejarse evangelizar por Él		

	CAPÍTULO 7		111
Orar es...	dejar al Espíritu que ore en mi interior		
	CAPÍTULO 8		119
Orar es...	agradecer y ofrecer, como instrumento de la obra de Dios		
	Y ya al final...		128
	Referencias		131

PRÓLOGO

El hermano Antonio Botana, experto estudioso del carisma y la espiritualidad lasallista, nos ofrece una magistral presentación de la espiritualidad y la oración del educador lasallista, pero con la actualidad y maestría de quien conoce las exigencias del educador orante del siglo XXI, en el ajetreado mundo de la educación. Nos llega este precioso regalo, pan caliente y sabroso, para alimento espiritual de cuantos nos sentimos identificados con el carisma del celestial patrono de los educadores, reflejo de su experiencia orante, proyectada a vivir plenamente la misión educadora, en clave de “ministerio eclesial”, al servicio de la educación cristiana de la niñez y de la juventud.

Un camino de oración, guiados por Juan Bautista de La Salle es una forma práctica y sencilla, pero profunda, de crecer en la espiritualidad lasallista a través de la pedagogía de la oración, vivida y actualizada, según las enseñanzas del fundador de las Escuelas Cristianas. En estas sencillas pistas de interioridad, de oración para caminar en la presencia de Dios, se halla toda la profundidad del espíritu evangélico del gran formador de maestros cristianos.

Un camino de oración, guiados por Juan Bautista de La Salle se desarrolla en ocho capítulos. El primero trata del inicio de una aventura apasionante de la oración y sugiere el mapa que hay que seguir para acrecentar la experiencia de la oración; el segundo habla de la oración como un tiempo de retiro; el tercero se centra en orar, como una relación de amor; el cuarto se enfoca en orar, esperando que Dios pase, aunque Él se retrase; el quinto, donde orar es abrirse y celebrar la presencia de Dios; el sexto, en el que orar es entrar en el misterio de Cristo y dejarse evangelizar por él; el séptimo, donde orar es dejar al Espíritu que ore en el interior de cada persona; y el último, donde orar es agradecer y ofrecerse, como instrumento de la obra de Dios.

A partir del segundo capítulo, además de presentar y desarrollar el tema propio, da cuenta del camino de la oración a partir de los usos y costumbres lasallistas y, de manera pedagógica, describe un ejercicio de oración personal,

aspectos muy valiosos a la hora de recordar el método de oración personal propuesto por el fundador o al momento de apropiarse de este cuando no se ha tenido la experiencia de haberse ejercitado, en el pasado, en él.

Si bien sabemos que la educación es un camino de interioridad que cultiva todas las dimensiones de la persona humana es un compromiso inaplazable para el cristiano y para los lasallistas ahondar en las profundidades descubiertas por el fundador que descubrió la voluntad de Dios en la realidad de la sociedad francesa del siglo XVII, concretamente en el rostro e interpelación de los primeros maestros y más aún en el llamado que Dios le hizo para hacerse cargo de la formación humana, cristiana y académica de calidad de los hijos de los pobres y artesanos.

Expresamos nuestra fraterna gratitud al hermano Antonio Botana, por compartir con los lasallistas de Colombia, específicamente con el Distrito Lasallista de Bogotá, su propia experiencia de Dios y contribuir al crecimiento espiritual de todos los que abordemos su magnífica obra *Un camino de oración, guiados por Juan Bautista de La Salle*.

Distrito Lasallista de Bogotá

¿CÓMO UTILIZAR ESTE LIBRO?

Como una guía de viaje

La guía ofrece, en primer lugar, una perspectiva global de la región por la que te vas a mover. Y, seguramente, te motivará para que te lances a recorrerla. Te avisa de algunas condiciones que habrás de tener en cuenta, indumentaria, atención al clima, etc., y de la asistencia que puedes encontrar. Te da un mapa, por supuesto, en este puedes ver enseguida dónde está el norte y el sur, cuáles son los lugares más significativos y los accidentes más importantes en el relieve.

Luego, lo normal no es leer la guía de seguido, sino acudir a ella para preparar una etapa, para elegir el camino más apropiado, tal vez para conocer mejor esta parte del terreno en que te encuentras o el lugar que estás visitando. Y es muy posible que de vez en cuando vuelvas a releer esta o aquella sección, porque te ayuda a recordar y valorar mejor los lugares por los que has pasado. Aquí encontrarás, en los dos primeros capítulos, una breve descripción del terreno que comienzas a pisar y algunas motivaciones para que te decidas a adentrarte, ¡esto merece la pena! También te advierte de ciertas condiciones que habrás de tener en cuenta si quieres emprender la aventura con éxito.

Para esta presentación inicial se toma como referencia a Bartimeo, el ciego del Evangelio de Marcos (10:46-52). El relato lo describe sentado al borde del camino. Cuando oye pasar a Jesús se pone a gritar y a pedir ayuda. Al ser invitado a levantarse y acercarse a Jesús toma la decisión fundamental de su vida: da un salto y comienza la aventura. Al final, el relato lo deja ya en camino, en unión de los que seguían a Jesús.

Si quieres saborear esta aventura de la oración, tienes la ayuda de los capítulos posteriores a “Pongámonos en camino”. Se cuenta, en primer lugar, con un mapa (capítulo 1) que ofrece una panorámica global. En cuanto a los demás capítulos, muévete entre ellos con libertad y, sobre todo, sin prisas.

¿A QUIÉN VA DIRIGIDO?

Esta guía de viaje para la aventura de la oración nace de la experiencia de un hombre con carisma: Juan Bautista de La Salle. Va dirigida, en especial, a cuantos se sienten en sintonía con ese carisma, ligado a un ministerio eclesial, el de la educación cristiana de niños y jóvenes, especialmente de los menos afortunados.

Por la misma razón, la guía puede ser útil para cuantos dedican su vida a la educación, aunque lo hagan desde otros carismas eclesiales. A unos y a otros las referencias que a menudo encontrarán en su labor con sus discípulos les ayudarán a unir la vida de oración con su modo particular de construir el Reino, que es la educación.

Una vez advertidos de estas referencias explícitas al itinerario lasaliano y al ministerio educativo, que son fácilmente extrapolables a otras tareas del Reino, a otros cristianos u hombres y mujeres que deseen orar, pueden aprovecharse bien del conjunto de la guía para orientar su búsqueda y aprendizaje de la oración. Al fin y al cabo, es un terreno común, aunque haya muchas formas de recorrerlo.

A LA VERA DEL CAMINO

*A la vera del camino... sentado,
pidiendo limosna a los que por allí pasaban,
estaba un ciego llamado Bartimeo.
Un día oyó que pasaba por allí Jesús de Nazaret.
Bartimeo se dijo: "Este es un profeta poderoso.
Él puede devolverme la vista. ¡Es la ocasión!".
Y empezó a gritar:
—¡Hijo de David, Jesús, ten compasión de mí!
Muchos le decían que se callara, pero él gritaba cada vez más:
—¡Hijo de David, ten compasión de mí!*

Esto ya es oración

Todo hombre creyente, por poco que lo sea, desarrolla alguna forma de oración, aunque no sea más que la de “acordarse de santa Bárbara cuando truena”.

Un nivel muy elemental de oración es en mis necesidades o problemas como: enfermedad, peligro, fracaso, soledad, desconcierto, etc. Cuando parece que me falla todo asidero humano, entonces vuelvo la mirada al Ser que todo lo puede, y le pido que me ayude, que me conceda lo que yo no puedo obtener por los medios naturales. Esta es una oración “forzada por las circunstancias”.

Quizá sea una forma muy “interesada” de recurrir a Dios, pero hay que decir que es una forma válida de orar. Dios “se deja” poner a nuestro servicio porque, al fin y al cabo, Él es padre.

Como mínimo, tras esta forma de oración hay una actitud religiosa de dependencia de Dios. Eso ya es positivo.

Además, y ya sería un nivel más profundo, esa oración de petición puede ir fundamentada en una actitud de *confianza* en la bondad de Dios, en que Él quiere nuestro bien, eso es más positivo. Pero aún podemos añadir que es Jesús mismo quien avala este tipo de oración, cuando nos dice:

Pedid, y os darán, [...] Pues todo el que pide recibe, y el que busca, encuentra, y al que llama, Dios le abrirá la puerta.

[...] Pues si vosotros, que sois malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuánto más vuestro Padre que está en los cielos se las dará a quienes se las pidan! (Mt 7:7-11)

Para muchas personas, estos momentos de “oración de petición” vienen a ser en su vida como *una toma de conciencia*, aunque sea muy elemental, de que tienen un Padre, que ellos son hijos, y que, por tanto, pueden hacer uso de su derecho de hijos, que es el de acudir al padre en la necesidad.

No es solo pedir, también es comunicarme

La oración se enriquece cuando no me limito a pedir, sino que me dirijo a Dios como aquel que me escucha, porque está interesado por mí: le cuento lo que me pasa y mis proyectos; le doy gracias por todo lo que recibo de Él. Esa conciencia filial que asomaba ya en la oración de petición, aquí se desarrolla un poco más.

¿Qué imagen de Dios está aquí de fondo? ¿No parece un buzón silencioso, que recibe pacientemente lo que “le echo”? Es cierto que eso me permite expresarme, darme cuenta de lo que soy y de lo que he recibido, desde aquí puedo seguir creciendo en la fe.

Pero esa imagen del buzón nos pone en guardia contra ciertas deformaciones en las que podemos caer en estos primeros pasos de nuestro camino de oración:

- Quizá me olvidé de que Dios no está solo para escuchar y atender lo que yo le diga o pida. También tiene algo que decirme y pedirme.
- En ese olvido, la oración resulta ser una comunicación en un solo sentido: yo le hablo a Dios, pero no le escucho.
- Y la consecuencia: la oración se convierte en un medio “espiritual” de satisfacer mis deseos, pero no me convierte hacia Dios. En ese caso, mi oración tenderá a ser siempre igual: no hay proceso, *camino de oración*.

El interrogante: un estímulo para ponerse en camino

Hay otro tipo de oración que parece también “forzada por las circunstancias” y que surge en la persona espiritualmente sensible, aunque no sea muy “practicante”: podría llamarse *oración de interpelación*, y se expresa con frecuencia en los Salmos. El hombre que se encuentra ante la injusticia, la opresión del débil, el sufrimiento del inocente y la desgracia inesperada... tiende a rebelarse por dentro e increpa a Dios: *¿por qué consientes esta situación?*

Puede quedarse en un simple desahogo, pero puede ser también el inicio de un diálogo con Dios, que es el caso de Job, o incluso de una búsqueda de sentido a través de la biblia. El interrogante repetido, cuando no se queda simplemente en la expresión de una frustración, está esperando una respuesta.

Así se va llegando a una nueva opción: la de admitir que Dios me puede decir algo, dando respuesta a mis interrogantes. Él empieza a aparecer como interlocutor, y no ya como un simple buzón.

Casi al mismo tiempo descubro otra realidad: en vez de responder, Dios tal vez prefiera callar. Desde esta toma de conciencia me asomo al gran *umbral* de la oración cristiana: el reconocimiento de la alteridad de Dios. Es decir, Él es “otro”, es diferente a mí, a veces, o frecuentemente, no lo entiendo, no lo puedo manejar a mi antojo; no puedo obligarle a entrar en mi juego; soy yo el que ha de entrar en el suyo.

Las interpelaciones son abundantes en los Salmos, y también Jesús las emplea:

- “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?” (Salmo 21:2).
- “¿Por qué te quedas lejos, Señor, y te escondes en el momento del aprieto?” (Salmo 9:22).
- “¿Hasta cuándo, Señor, seguirás olvidándome?
- ¿Hasta cuándo me esconderás tu rostro?
- ¿Hasta cuándo he de estar preocupado, con el corazón apenado todo el día?” (Salmo 12:2-3)
- “A ti, Señor, llamé, supliqué a mi Dios: ¿qué ganas con mi muerte, con que yo baje a la fosa?” (Salmo 29:9-10)

- “¿Por qué nos escondes tu rostro y olvidas nuestra desgracia y opresión?” (Salmo 43:25).
- “Estoy agotado de gritar, tengo ronca la garganta; se me nublan los ojos de tanto aguardar a mi Dios” (Salmo 68,4).
- “De noche lo pienso en mis adentros, y meditándolo me pregunto: ¿Es que el Señor nos rechaza para siempre y ya no volverá a favorecernos?” (Salmo 76,7-8).

¡Ay!, que me da vértigo

En este punto a muchos creyentes les da una fuerte sensación de vértigo; y la reacción inmediata es echarse atrás.

Al fin y al cabo, se plantean, ¿es realmente necesario algo más en nuestra vida de creyentes? ¿No basta con esa oración “espontánea” o esa otra provocada por las diversas circunstancias de la vida? Entre los que se plantean esta pregunta, son muchos los que tienen su respuesta asumida en sentido negativo:

- Unos dicen que eso está bien para curas, frailes y monjas, pues entra en su opción de vida, pero el “cristiano de a pie” tiene otras cosas que hacer.
- Unos más dicen que los “tiempos fuertes” de oración; es decir, a diario, son para los contemplativos. Para la mayoría es suficiente con que el trabajo diario se haga con buena conciencia, pues ese trabajo “ya es oración”.

Al margen de otras muchas motivaciones, como cristianos, deberíamos hacernos esta simple reflexión:

Jesús oraba, mucho y muy frecuentemente. Oraba en grupo, en la sinagoga, pero sobre todo oraba a solas. En esa oración, en diálogo con el Padre, iba descubriendo su misión y el cómo realizarla. Siempre que iba a tomar una decisión importante dedicaba tiempo extra a la oración (ver en el Evangelio de san Lucas, especialmente). Y, sin embargo, nadie como Él vivía a diario “en presencia de Dios”, nadie como Él podría decir que “su trabajo era oración”. Si Jesús oraba, nosotros, sus seguidores, ¿no hemos de orar también?

Si alguno me abre...

Míralo desde este otro lado: la oración es el umbral por el que Dios entra en la vida de las personas. Él necesita que yo le abra, para que pueda transformarme por dentro. Pero ese umbral no puede cruzarlo mientras mi oración sea solo al “Dios-buzón”.

¿Por qué orar?

Oro para poder abrirme a Dios, que no es un padre posesivo que está siempre interfiriendo, sin dejarme ser yo mismo ni tomar mis propias decisiones, sino que me deja libre y espera a que le hable. Tengo que abrir la puerta e invitarle a pasar. “Mira que estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y me abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él, y él conmigo” (Ap 3:20).

Quando oro, abro las puertas de mi vida a Dios y le deajo pasar. Él entra, penetra para purificar y transformar mi vida, lo limpia todo un poco, cambiando los muebles de sitio y tirando algunas cosas. Limpia las ventanas para que Él pueda ver a los demás y al mundo exterior con mayor claridad; llena la nevera y el congelador con alimentos para sustentarme; me toma la temperatura, me mete en la cama y me prescribe medicinas para que mejore; me regaña o me felicita, según convenga. Por supuesto que hablo en lenguaje figurado, pero espero que se entienda lo que quiero decir. La presencia de Dios me juzga, me purifica, me alimenta, me sana y me fortalece.

Quando oro, me expongo a Dios como en la playa al sol; me abro a su gracia, a su influencia misericordiosa, al flujo de su luz y de su vida, de su poder y de su amor. (Pilkington, 1995, pp. 15-16)

Una historia interminable

Quando decido adentrarme en el camino de oración comienza para mí una historia interminable:

- *Historia*, porque la oración será la historia de mi vida, que voy contemplando desde la fe, narrándola a Dios y oyéndosela narrar a Él. Será algo vital y cambiante según varíen las circunstancias de mi vida. No podrá ser una repetición de esquemas o de fórmulas, ni la sujeción esclava a un método.
- *Interminable*, porque será una relación interpersonal con Dios, que me irá llevando por caminos imprevisibles, descubrirá el sentido, siempre nuevo, de mi vida cada día.

En el libro de la oración siempre hay “una página después”. Y lo interesante de esta aventura empieza cuando uno mismo entra en la historia y se olvida del libro material.

ES HORA DE DAR UN SALTO

[...] Entonces Jesús se detuvo y dijo:

—Llamadle.

Llamaron al ciego, diciéndole:

—Ten confianza, levántate, él te llama.

Y el ciego, arrojando su capa, dio un salto y se acercó a Jesús.

¿Cuándo comienza la aventura?

La oración, como aventura, ya no como repetición de lo sabido, empieza cuando decido salir al encuentro de Dios y descubrirlo como persona. Me digo a mí mismo: *voy a encontrarme con Él, quiero conocer su rostro; quiero sentirlo dentro de mí...*

Y eso mismo empiezo a decírselo a Dios, repetidamente, como hace el salmista (uno de los muchos “salmistas” que ha habido).

Oigo en mi corazón: “Buscad mi rostro”.

- Tu rostro buscaré, Señor, no me escondas tu rostro. (26:8)
- Como busca la cierva corrientes de agua,
así mi alma te busca a ti, Dios mío;
tiene sed de Dios, del Dios vivo:
¿cuándo entraré a ver el rostro de Dios? (41:2-3)
- Oh, Dios, tú eres mi Dios, por ti madrugo,
mi alma está sedienta de ti;
mi carne tiene ansia de ti,
como tierra reseca, agostada, sin agua. (62:2)
- Caminaré en presencia del Señor, en el país de la vida. (114:9)
A ti levanto mis ojos, a ti, que habitas en el cielo. (122:1)

Eso que está en el principio de la oración es, en realidad, la finalidad de la oración: *encontrarme con Dios, cara a cara.*

Y Dios empieza a atravesar ese umbral de mi interior: por medio de la oración le doy cada vez más cabida en mis deseos, en mis preocupaciones y en mis intenciones. Desde la oración unifíco mi voluntad con la suya, cada día un poquito más.

Notemos el cambio que se da con respecto a aquellos niveles del principio: Dios ya no es solo mi confidente o mi auxilio en la necesidad (que también lo es), sino el que me atrae hacia sí, el que quiere hacerme a su imagen, el que me ama y desea ser correspondido.

Ante todo, una manera de vivir

Cuando una persona se sitúa en esta aventura de la oración adquiere, ante todo, una manera de vivir, hecha de *presencia y relación*: la vida transcurre en la presencia de Dios y se teje en la relación personal con Él. Es aquel estilo que Abraham, el padre de los creyentes, había hecho suyo, según lo que Dios le había propuesto: “Camina en mi presencia con lealtad” (Gn 17:1).

En nuestro interior lo sentiremos como una energía que nos empuja a prestar atención a Dios, a descubrirlo en el mundo, en las personas, en las cosas y en nuestra propia vida, y a intentar hallar su voluntad y obrar conforme a ella. La presencia de Dios da unidad a nuestra vida, pues toda ella se sitúa en un ambiente sagrado. El ambiente no se hace sagrado porque se vaya sembrando de gestos de santiguarse, de estampas o cruces, sino por su dependencia del *querer* de Dios.

Pero luego, los tiempos fuertes

Ese modo de vivir en relación con Dios necesita tiempos fuertes de encuentro, como los necesitan el marido y la esposa para alimentar su cariño mutuo, tiempos para estar el uno con el otro sin otra cosa que hacer. Son los tiempos en los que el amor se realimenta y echa nuevas raíces. Desde ellos se da luz, color al día y a la vida entera.

La diferencia está en que “el otro” de este encuentro no es tangible, no se deja sentir fácilmente; incluso a veces parece que está ausente. Y aquí viene lo

difícil de la oración: *me aburro; no sé qué decir; no le oigo; me distraigo continuamente; me da la impresión de que no hago nada...* Esta es la experiencia por la que todos pasamos, de una forma o de otra, en situaciones más o menos breves, o prolongadas indefinidamente.

En esos tiempos fuertes de oración casi todo dependerá de Dios, pues la oración es en realidad: *un don de Dios*. Él es quien nos atrae hacia sí, nos muestra su rostro, o nos lo oculta a veces para que nos esforcemos en buscarle, pero a mí me corresponderá seguir poniendo los medios para *llenarme de Él*.

Santa Teresa nos ofrece una imagen muy sugestiva para comprender esta relación entre el esfuerzo del hombre y el regalo de Dios en la oración: para unos, los que están empezando a practicar la oración, el *llenarse de Dios* se asemeja a *sacar agua de un pozo muy hondo*, con un cubo y una soga. Para otros, es como sacar agua del mismo pozo, pero con la ayuda de una noria. Unos más llevan agua de río *a través de acequias*, con mucha más abundancia y facilidad. Finalmente, los hay cuyo huerto se riega *por el agua de lluvia*, sin ningún esfuerzo por su parte, más que el de disponer el terreno...

A unos, Dios les da agua de lluvia cuando apenas han empezado su proceso de oración. Otros, en cambio, se pasan toda la vida sacando agua a cuentagotas...

El que comienza a hacer oración ha de pensar que comienza a hacer un huerto para que se deleite el Señor, en tierra muy infructuosa, que tiene muy malas hierbas. Su Majestad arranca las malas hierbas y ha de plantar las buenas.

Pues hagamos cuenta que el huerto ya está hecho cuando un alma se determina a hacer oración [...]

Pues veamos ahora de la manera que se puede regar, para que sepamos lo que hemos de hacer y el trabajo que nos ha de costar, si es mayor que la ganancia y cuánto tiempo lo hemos de regar.

Creo que se puede regar de cuatro maneras:

- sacando el agua de un pozo que supone un gran trabajo por nuestra parte;
- con noria y arcaduces, que se saca con un torno; yo he sacado el agua algunas veces: es menor trabajo que el anterior y se saca más agua;

- de un río o arroyo; así se riega mejor, pues queda más harta la tierra de agua y no es menester regar tan a menudo, y exige esfuerzo menor del hortelano;
- lloviendo mucho, que lo riega el Señor sin ningún trabajo nuestro; este modo es mejor que todos los anteriores.

Podemos decir que los que comienzan a hacer oración son los que sacan el agua del pozo y que lo hacen con mucho trabajo de su parte, pues se han de cansar en recoger los sentidos, y como están acostumbrados a ir dispersos, les cuesta mucho recogerse. (Santa Teresa de Jesús, 1562)

Empecemos poniendo el cubo para sacar agua

a) Tiempo: es lo inicialmente se debe poner en la oración, lo que más nos suele costar, además es lo que primero se retira cuando la oración no nos satisface o cuando pensamos que tenemos otras prioridades.

¿Cuánto tiempo hay que dedicar a la oración? Esa es una mala pregunta. Mejor tendría que decirme: *¿cuánto tiempo quiero dedicar a la oración?* La respuesta dependerá del camino que lleve andado en esta aventura, de cómo siento el deseo de encontrarme con Dios, de circunstancias concretas como: familiares, trabajo, salud, etc. Puedo señalar un tiempo semanal, pero lo ideal es que sea diario, preferentemente a la misma hora, esto facilita la fidelidad.

b) Lugar: como vivimos en un estado de dispersión nos costará mucho, sobre todo al principio, aplicarnos a la oración. Conviene encontrar un lugar adecuado, pero si espero a hallar el lugar ideal para empezar a hacer oración, entonces nunca comenzaré. He de ser realista y buscar dentro de mis posibilidades, acomodar lo que tengo a mano. Más que el lugar exterior, lo que tengo que preparar es el espacio en mi interior; y ayudarme de los elementos materiales que puedan facilitar mi atención: silencio, música, signos...

c) Recogimiento: al ejercicio consistente en *buscar el lugar interior de mi persona para hacer la oración*, La Salle lo llama *recogimiento*. Me dejó arrastrar por la fuerza del Espíritu, que me conduce hacia el centro de mi ser. La experiencia de san Agustín resalta la necesidad de llegar a ese “lugar sagrado” que es la raíz de nuestro ser:

Tú estabas dentro de mí; yo fuera.
Por fuera te buscaba
y me lanzaba sobre el bien y la belleza creados por ti.
Tú estabas conmigo
y yo no estaba contigo, ni conmigo.
Me retenían lejos las cosas.
No te veía ni te sentía, ni te echaba de menos [...]. (1654)

Una vez que empiece, siempre hay una página después...

La oración, vista desde dentro, es una historia interminable, nunca sé a dónde me llevará. Porque descubrir a Dios es cosa de toda la vida, de toda la eternidad para ser exactos, y cada día tengo que preguntarme y preguntarle cuál es su voluntad sobre mí, y tengo que pedir fuerzas para cumplirla.

Los métodos de oración son técnicas para aprender a leer la historia, pero nunca revelan el contenido de la historia, pues entonces la matarían. El método lasaliano, por ejemplo, nos enseña a leer la *presencia* de Dios en nuestra vida y a leer el *misterio* de Cristo que se está revelando en el mundo, en nuestros discípulos, en nosotros mismos.

Pero esa lectura solo cobra vida y se hace historia gracias al sentimiento de fe apoyado en la palabra de Dios, que va surgiendo del fondo de nuestro corazón en el tiempo fuerte de la oración.

PONGÁMONOS EN CAMINO

[...] Jesús le preguntó:
—¿Qué quieres que haga por ti?
Contestó el ciego:
—Maestro, que vuelva a ver.
Jesús le dijo:
—Puedes irte. Por tu fe quedas curado.
Y, al punto, Bartimeo recobró la vista,
y se agregó a los que seguían a Jesús
en su camino". (Mc 10:46-52)

Un guía con experiencia: Juan Bautista de La Salle

¿Me decido a comenzar el camino de la oración o a hacerlo con mayor seriedad porque tal vez estoy en este desde hace tiempo y no avanzo? Aquí se me ofrece un buen guía: *Juan Bautista de La Salle*.

Juan Bautista puede ser guía: por su propio itinerario, por su experiencia personal de oración, de buscador de Dios, de profeta atento a los signos que anuncian la llegada o el querer de Dios, por las dificultades que tuvo que experimentar, pues, en no pocas ocasiones, Dios lo dejó en el silencio, no se lo hizo fácil. Juan Bautista conoce el camino, es un buen experto.

Es, además, un maestro de oración por la enseñanza que nos ofrece sobre ella a lo largo de toda su obra, en especial en muchas de sus meditaciones, sus cartas y su *Explicación del método de oración mental*, obra que escribió al final de su vida. Sobre todo, es maestro porque tuvo que acompañar a muchas personas en el camino de la oración, y sabe cuáles son los tropiezos más frecuentes; atrae la atención sobre aquello que es esencial y relativiza lo que es accesorio o instrumental.

Juan Bautista propone un *método*, que según la etimología de la palabra es "camino". Hemos de entenderlo en sentido amplio: el método es un camino múltiple o con muchas rutas posibles. Hay caminos concretos para avanzar en la oración: más cortos o más largos, más imaginativos o más racionales,

más discursivos o más contemplativos, etc. Cambian según las personas y su temperamento, y en una misma persona según su nivel de madurez y sus experiencias vitales.

El guía de oración acompaña al aprendiz y trata de ayudarlo a encontrar el camino que mejor le convenga. Sobre todo, su preocupación es ayudar al aprendiz a que reconozca al verdadero maestro de oración, el Espíritu Santo, y se ponga bajo su dirección. Por eso, nuestro guía, Juan Bautista de La Salle, insiste tantas veces, a través de toda su enseñanza, sobre la necesidad de estar atentos a las inspiraciones del Espíritu Santo y de dejarse conducir por Él, ofrece criterios para distinguir entre las propias ilusiones y las inspiraciones del Espíritu.

Las propuestas de nuestro guía se orientan a descentrarnos de nosotros mismos para situarnos ante Dios, para centrarnos en Cristo, dejando al Espíritu que ore en nuestro interior. Y la motivación no será “las ganas de orar”, sino la fe apoyada en la palabra misma de Dios, esta es una oración comprometida. Juan Bautista de La Salle nos lleva a comprender la oración como una celebración, un encuentro gozoso con Dios padre que actúa en la historia, que nos salva en su hijo Jesús y nos envía a colaborar en su obra.

El camino de la oración es un camino existencial, una relación interpersonal única hecha desde la vida que no admite estereotipos. Sin embargo, este camino personal está siempre amenazado por el subjetivismo, el desprecio, el cansancio... Por eso es bueno tener siempre a la vista ese camino referencial, trazado por alguien cuya experiencia de fe es próxima a la nuestra por muchos motivos. Quienes hemos recibido el don de compartir el carisma fundacional de Juan Bautista de La Salle participamos también en su espiritualidad y en las mediaciones fundamentales que le llevaron al encuentro con Dios.

La propuesta de nuestro guía

¿Deseas que te acompañe en este camino de oración que has decidido empezar, o en el que estás desde hace tiempo, pero quieres mejorar? Cuenta conmigo, pero te confieso que no me será fácil. Y es que mi experiencia como guía o acompañante de oración está volcada en palabras e imágenes que son de

hace tres siglos. Ni la teología que yo estudié, ni la antropología que entonces vivíamos te resultarán muy familiares.

A pesar de este inconveniente de entrada, creo que podremos entendernos con dos condiciones: por mi parte, he de seleccionar aquello que puede resultarte útil, y dejar de lado lo que, probablemente, corresponde a otras situaciones humanas y diferentes formas de vivir la espiritualidad que ya están superadas. Y por tu parte, tendrás que esforzarte por descubrir la vida que está más o menos oculta tras el viejo ropaje de los textos originales que te presentaré.

Además de hablarte con textos que dejé escritos¹, dado que siguen siendo inteligibles, me serviré también de términos y expresiones de esta época, de la Iglesia que hoy estás viviendo, aunque no se encuentren en mis escritos originales. Así te será más fácil captar el espíritu que pretendo comunicarte.

Comenzaré por mostrarte el mapa de los lugares por donde nos vamos a mover, para que tengas una visión de conjunto de la aventura que te espera. No lo confundas con un viaje programado: es una aventura, y como tal, cada etapa es imprevisible. La panorámica de este mapa te ayudará a situar y relativizar las diferentes situaciones en que puedas encontrarte, y a ponerlas en relación con lo que es el núcleo de esta aventura: la *presencia* y el *misterio* de Dios en Jesús.

Aunque estamos empleando la imagen del “camino”, esta no es exacta, pues puede hacerte pensar que el objeto de nuestra búsqueda está al final, y no es así. En cada paso del camino, aquel a quien buscas está a tu lado, pero el camino te ayudará a hacer la relación más intensa, el diálogo más fluido y el sentimiento de su presencia más entrañable.

Otra imagen te puede aproximar a la esencia de esta aventura: la oración es como salir cada día al encuentro del amigo que te espera, pero no sabes exactamente dónde, y el terreno es muy variado. Puede esperarte junto a una

¹ Las citas textuales que procedan del escrito original de Juan Bautista de La Salle *Explicación del Método de Oración*, se indicarán con la sigla EMO.

fuelle, en lo alto de una cumbre o en tierra desértica; puede estar oculto en la niebla o resplandeciente a pleno día; en la soledad o en medio de la multitud. Tendrás que aprender a reconocer los signos de su presencia, no siempre evidentes. Como los magos², tendrás que escrutar los cielos para descubrir la estrella que te conduce hasta Él; pero, sobre todo, tendrás que descubrir en tu corazón la luz de la fe que te atrae hacia donde Él te espera, aunque no puedas verlo.

Por eso, las pistas que siguen no son para leer de seguido:

- a) Son “pistas”, y no normas ni fórmulas que debamos seguir al pie de la letra para asegurar el resultado de una reacción química. Porque estamos refiriéndonos al encuentro con una persona, no de un objeto.
- b) No son para leer, sino para introducir las en la oración y dejar que te evoquen o sugieran lo que tienes en el interior.
- c) Finalmente, no son para leer “de seguido”: quédate con un apartado y medítalo o deja que oriente tu oración; y en otra ocasión puede ser el siguiente apartado, u otro de un capítulo diferente, porque está más en relación con lo que estás sintiendo en la situación de ese momento.

² Ver la Meditación 96, para la fiesta de Epifanía, que describe el camino de los magos en la búsqueda de Jesús.

CAPÍTULO 1

Comienza la aventura: una mirada al mapa

1. La tarea: un largo viaje

En este primer capítulo daremos un vistazo global al mapa que te propongo recorrer. Luego iremos trazando los diversos tramos del camino, con calma, dedicando especial atención a algunos parajes por los que, en una oportunidad u otra, has de pasar.

Pero antes de empezar, conviene que seas consciente de algo que no te voy a mostrar, y que tal vez necesites para el camino. Veamos: ¿cómo comenzaría un método moderno de oración, acorde con la sensibilidad actual? ¿Algo así?:

Si quieres aprender a hacer oración, comienza por buscar un lugar tranquilo, silencioso. Tal vez puede ayudarte una música de fondo, suave y relajante. Pon delante algunos símbolos que capten tu atención: un icono, un cirio encendido... Siéntate cómodo, cierra los ojos, dedica unos minutos a distender los músculos de tu cuerpo. Después, concéntrate en alguno de los símbolos que tienes delante y piensa que Dios está aquí contigo.

Parece innegable su lógica. Pero eso es el “antes” de la oración, de cada ejercicio de oración. Si vives en un ambiente de agitación, de dispersión, de ruido, lo cual es bastante frecuente hoy, necesitarás buscar o crear un ambiente propicio para el encuentro, para “hacerte presente” tú mismo y encontrarte con el tú de Dios. Si estás tenso o nervioso, necesitarás calmarte. Si estás preocupado o distraído, necesitarás algo que te ayude a concentrarte.

De todo eso yo no te voy a hablar aquí. Pero es importante que te preguntes por ello, por lo que necesitas o te conviene, según tu forma de ser o el ambiente en que vives habitualmente, y pongas los medios para que la oración resulte posible.

Ahora sí, abramos los ojos sobre el mapa. No me preguntes todavía “¿cómo hacer?”, o “¿cómo puedo ocupar bien media hora o una hora de oración?”. Eso vendrá después. Lo primero es situarnos en el camino y orientarnos hacia el horizonte que queremos alcanzar. El camino se hace con “pasos” o actos concretos, cierto; pero has de saber relativizar cada paso en función del camino.

Un acto, un ejercicio o tiempo de oración te puede resultar aburridísimo, puedes terminarlo con la sensación de haber perdido el tiempo. ¡No importa! Si al menos te ha servido para mantenerte en el camino, en la fidelidad a la oración, en el empeño de abrir tu vida a la presencia y acción de Dios, ha sido suficiente y ha valido la pena. Gracias a ese acto aburrido de oración “fallida”, el horizonte sigue estando en tu línea de visión.

2. Una ocupación interior

La verdadera tarea empiezo describiéndola así:

“La oración mental es una ocupación interior, esto es, una aplicación del alma a Dios” (EMO 1)³ (Campos y Sauvage, 1993).

Oración mental u oración personal, oración del corazón u oración interior. Existen diversas formas de referirnos a lo mismo: a la oración que se hace en el interior de la persona. Lo importante ahora es distinguirla de la *oración vocal*, la cual solemos utilizar para rezar comunitariamente, o también es la que realiza la persona individualmente cuando “recita” plegarias más o menos prefabricadas. La oración que será el objeto de nuestra aventura es la presentada como una *ocupación interior*.

“Se la llama interior porque no es tan solo una ocupación de la mente, sino que lo es de todas las potencias del alma; y porque, para ser del todo pura y sólida, se ha de practicar en el fondo del alma...” (EMO 3).

³ EMO es la sigla correspondiente a la *Explicación del Método de Oración*, escrita por Juan Bautista de La Salle.

Quizás el lenguaje no es muy atrayente para un lector del siglo XXI. ¡Paciencia! No te apresures a tirar el agua sucia de un niño bañado, sin retirar antes al niño de la bañera. ¡Salvemos la vida que hay dentro de ese ropaje!

- a) En primer lugar, vamos a fijarnos en la globalidad de la *vida de oración*, antes que sobre el acto o la circunstancia concreta de oración. Más exactamente, entendemos la oración como un camino que dura toda la vida, un camino de búsqueda y encuentro, de purificación interior y de apertura a Dios.

El reto que se nos plantea no es un momento o muchos momentos aislados de oración, sino *un camino de oración* que nos acerca a la unión con Dios. No debemos olvidar nunca que esta unión no será el fruto de nuestro esfuerzo sino un don del Espíritu. Lo que sí depende de nuestro esfuerzo es el disponernos para recibirlo.

- b) En segundo lugar, este camino es un reto que se dirige al interior de la persona. Esta búsqueda de Dios, este esfuerzo por unirnos a Él ha de hacerse entrando en uno mismo, en el *fondo del alma* o *del corazón* (son imágenes de significado similar).

La “tarea” que lleva consigo es el esfuerzo por desprenderse de máscaras, para recuperar lo más auténtico de nosotros mismos, la raíz de nuestra persona. Es en ese lugar recóndito de nuestro ser donde se produce el encuentro con Dios; es ahí donde Dios nos espera a cada uno.

Más adelante te hablaré de diversos umbrales para *entrar en la presencia de Dios*. Pero todos esos umbrales terminan remitiéndonos a este lugar de encuentro y diálogo que es *el corazón* de la persona, el *fondo* de uno mismo, porque solo ahí se puede contemplar a Dios y escuchar su voz. Solo desde ese lugar es posible abrirse a la presencia de Dios, reconocerlo y celebrarlo fuera de uno mismo.

Volviendo al mapa, lo primero que descubrimos en esta mirada inicial es que el ejercicio de la oración no es simplemente una tarea externa, sino un viaje hacia la interioridad de la propia persona. *Interioridad*, no es equivalente a “encuentro narcisista consigo mismo”, sino que, en último término, equivale a

unión con Dios, el Dios trinitario que, según la promesa de Jesús; viene a habitar en el que le ama (Jn 14:23). Por eso, aunque parezca un poco paradójico, es también un viaje que nos “descentra” y nos convierte a Dios, a Cristo, que *está en el centro de nuestra vida. Él es el cimiento y la raíz de nuestro ser* (Ef 3:17).

3. El horizonte que nos orienta

Fijémonos en lo que pudiéramos llamar *el horizonte* de nuestro camino, la dirección que nos orienta tiene una particularidad: no está solo al final del camino, sino que forma parte de él, sin embargo, queda siempre más allá de nuestras fuerzas.

El horizonte de este viaje *hacia el interior* está contenido en el significado que dábamos antes a este término: el interior de la persona (*el fondo del corazón*) es el lugar de encuentro con Dios. Si la oración mental es *una ocupación interior* es porque, en realidad, lo que hacemos en ella es *conocer a Dios y amarlo* (EMO 5).

Conocer no se refiere a “saber algo de Dios”, no es una actividad intelectual, sino *relacional*, en el sentido bíblico. *Conocer a Dios* es *entrar en una relación viva con Él* (Jn 17:3), y se complementa naturalmente con la segunda parte: *amarlo*, que no se reduce a un sentimiento piadoso, sino que se refiere a *orientar la vida hacia Dios* (es una opción de vida), a buscar su voluntad y ponerse a su servicio (Campos y Sauvage (1993, pp. 12-14).

Pienso en la oración como la exploración de nuestra ‘orientación hacia Dios’ [*Godwardness*]. Con esta expresión me refiero a la forma en la que nos vemos a nosotros mismos viviendo desde y hacia Él, buscándolo, pero también siendo conscientes de que estamos continuamente en su presencia. (Foster, 2009)

En realidad, *conocer a Dios y amarlo* no se refiere solo a la oración, sino que es el horizonte que orientará toda nuestra vida presente. La oración mental, en cuanto actividad específica de la vida, tiene también un horizonte más específico, es como una grieta abierta en el muro que separa nuestra vida presente de la vida eterna, de tal forma que nos permite gustar anticipadamente, *por medio de la fe viva*, lo que podremos hacer luego en plenitud: *llenarse de Dios y*

unirse interiormente a Él. Esa es: “la principal ocupación del alma en la oración verdaderamente interior” (EMO 6). Y es el fruto, no de un ejercicio afortunado, sino de cada paso con el que has ido haciendo el camino; buscando, abriéndote, dejándote llenar.

4. ¿En qué consiste el “aquí y ahora” de la oración?

Ya tienes una visión panorámica, a vista de pájaro, del proceso que estás invitado a desplegar. Has visto el horizonte que nos orienta. Aproximémonos un poco más al mapa para fijarnos en el camino. Veamos en qué consiste y cómo se anda, cómo nos acercamos al horizonte presentado, qué pasos habrá que dar. Este es el *método* propiamente dicho, y nos va a contestar esta pregunta: *¿en qué consiste la oración?*

La respuesta tendrá que concretar en el “aquí y ahora” lo que antes hemos visto como horizonte del camino, el llenarse de Dios y unirse interiormente a Él. Ante todo, no perdamos de vista que se trata del Dios de Jesús:

- El Dios del que queremos llenarnos y al que se nos invita a unirnos es el que se ha manifestado en Jesucristo. No es una divinidad impersonal o abstracta.
- Es el Dios Trinidad, el que ha hecho alianza con la humanidad, el que ha convertido nuestra historia en una historia de salvación, el que cuenta con nosotros como *instrumentos* de su salvación para que esta llegue a todos, en especial a los pequeños y a los pobres.
- Es el Dios que se nos revela en su palabra escrita, pero también en los signos de cada día, léidos a la luz de aquella.
- Nuestra oración se refiere a este Dios, que *está presente* y *actúa* entre nosotros.
- Si podemos encontrarnos con Él, si hay alguna forma de escucharle y hablarle, es porque Él se hace presente, viene a nuestro encuentro.

- Pero Él no solo “está”, sino que *actúa* en nuestra historia, en la del mundo, de la Iglesia y en la historia personal de cada uno de nosotros. Su actuación forma parte de un plan de alianza que san Pablo llama *misterio* (Ef 3:1-12), porque Dios lo tenía escondido, pues está más allá de nuestra comprensión, pero nos lo ha revelado en Jesús.

5. La presencia y el misterio

Presencia y misterio son dos perspectivas de la misma realidad. La acción de orar (o *ejercicio de la oración*) consiste en encontrarse con Dios siguiendo esas dos perspectivas. Pueden ser dos momentos complementarios entre sí, desarrollados de modo consecutivo, uno después del otro, también pueden superponerse o fundirse, porque en realidad cada uno está implícito o integrado en el otro.

Vamos a verlos a continuación como dos actos diferentes (ya tendrás ocasión para “fundirlos”). Así será posible valorar mejor sus efectos.

- Primero: es la *presencia* de Dios que nos “sorprende”, nos hace salir de nosotros mismos, nos abre a Él y a su palabra, nos pone en alerta para descubrirlo en sus criaturas, especialmente en los pequeños y los pobres.
- Segundo: su *misterio* nos “atrapa”, nos maravilla, al revelarnos la obra de su amor en nosotros, en el mundo y en las criaturas. Y nos envuelve en ese mismo plan de alianza que se hace carne en Jesús.

a) La presencia

“Lo primero que debe hacerse en la oración, es permearse interiormente de la presencia de Dios” (EMO 14).

Lo fundamental en la oración es *ponerse en la presencia de Dios*. El objetivo no es “vaciarlos de nosotros mismos”, sino llenarnos de *Dios*; y es esa presencia amorosa y salvadora, que todo lo renueva con su gracia, la que se encarga de descentrarnos de nuestro egoísmo para centrarnos en su proyecto salvador.

No venimos a adorar una presencia pasiva, como se adora un ídolo. Pero tampoco se trata de producir imaginariamente esa presencia con nuestro esfuerzo. Lo único que hacemos es reconocer la presencia, que siempre nos precede, del Dios Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu, tomando el tiempo necesario para dejarnos invadir, para *adentrarse interiormente* en ella.

Cuando estamos retirados para orar, en soledad o en comunidad, podremos considerar o reconocer la presencia de Dios: en el mundo, en la historia, en la comunidad orante, en uno mismo, en la casa de oración, en la eucaristía, entre otros.

En otros momentos del día nuestra mirada de fe nos hará sensibles para descubrir la presencia de Dios en cualquier lugar donde estemos, en los acontecimientos y en las personas con las que nos encontremos, particularmente en aquellos que Dios nos encomienda: niños, jóvenes y otros adultos.

Y el resultado de este *llenarse de Dios* se irá notando en el camino, porque a medida que se ahonda en nosotros la conciencia de la presencia salvadora que nos envuelve y nos impregna, nos descubrimos como *presencia del Dios salvador* entre aquellos a los que somos enviados. La presencia de Dios nos introduce en su acción salvadora, *en su misterio*.

b) El misterio

Lo que viene inicia en lo anterior, es la celebración del *misterio*. Contemplamos la obra de Dios entre nosotros, tal como se revela en las acciones, signos y palabras de Jesús y se desborda de su persona histórica para manifestarse también en María, en los santos, en los ministros del Evangelio, en la Iglesia, en nosotros mismos, en tu propia persona.

No se trata de “recordar” esos acontecimientos como quien revive anécdotas del pasado. Más bien se trata de *situarnos dentro de ellos*, sintiéndonos destinatarios del plan de salvación de Dios que se refleja en Jesús, en su vida, muerte y resurrección, pero también en su cuerpo místico, del que formamos parte. Entramos en el espíritu del *misterio* y nos dejamos impregnar por él para convertirnos en sus anunciadores, en mediadores o *ministros* de la salvación⁴.

⁴ El paralelismo es sugestivo: así como la presencia de Dios no es una idea, sino una persona ‘en cuya presencia’ uno se encuentra en relación, así el misterio no es una verdad abstracta o un acontecimiento pasado, sino una

6. ¿Tengo que esforzarme o me dejo llevar?

Parece que el camino que se nos va mostrando en el mapa, que nos conduce a ese horizonte de *llenarse de Dios y unirse interiormente a Él*, consiste en una relación interpersonal del orante con la presencia y el misterio (o plan salvador) de Dios. Al desarrollar esa relación, el orante se introduce en la presencia amorosa de Dios, pero también en el plan de alianza elaborado en el seno de la Trinidad, y no solo para ser objeto de ese plan, sino también *instrumento* del mismo en colaboración con Jesucristo. Sin embargo, nacen cuestionamientos como: ¿puedo lograr eso con mi esfuerzo?, ¿no es un regalo de Dios?

Hay una respuesta fácil a esas dos preguntas: un “no” a la primera, y un “sí” a la segunda. Pero no vale. Lo cierto es que el esfuerzo personal es necesario, y el regalo de Dios será imprescindible para andar el camino y alcanzar ese horizonte al que nos hemos referido. Estas dos fuerzas que parecen opuestas han de encontrarse, como condición para que pueda haber camino:

- Desde un extremo afirmamos: *la oración es un ejercicio que hay que hacer con orden y esfuerzo personal*. Y en ese ejercicio habremos de conocer acciones como: ponerse en la presencia de Dios, relacionarse con Él, orar sobre un tema, proyectar la oración sobre la vida y saber concluir la oración.
- Desde el otro extremo hemos de reconocer que *no hay más oración que la que suscita y sostiene el Espíritu de Jesús*. En consecuencia, *dejemos que sea el Espíritu quien ore en nosotros*.

Una vez encontradas las dos fuerzas, la primera tiene que ceder espacio a la segunda, tanto como esta lo requiera. Ahí comienza el *proceso de maduración*, que es distinto en cada persona. Lo que describíamos como primera fuerza es lo que llamamos “método”, que además requiere *orden*. Pero no un orden que suprima la necesidad de pensar porque todo lo hace automático, que elimine la creatividad o se oponga a la intuición. Más bien que ayude a aprovechar los recursos, que tenga en cuenta las condiciones y circunstancias más convenientes, para favorecer el avance en la vida espiritual.

presencia real, aquí y ahora, de Cristo Salvador que vive en sus miembros y hace crecer en ellos y por ellos el reino que instauró por su encarnación, su muerte y su resurrección. (Campos y Sauvage, 1993, p. 217).

Este “orden” no produce frutos automáticamente. Ha de hacer sitio a la otra fuerza cuando esta se presente. Necesita *el aliento interno que le da vida*. El método pierde todo sentido si no está vivificado por *una presencia, una relación interpersonal* que, en último término, se identifica con *el propio Espíritu de Jesucristo*, pues Él es quien hace posible esa relación. El Espíritu Santo tiene la palabra en cada paso, y hay que estar atento a sus impulsos e inspiraciones. El Espíritu es quien ora en nosotros, quien nos introduce en el *espíritu del misterio*; es decir, quien nos convierte en protagonistas de la obra de Dios, en su plan de salvación.

Desde esa coexistencia de fuerzas será más fácil completar la visión del mapa con dos nuevos datos.

7. El paso a paso del camino

¿Cómo se recorre el camino? ¿Cómo es el “paso a paso”? ¿Cómo se expresa esa relación entre el orante y Dios (en su *presencia* y *misterio*)? La respuesta es también bastante simple: “por un sentimiento de fe, fundado en algún pasaje de la Sagrada Escritura” (EMO 14).

Recuérdalo como un estribillo, porque lo repetiremos a lo largo de todo el camino. Tómalo como el “cayado” para caminar en la oración: *el sentimiento de fe, fundamentado en la palabra de Dios*. En realidad, nos referiremos a muchos sentimientos, que a su vez son variaciones del *sentimiento primordial* en la relación del orante con Dios que es la fe. El *sentimiento de fe* es un impulso interior en que se unen la voluntad y el amor, algo así: *Quiero hacer tu voluntad. Te quiero a ti*. Es una tendencia de todo mí ser hacia Dios.

Podríamos compararlo con el rayo de luz blanca que se descompone en varios colores al pasar por un prisma, todos esos colores se integran de nuevo para dar lugar al rayo de luz blanca. Así es *el sentimiento de fe*, expresado de tantas formas, según la disposición del orante y las reacciones que suscita en él o ella la *presencia* y el *misterio* de Dios. Sin embargo, al final, esos sentimientos tienden a simplificarse para volver al simple acto de fe.

¿Y por qué lo sustentamos en la Sagrada Escritura? Porque la fe aquí tratada no es un simple asentimiento racional. Es como el eco que suscita en

nosotros la Palabra de Dios. Oro a Él con sus propias palabras, con el eco que ellas suscitan en mí. Se sitúa en la sintonía de la relación interpersonal, de la adhesión personal, de la alianza, de la apertura a Dios, de la conversión, del compromiso y de tantas otras expresiones en que se traduce la relación del hombre con Dios, según las encontramos en los Salmos, en los textos proféticos y en el Nuevo Testamento.

Al combinar los dos elementos se multiplican las posibilidades de mi oración. Puedo orar con el sentimiento de fe de Pedro, que dice a Jesús: *Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te amo* (Jn 21:17), y a partir de él desarrollar; como un abanico, diversos sentimientos de fe, adoración, agradecimiento, confianza, disponibilidad, de dolor por los propios fallos, de petición de perdón por mi debilidad y poca constancia, de unión a Cristo, de sentirme fortalecido por su presencia en mi vida, y de sentirme hijo de Dios en Jesús ofreciéndome con todo lo que soy y tengo.

Una consecuencia inmediata de esta forma de orar es la familiaridad con la Sagrada Escritura, y de manera especial con el Nuevo Testamento: que es el punto de referencia clave para revisar mi vida, para iluminarla, para orar y para encontrar lo que Dios desea de mí.

En cualquier caso, el sentimiento de fe está esencialmente volcado hacia Dios, no hacia la propia persona. Nuestro “bastón de camino” nos orienta a la búsqueda de Dios, nos abre a su amor y a su plan sobre nosotros, nos fundamenta sobre la palabra de Dios: ella, cual *espada de dos filos* (Heb 4:12), discierne de nuestra búsqueda y de la coherencia de nuestra vida. Así evitamos que nuestra oración se convierta en una introspección o un soliloquio en que la persona se contempla a sí misma y se ahoga en su propia imagen.

8. Un ritmo para caminar

Ya tienes en tus manos el mapa con los datos esenciales para ir haciendo camino. Ahora te sugeriré un ritmo con el que puedas caminar en el ejercicio de la oración sin cansarte antes de tiempo.

Cuando te dispones a empezar la oración has de aplicar todo tu ser a lo que vas a hacer. Pero no lo hagas en abstracto, sino desde lo que en esa circunstancia experimentas en tu interior. Abre tu ser a Dios y deja que su Espíritu sea el primero en hacer brotar en ti la oración.

Habrás veces en que necesites sentir la brisa que te acaricia el rostro, la presencia cariñosa de Dios. Otras veces, que te sientas impulsado a abrir los ojos, contemplar con asombro la acción de Dios, y repetir: ¡qué grande eres, Señor! En otras ocasiones, el sueño, el cansancio o el aburrimiento te permitirán decir de vez en cuando: *siento tu mirada sobre mi corazón... Y eso basta*; o también: *ni te veo ni te siento, pero creo en ti*. Por último, estarás en situaciones en que tu situación vital te haga decir: *no sé qué hacer... ¡ilumíname!* Estas son diversas etapas del mismo camino.

En el desarrollo de la oración, te sugiero adoptar un ritmo que conste de tres pasos, el cual llamaremos: *ritmo de las tres miradas*. Este no es para sujetarte a él, sino para servirte de él mientras caminas y abandonarlo cuando te estorbe.

a) Comienza dirigiendo la mirada a Dios

Su presencia, su plan salvador, es siempre el punto de partida en la oración: no tu bondad o misericordia, sino Dios mismo actuando por su amor y misericordia, por su poder salvador, o por los misterios (vida, acciones, palabras) de su Hijo, o por las maravillas que hizo en María, y las que continúa haciendo en la Iglesia o en tu propia vida. Deja entonces que el sentimiento de fe se despliegue en adoración, acción de gracias, alabanza, bendición, amor y confianza...

b) Después mírate a ti mismo, pero siempre en relación con Dios

Es tu situación de pecado, de miseria, de vacío, de pobreza, de infidelidad y de debilidad, la que se pone ante tus ojos, pero no para quedarte prendido en ella.

El sentimiento de fe se transforma ahora en petición y súplica, invocación a la misericordia de Dios, arrepentimiento y deseo de conversión, promesa de cambio y compromiso con el Evangelio.

c) Y vuelve de nuevo la mirada a Dios

Pero unido a Jesús, que es *camino, verdad y vida*, en quien el Padre nos ha revelado su amor, y por el cual caminamos hacia Él. Busca también el apoyo del Espíritu Santo y déjate impulsar por Él.

La fe se expresa ahora en sentimientos de unión con Jesús, invocación al Espíritu, disposición a ser mediador de Jesús y su Evangelio, gozo por sentirte un instrumento con el que Dios quiere contar para su obra.

Este *ritmo de las tres miradas* marca el desarrollo de un tiempo concreto de oración (al menos un cuarto de hora, mejor media hora, y algo más cuando puedas), pero sobre todo te ayudará a adquirir el reflejo característico de la oración cristiana.

Nuestra relación con Dios nace en Él, no en nuestra voluntad de buscarle, y nos lleva a Él unidos a Jesús y de la mano de su Espíritu. A medida que avances en el proceso de oración, notarás que el ritmo de esas tres miradas tenderá a simplificarse; algo así como una melodía que cuando está comenzando tanea diversos tonos y niveles, hasta puede parecer complicada, pero termina fundiéndose en un solo acorde que contiene en un impulso diversas notas, sin necesidad de especificarlas por separado.

CAPÍTULO 2

Orar es... un tiempo de retiro

UNA EXPERIENCIA DE VIDA

Un ecosistema llamado “interioridad”

Siguiendo con la analogía del camino, son muchos los que comienzan con muy buenos deseos el camino de la oración y lo abandonan al poco tiempo, ¿por qué? No se han molestado en prepararse para el camino, no llevan el “calzado” adecuado, podríamos decir.

Vamos a servirnos ahora de otra analogía más vital, puesto que hemos hablado de la oración como una relación interpersonal, no es forzado referirnos a la necesidad de un *ecosistema* apropiado que favorezca el desarrollo de esas relaciones. A ese ecosistema que hace posible la oración, estableciendo así relación entre Dios y la persona humana, lo llamamos *interioridad* o *vida interior*.

La interioridad de la persona es el lugar para hacer la oración. No se trata de una sala o un espacio geográfico, sino de un micro-ecosistema que necesita ser preparado, acondicionado y alimentado. En este ecosistema la persona crece, se expande, desarrolla raíces que le procuran vida y adquiere una perspectiva de la vida “en profundidad”. La preparación de este ecosistema es lo que se conoce como *cultivar la vida interior*.

Cuando Juan Bautista de La Salle comienza a desarrollar lo que habrá de ser el proyecto de la Comunidad de las Escuelas Cristianas, las decepciones que sufre por parte de los primeros miembros del grupo le llevarán pronto a la convicción de que necesita hacer de aquellos maestros hombres interiores, *hombres de espíritu*. Esta es toda una construcción interna y para realizarla les propone los cuatro soportes o pilares del hombre interior.

Junto a *la oración, la presencia de Dios y el espíritu de fe*, La Salle sitúa la interioridad o *recogimiento interior*, según la llama él, entendiéndola como un dinamismo que se debe trabajar y desarrollar, no como una situación pasiva.

Para La Salle, *la vida interior* es, simultáneamente, *consecuencia* de aquellos tres (oración, presencia de Dios y espíritu de fe) también condición para que puedan realizarse en la persona. *Interioridad* es, al mismo tiempo, el ámbito en que vive y desde el que vive una persona que ha encontrado *las raíces* de su existencia, y *la actitud* con la que vive en el mundo, intentando unificar su persona frente a las tensiones del exterior. Con esta actitud y en este ámbito, es posible alimentar la oración, vivir en la presencia de Dios y guiarse por el espíritu de fe.

Un medio para cultivar la interioridad: el retiro

Un parque en la ciudad

El Parque del Retiro está situado en el centro de la ciudad de Madrid (cada uno podrá pensar aquí en el parque de su propia ciudad, pero en este caso nos es útil hasta el nombre). El Retiro forma parte del paisaje urbano, pero al mismo tiempo está separado de él, permite crear distancia de lo que representa la ciudad: la aceleración, el ruido, las prisas, la producción, los negocios, la diversión, el estrés, etc.

A medida que uno se adentra en el Retiro, siente que el ruido del tráfico se aleja, la atmósfera se purifica, la luz se hace más intensa, los colores cobran vida y la vida misma de la naturaleza se multiplica en su riqueza y su complementariedad. Al compás de todo ello aumenta la paz interior, se cobra conciencia de los sentimientos y las emociones que bullen dentro, se disciplinan las respuestas que uno necesita dar.

En el Retiro es fácil reconocer a las personas como tales, no como funcionarios o componentes de un sistema industrial o mercantil. Las relaciones allí tienden a la gratuidad. Las formalidades quedan fuera, esto se nota en la manera de vestir y en las conversaciones. Lo importante aquí no son las formas ni las funciones, sino las personas.

No es frecuente encontrar allí personas vestidas de chaqueta y corbata, pero tampoco es raro ver quien aprovecha unos momentos libres en su trabajo para respirar un poco de calma. El Retiro está hecho para los hombres y mujeres de la ciudad, y son muchos los que van a reponerse a él, simplemente

para poder volver a sus ocupaciones más dueños de sí mismos y con energías renovadas para seguir construyendo la ciudad.

Con el tiempo, el césped del Retiro se cubre de familias y de grupos de jóvenes que van a pasar el día, a “ser familia”, a sentirse juntos, a charlar de sus cosas, a contemplar el paisaje o a leer. Evidentemente, el Retiro y la ciudad se complementan muy bien, no hay oposición entre ambos.

Un parque para mi vida interior

Para La Salle la vida interior se alimenta en *el retiro*. El ecosistema “interioridad” se desarrolla, sobre todo, en este parque. El sujeto activo en la misión necesita aquel pulmón para dar calidad a su vida apostólica. La Salle nos propone tres tipos de visitas al “parque” (tres formas de comprender el retiro):

- a) *Instantes breves, pero intensos* (él los llama *recolección*), en que la persona se concentra en sí misma (se vuelve hacia su interior) para tomar conciencia ante Dios de lo que está haciendo, para asegurarse de que lo hace como *obra de Dios*, de la que es un simple instrumento.
- b) *Tiempos más o menos amplios*, de uno o varios días, en que la persona expone todo su ser a la luz de la palabra de Dios, y discierne desde ella su fidelidad a Dios, este es el sentido del retiro anual.
- c) *En comunidad*, la vida en comunidad es, para La Salle, el mejor retiro. Lo es para el hermano su comunidad, con las características de una comunidad religiosa. Pero lo es también una comunidad laical o mixta, en sus múltiples formas, donde sus miembros practican la fraternidad, comparten la experiencia de Dios, se ayudan a discernir y se sienten enviados a la misión desde la comunidad.

El *retiro*, en cuanto estructura que delimita un tiempo, un ámbito o un espacio, equivale a la experiencia espiritual de *desierto*, que es el lugar bíblico por excelencia para el encuentro con Dios y la escucha de su palabra: “Le llevaré al desierto, le hablaré al corazón” (Os 2:16). Es desde esta perspectiva bíblica como hay que entender la insistencia lasaliana sobre “el retiro”. No se trata

de una huida sino de una ambientación, una preparación para el apostolado y una condición para experimentar a Dios.

En ese marco que toma forma especialmente en la comunidad, podré experimentar la oración, oír la palabra, rumiarla en el corazón y dejar que rebose en mi interior para derramarla luego en la misión.

EN CAMINO CON NUESTRO GUÍA

1. Reunificar la persona ante Dios

Llega el momento de orar ¿qué hago?, me preguntas. Y lo primero que te respondo es: “necesitas recogerte para orar”. No te estoy hablando de las condiciones externas del ambiente o de las circunstancias que te favorezcan la concentración. Ahora me refiero a tu persona, mira dentro de ti:

Buscaré ese lugar interior donde soy más yo mismo, más allá de funciones y caretas. Necesito reunificar mi persona ante Dios, para estar todo ante Él, con Él.

¿Y cuál es el proceso? ¿Dónde tengo que situarme y hacia dónde tengo que dirigirme? Recuerda aquella primera descripción de la oración:

“Una ocupación *interior*: esto es, una aplicación del alma a Dios” (EMO 1).

Lo de “interior” no se refiere a una ocupación de la mente, sino al lugar donde ha de practicarse: en el fondo del alma:

Es decir, en la parte más íntima del alma,
puesto que si se realizara simplemente
en el entendimiento o en la superficie del corazón,
estaría fácilmente expuesta
a muchas distracciones humanas y sensibles,
que estorbarían el fruto de ella;
y si esta ocupación de la mente
no hubiera penetrado el alma,

no sería sino pasajera
y, por consiguiente, dejaría al alma
en la sequedad y vacío de Dios. (EMO 3-4)

Así enmarcábamos la oración diciendo “dónde debe hacerse”. También habíamos señalado el horizonte que nos orienta; es decir, el objetivo y razón de ser de la oración: “llenarse de Dios y unirse interiormente a Él” (EMO 6).

Dicho así, posiblemente la tarea no parezca sencilla. Pero recuerda que tampoco parece fácil la llegada a la cumbre cuando contemplamos la montaña desde abajo sin tener mucha idea de la senda que hemos de seguir. Si nos acompaña un guía experimentado todo se hace posible, aunque ello no te ahorre el esfuerzo.

Lo que ahora necesitas es conocer las claves que pueden facilitar el avance en la dirección adecuada. Lo más interesante reside en que Aquel a quien buscamos no está solo en la cumbre, sino también en el camino, Él va con nosotros. Aunque parezca paradójico, *el horizonte ya forma parte del camino*.

“La primera parte es la disposición del alma para la oración, llamada propiamente recogimiento” (EMO 7). *Recogimiento* es el nombre de esta fase que nos introduce en la oración, también es sinónimo de “reunificación” de la persona. Pero, ¿qué necesidad hay de ese *recogimiento*, qué sentido tiene respecto de la oración?

La respuesta parece bastante evidente si reconocemos que nuestra mente (la inteligencia, el pensamiento, la imaginación...) está dispersa durante el día en múltiples ocupaciones y llamadas del exterior. Para encontrarse con Dios será necesario someterse a un proceso de *reunificación de la persona*, que se traduce en tranquilidad, pacificación interna y concentración, entre otros.

Es un desplazamiento que va de la extroversión a la interioridad, de estar “derramado” en el mundo, a alcanzar el centro de sí mismo. Como el éxodo de Elías por el desierto (1 Re:19) hasta alcanzar la gruta en el Horeb.

Podemos comparar lo que nos dice La Salle con la enseñanza de los maestros de oración de la Iglesia oriental. Ellos subrayan que “la consecuencia esencial de la caída para el hombre es precisamente esta disgregación espiritual por la cual su personalidad está privada de su centro y su inteligencia se dispersa en el mundo exterior.” Nos explican los efectos así:

El lugar donde se produce esta dispersión de la personalidad en el mundo de las cosas, es la cabeza, el cerebro; allí los pensamientos forman remolinos, como copos de nieve, como enjambres de moscardones en el verano. Por el cerebro, el espíritu conoce un mundo que es exterior, al mismo tiempo que pierde el contacto con los mundos espirituales, cuya realidad estrecha, oscuramente, sin embargo, el corazón. Para reconstruir la persona en la gracia, es necesario, entonces, reencontrar una relación armoniosa entre la inteligencia y el corazón. (Behr-Sigel citado por Sígueme, 1990, p. 14)

2. *El espíritu nos convoca*

Y este *recogimiento* ¿traerá como consecuencia el llegar a la presencia de Dios? Parece que ese tendría que ser el orden lógico, pero no es aplicable a esta experiencia de encuentro con Dios que es la oración. Entonces, ¿para qué hablamos de *recogimiento*? Porqué es necesario recogerse para tener la experiencia de Dios. Sepamos al mismo tiempo que es la experiencia de Él la que produce en nosotros la auténtica interioridad: “al llenarse el alma de Dios, se desprende de las criaturas, y llega a ser lo que se llama interior” (EMO 12).

Al plantear así el *recogimiento* como condición para poder orar, estamos re-mitiéndonos al Espíritu como único autor de nuestra oración, como la verdadera fuerza que *nos convoca* en el interior, como la causa cierta de nuestra pacificación. No quitamos importancia al esfuerzo que nos toca hacer, pero evitamos confundir la concentración mental con la oración, entre una y otra hay una frontera que solo podemos franquear con la ayuda del Espíritu.

Podemos traducir esta propuesta de “recogimiento o reunificación de la persona” en términos muy simples: si quieres hacer oración, *ponte ante Dios y habla con Él*. Pero hazlo con toda tu persona, desde el fondo del corazón. Mientras lo haces, constata qué es lo que te impide estar plenamente presente ante Él, escucharle, hablarle... Lucha por liberarte de ello.

El vacío que Dios necesita es la renuncia al propio egoísmo, no necesariamente la renuncia a las cosas creadas que nos ha dado y entre las cuales nos ha colocado. No hay duda de que en la oración hay que concentrarse enteramente en Dios y excluir lo más posible aquellas cosas de este mundo que nos encadenan al egoísmo. En este punto, san Agustín es un maestro insigne. Si quieres encontrar a Dios, dice, abandona el mundo exterior y entra en ti mismo. Sin embargo, prosigue, no te quedes allí, sino sube por encima de ti mismo, porque tú no eres Dios: Él es más profundo y grande que tú. (Pablo II, 1989)

3. En armonía con la creación

En definitiva, el *recogimiento* del que te hablo no es para que te quedes absorto en ti mismo sino en Dios: para que encuentres a Dios en tu interior y entres en diálogo con Él. Por eso se trata, paradójicamente, de un descentramiento de ti, porque es en realidad una apertura a Dios y a su presencia.

Este ejercicio corresponde a una enseñanza permanente en los maestros de oración:

Para llegar a orar con los ojos abiertos hay que mantenerlos durante mucho tiempo cerrados. Entonces, de la interioridad misma de nuestra oración brota el descubrir a Dios en todas las cosas y el poder contemplar a las criaturas, seguir los acontecimientos y recobrar todo lo vivido: en todas partes, tanto en las alegrías como en las penas, encontraré a Jesucristo. (Laplace 1988, p. 62)

Recogerse es entrar en diálogo con Dios. Y ese proceso te llevará a ver el mundo, no como aparece externamente, sino según el plan de Dios, según el reino de Dios, del cual está “preñada” la creación, dice san Pablo (Ro 8:19-21).

Por eso, no temas que el recogimiento de la oración te conduzca a apartarte del mundo, sino al compromiso con este. En el caso del educador, a todo lo que es propio de la misión educativa con los jóvenes; pero con esta nueva mirada de fe que nos concede el Espíritu:

Pues les dará a conocer todas las cosas,
mostrándoselas,
no solo en aquello que tienen de apariencia,
sino según lo que son en sí mismas,
y según se conocen cuando se penetra en ellas
con los ojos de la fe.
¿Es esta la luz de que os servís
para discernir todas las cosas visibles,
y para conocer en ellas lo verdadero y lo falso,
lo aparente y lo real? (Meditación 44:1)

Así se va haciendo la persona que vive desde el interior, es decir, el hombre o la mujer centrados en Dios, que encarnan el ideal cristiano, el de nuestro “saludo de comunidad”, que san Pablo expresa como deseo y oración al Padre, “para que os conceda que seáis vigorosamente fortalecidos en el hombre interior; que Cristo habite por la fe en vuestros corazones... para que os vayáis llenando hasta la total plenitud de Dios” (Ef 3:16-19).

Resumiendo, el dinamismo del *recogimiento* te ayudará a entrar en la oración desde la vida. Y al hacerse más honda la *interioridad*, podrás incorporarte a la vida con una nueva *mirada de fe* que unifica tu existencia en función de la obra de Dios.

El camino del recogimiento es la atención (positiva) a Dios, *que está ahí y que llega*, más bien que la retirada, (negativa) de la atención a las criaturas. Y el Dios cuyo encuentro “recoge” al hombre es el Dios comprometido en la historia para realizar en ella su designio.

El recogimiento *pacífico*, reavivando la confianza en ese Dios que actúa, conduce y es fiel. *Unifica*, renovando la conciencia de ser colaborador de Dios. *Concentra*, lanzando el sentimiento de la responsabilidad en la realización de un “proyecto” que es el de Dios. Tal es, a nuestro parecer, la sustancia misma de toda la doctrina espiritual lasaliana. (Campos y Sauvage, 1993, p. 20)

UN EJERCICIO DE ORACIÓN

La parábola del sordomudo

Acostúmbrate a situarte en un entorno de retiro cuando vas a orar. Lo más fácil es el exterior. Lo difícil es el interior, tu mente y tu corazón, pues es ahí donde se localizan los ruidos y voces que más te distraen, también la sordera que no te deja escuchar la voz de Dios.

Un modo sencillo de crear una atmósfera descontaminada y bien oxigenada, es dedicar un tiempo a la lectura tranquila de un texto bíblico que motive tu oración, y de un comentario o una sencilla exégesis que te ayude a captar o actualizar su significado.

Para este ejercicio sugiero ahora el texto de Mc 7:32-37, que relata la curación del sordomudo por parte de Jesús. Y a continuación nos serviremos del comentario que ofrece Juan Bautista de La Salle en su meditación 64.

Comienza con la lectura del texto evangélico.
Fíjate en lo primero que hace Jesús con el sordomudo:
se lo llevó aparte y se quedó a solas con él.

La meditación lasaliana sobre este relato te invita a meterte dentro y leerlo desde la misión que has recibido: tienes que transmitir a otros el sentido de la vida; antes, tienes que descubrirlo. Si eres sordo o incapaz de escuchar a Dios interiormente, no serás capaz de hablarle, por más que tartamudees con sonidos que tratan de referirse a Dios.

En su comentario, La Salle se refiere a *tres clases de mudos*:

Los primeros son los que no saben *hablar a Dios*, y la razón de ello es la falta de correspondencia entre Dios y ellos. Únicamente se aprende a hablar a Dios escuchándolo; pues saber hablar a Dios y conversar con Él solo puede venir de Dios, que tiene su propio lenguaje, y que solo

lo comunica a sus amigos y confidentes, a quienes concede la dicha de conversar a menudo con Él.

La segunda clase de mudos es la de quienes no pueden *hablar de Dios*. Son muchos los mudos de esta clase, los cuales, por pensar rara vez en Dios, apenas lo conocen; pues como están llenos de las ideas del mundo y de los entretenimientos del siglo, *no pueden*, según san Pablo, *penetrar las cosas de Dios*; y son tan poco capaces de hablar de Él y de lo que le atañe, como niños recién nacidos.

La tercera clase de mudos son aquellos a quienes Dios no ha dado el don de lenguas, y no pueden *hablar para llevar a Dios*. Tener el don de lenguas es saber hablar para atraer las almas al Señor y procurar su conversión, y poder decir a cada uno lo que le conviene; pues Dios no atrae a todas las almas con los mismos medios, y hay que saber hablar adecuadamente a cada una de ellas para animarlas a ser enteramente de Dios.

Vosotros, que estáis encargados de instruir a los niños, debéis haceros hábiles en el arte de hablar a Dios, de hablar de Dios y de hablar para llevar a Dios. Pero tened la seguridad de que nunca hablaréis bien a vuestros alumnos con el fin de ganarlos para Dios, sino en la medida en que hayáis aprendido a hablarle y a hablar de Él.

[...] De ordinario, la sordera es causa de la mudez; por lo cual resulta más fácil curar a un mudo que sanar a un sordo, porque en cuanto un sordo es capaz de oír, pronto se encuentra en condiciones de hablar.

También por esta razón, el hombre del que se habla en el Evangelio, recobró antes el uso de la lengua que el del oído; pues, para conseguir que hablara, Jesucristo no hizo más que ponerle saliva en la boca, sobre la lengua, y en seguida esta se desató, y habló con mucha claridad.

Para curar su sordera, Jesucristo mete los dedos en las orejas del sordo; lo que indica que es preciso que Jesucristo toque el alma interiormente para hacerle oír, comprender y gustar lo que Él le dice.

Es necesario que Él la lleve aparte para que el ruido del mundo no pueda impedirle escuchar y gustar sus palabras. Luego levanta los ojos hacia el cielo y lanza un profundo suspiro, para darnos a entender cuánto lamenta ante Dios la ceguera producida en el alma por la sordera espiritual.

Incluso es necesario que haga un esfuerzo para decir con voz potente ante los oídos del sordo: abríos; con el fin de que esta alma abra suficientemente sus oídos para oír con facilidad las palabras de Jesucristo y ser dócil a ellas.

Cura al mudo poniéndole saliva en la lengua, para indicarle que sería poco útil el hablar si no habla con sabiduría. Tened, pues, siempre abiertos los oídos y atentos a la palabra de Dios, y aprended a hablar poco, y a no hablar sino con sabiduría. (M 64:2-3)⁵

La oración propiamente dicha comienza después de la lectura meditada. Ya no se trata de “pensar sobre Él”, sino de “estar contigo”, de “escucharte y hablarte”. En este ambiente de retiro pon la mirada en Jesús; Él, el Resucitado, está contigo. Él te ha traído aparte para estar con Él. Cree y agradece, alégrate de estar a su lado.

Y mira lo que eres, reconócelo: *sordo y tartamudo*, en todo el sentido profundo de la vida. ¡Cómo te cuesta escuchar a Dios, reconocer su voz y sus signos! ¡Qué torpe eres al hablar de Él, al atraer a otros hacia Dios, en saber decir la palabra oportuna a quien te necesita como guía! Díselo interiormente a Jesús: *cura mi sordera, pon tu palabra en mi boca, suéltame la lengua para que sepa hablarte y hablar de ti.*

Siente, desde la fe, la acción de Jesús sobre ti a través de su Espíritu. Él abre tus oídos y desata tu lengua, te ayudará a reconocer su voz en las formas como te habla. Exprésale tu disposición por querer escucharle y también de querer ser su voz para que otros puedan oírle.

⁵ San Juan Bautista de La Salle compuso tres grupos de meditaciones, a saber: *Meditaciones para los días de retiro*, que son 16. *Meditaciones para todos los domingos del año*, que son 77. *Meditaciones sobre las principales fiestas del año*, que son 114. Las meditaciones se citarán en adelante solo por la letra M seguida del número de meditación y el punto correspondiente.

Y antes de terminar, piensa qué puedes hacer de tu parte para que la palabra de Dios pueda encontrar mayor eco en ti, para que la presencia de Dios te encuentre más disponible o para que la referencia a Dios y a sus cosas surja en ti con mayor naturalidad. Preséntaselo a Jesús y pídele la fuerza de su Espíritu para ponerlo en práctica.

CAPÍTULO 3

Orar es... una relación de amor

UNA EXPERIENCIA DE VIDA

El don de “mover los corazones”⁶

Quisiera hacerte ver que entre nuestra manera de educar y nuestra manera de orar hay una profunda concordancia.

Cuando mis Hermanos y yo fuimos poniendo por escrito nuestro proyecto educativo original, la *Guía de las escuelas cristianas*, tuvimos mucho cuidado en ir subrayando aquello que, según nuestra experiencia, le da vida y aliento y es su auténtico espíritu: la relación interpersonal educador-discípulo. Sin ella, el método pedagógico de la *Guía*, la organización y el orden que introduce en el aprendizaje escolar, quedaría reducido a un esquema mecánico, repetitivo, creador de autómatas y no educador de personas.

En las meditaciones que yo escribía para los Hermanos les hacía ver el sentido profundo y el alcance de esa relación interpersonal que une: “firmeza de padre y ternura de madre” (M 101:3); porque es Dios quien, en su providencia, nos ha puesto “en lugar de padres y madres [...] para lograr que los niños lleguen al conocimiento de Dios y de sus misterios” (M 193,2).

Y puesto que es su obra, tenemos que hacerla al modo de Dios, con amor y celo:

Procurad, por medio de vuestro celo,
dar muestras sensibles
de que amáis a los que Dios os ha confiado
como Jesucristo amó a su Iglesia (M 201,2).
Tenéis que imitar en esto, en cierto modo, a Dios,
pues amó tanto a las almas que creó...
Dios amó tanto al mundo que le dio a su Hijo único (M 201,3).

⁶ Juan Bautista de La Salle nos presenta aquí su experiencia.

Nuestra experiencia está reflejada en esa imagen que emplea san Pablo (2 Cor 3:3), tan íntima y entrañable, de una carta que Jesucristo nos ha dictado, “no con tinta, sino con el Espíritu del Dios vivo; y no sobre tablas de piedra, sino sobre tablas de carne, que son los corazones de los niños” (M 201:2).

Los corazones, más que las mentes, son el campo preferente de actuación del educador con sus discípulos. El corazón representa la interioridad de la persona, la fuente de los sentimientos, la raíz de las actitudes. La conversión de la persona tiene lugar en el corazón, si no es así no hay auténtica conversión. Y la educación, según la entiendo, se dirige, sobre todo, no a la mente, por más que haya de tenerse en cuenta; sino al corazón. La iluminación de la mente ha de servir para despertar y motivar la conversión del corazón. Por eso insisto:

Pedid a menudo a Dios la gracia
de mover los corazones [...]
Esa es la gracia de vuestro estado;
pues de poco serviría a quienes instruíis,
si su espíritu siguiera ciego y endurecido,
después de tantas instrucciones,
y si después de haberles anunciado vosotros tantas veces
las verdades del Evangelio,
el velo perdurase todavía sobre sus corazones. (M 81:2)

Mover los corazones es el auténtico milagro que se espera de ti como educador cristiano, esta es la señal de que está aconteciendo un nuevo Pentecostés (M 43:3), en lo cual debe consistir una auténtica educación cristiana:

¿Poseéis vosotros tal fe que sea capaz
de mover el corazón de vuestros alumnos
e inspirarles el espíritu cristiano?
Ese es el mayor milagro que podéis realizar
y el que Dios os exige,
puesto que es el fin de vuestro empleo. (M 139:3)

Pero, ¿quién conoce el corazón del hombre sino Dios, y quién puede convertir los corazones de piedra en corazones de carne sino Él? Por eso, porque no

podemos atribuirnos una obra que solo a Dios corresponde (M 62:1), hemos de recurrir a Dios y pedir su gracia:

Vuestro deber es subir todos los días a Dios por la oración, para aprender de Él todo cuanto debéis enseñarles; y descender luego hasta ellos, acomodándoos a su capacidad, para instruirlos sobre lo que Dios os haya comunicado para ellos (M 198:1).

Y si los corazones son los auténticos destinatarios de nuestra misión, no hay otro camino para llegar a ellos que el amor, fuerza interna y motivación última de toda nuestra labor ministerial. Con él evitaremos que nuestro ministerio se reduzca a un conjunto de funciones académicas; por el contrario, se insertará en el entramado de una tupida red de relaciones interpersonales, cuya raíz son las relaciones trinitarias (M 201).

No nos queda otra alternativa que recurrir a la fuente: si nuestro ministerio es un ejercicio de amor, es preciso acudir a la fuente del amor. Si lo esencial de nuestro ministerio consiste en *mover los corazones* de nuestros alumnos (M 139:3) es preciso acudir, con un corazón abierto, al único que tiene poder para con-moverlos:

La obligación que tenéis de contar con gracias, no solo para vosotros, sino también para los demás, y de esforzaros por mover los corazones, os debe impulsar a dedicaros de manera particular a la oración que es el ejercicio que Dios os ha señalado para que alcancéis sus gracias (M 129:2).

EN CAMINO CON NUESTRO GUÍA

1. La oración del corazón

De igual manera que nuestro ministerio, también nuestra oración se presenta como una *relación de amor*, el lugar que le corresponde es el corazón. En ese núcleo central del ser humano se produce la conexión con el misterio de Dios; ahí es donde el creyente puede adorar a Dios *en espíritu y en verdad* (Jn 4:24). Porque, incluso cuando se sitúa ante otros umbrales de la presencia

de Dios, solo es capaz de cruzarlos si encuentra a Dios en el fondo de su ser y lo adora ahí dentro. Allí está el *punto de encuentro* de las dos presencias: Dios y el ser humano. Ahí es donde se encuentra y ora el Espíritu Santo: “El Espíritu Santo, que reside en vosotros, debe penetrar el fondo de vuestras almas. En ellas es donde este divino Espíritu más particularmente debe orar” (M 62:3).

En ese lugar de encuentro podrás vivir tu oración como una auténtica *relación de amor*: eso es la *oración del corazón*. Entonces, ¿qué tendrás que hacer? Podrías resumirlo así:

Una oración que sea de todo mi ser,
y que al mismo tiempo sea toda ella
del Espíritu, pues Él ora en mí.

2. Una oración que sea de todo mi ser

Pongo toda mi persona a disposición de la oración. No solo el cuerpo, aunque también hay que disponerlo. Se trata de una oración *interior*: una *ocupación de todas las potencias del alma* (Campos y Sauvage, 1993, n.º 3), que debe alcanzar la raíz del ser: *la parte más secreta del alma*. Lo que quiero subrayar con estas expresiones es el carácter de *ejercicio activo*, que acapara la atención y las energías de toda la persona, no solo de una parte de ella.

A lo largo de todo el día, puedes hacer una oración *extensiva*, de forma simultánea con otras ocupaciones diarias. Pero la oración *intensiva* no admite simultaneidad, porque tiende a acaparar la persona, su mente y corazón.

No es cosa de ideas, reflexiones o razonamientos “sobre Dios”, aunque se mezcle uno que otro *afecto* dirigido a Dios de vez en cuando; a esto lo llamo mantenerse *simplemente en el entendimiento o en la superficie del corazón*, lo cual *dejaría el alma seca y vacía de Dios* (Campos y Sauvage, 1993, n.º 4). Es decir, una simple actividad reflexiva, aunque sea “sobre Dios”, no sería la oración del Espíritu en mí, por tanto, no daría lugar al encuentro, a *llenarme de Dios*.

Tampoco se trata de hablar mucho o de usar bastantes palabras, lo cual es un peligro frecuente del que ya nos advirtió Jesús (Mt 6:7), por eso quiero ponerte en guardia:

Pues las muchas palabras interiores en las oraciones
sirven más bien, para distraer la mente,
y para embarazar el fondo del alma
en vez de facilitarle la aplicación y la atención a Dios
y de hacer que llegue a ser interior.
Por el contrario, la multitud de palabras
del espíritu y del corazón
seca el alma y, una vez que ha pasado,
deja a menudo en ella un vacío de Dios
y de las cosas espirituales e interiores (EMO 140).

Ya santa Teresa de Jesús lo había expresado así: “Y aunque les aprovechará mucho la exégesis antes y después de la oración, aquí, en estos ratos de oración, poca necesidad hay de ella, a mi parecer, si no es para enfriar la voluntad...” (1562, 15:8).

Pero tampoco es cosa de suspender la actividad del “espíritu” o la mente, como propugnan algunas técnicas orientales, hasta dejar la mente “en blanco”. De nuevo la Maestra de oración lo advierte así:

En la mística teología de que hablé “oración infusa” deja de obrar el entendimiento, porque lo suspende Dios [...] Presumir si pensar suspenderlo nosotros es lo que digo que no se haga, ni se deje de discurrir porque si no nos quedaremos bobos y fríos, y ni haremos lo uno ni lo otro; que cuando el Señor suspende el entendimiento y lo para, le da materia para asombrarse y ocuparse de modo que, sin discurrir, entienda más en un ‘credo’ que nosotros podemos entender con todo nuestro esfuerzo humano en muchos años. Hacer el vacío en las potencias del alma y pensar por ignorancia hacerlas estar quietas, es desatino. (Santa Teresa de Jesús, 1562, 12:5)

Pero es normal, para quien comienza el camino de la oración, que necesite usar más palabras que aquel que lleva mucho tiempo en ese camino:

De ordinario, esa clase de personas,
cuando comienzan a darse a la oración,
deben servirse de razonamientos
y de frecuentes reflexiones,
que deben ser la mayoría de ellas tiernas y afectivas,
para conseguir la aplicación a la presencia de Dios.
En cambio, a una persona que se ha aplicado
a la oración desde hace mucho tiempo,
y tiene facilidad para ponerse en la presencia de Dios
de un modo interior, le basta de ordinario
conservar su espíritu simplemente recogido,
y mantener una simple atención a la presencia de Dios,
para fijar y retener en ello su mente,
al menos mientras hace oración,
sin que se distraiga durante ese tiempo (EMO 114-115).

Fíjate que, aunque hable de *razonamientos* y *reflexiones*, enseguida añado que sean *tiernas y afectivas*. Lo que quiero decir es que son palabras dichas al amigo, cara a cara; no es un discurso sobre un tema teológico. Porque Dios está ya presente cuando se comienza el camino de la oración.

Lo que has de hacer aquí es disponer ese espacio interior para el encuentro, “retener el espíritu dentro de ti, y hacerlo, por lo tanto, interior” (EMO 10). Esta es en sí misma una labor ascética: “retirarlo de” y “aplicarlo a”; de entrada, no resulta cómodo. Pero no te propongo un vaciamiento para luego proceder a llenar, sino al revés: *hay que aplicar la mente a la presencia de Dios* para que tu espíritu se despegue, poco a poco, de las cosas que lo esclavizan o lo distraen.

Los maestros de oración de la Iglesia ortodoxa hablan de *hacer descender el intelecto al corazón*:

Es necesario hacer descender el intelecto de la cabeza al corazón y establecerlo allí... Recordemos, sin embargo, que el esfuerzo es la única

cosa que es nuestra; el objeto en sí mismo, es decir, la unión del intelecto y del corazón, es un don de la gracia que el Señor otorga cuando y como Él quiere. (Lumen, 1988, p. 142)

3. Una oración que sea del espíritu

La oración del Espíritu se produce en ti, no como la invasión de alguien extraño, sino a través de estos dos elementos que has de conjugar en la oración: el *sentimiento de fe* y la *palabra de Dios*.

El *sentimiento de fe* es un impulso que surge del fondo del alma, del fondo del corazón, del interior de la persona hacia Dios. Es un anhelo que viene suscitado por el Espíritu Santo y que se hace consciente en la persona por la conjunción de la mente y el corazón; o mejor, porque la mente se pone al servicio del corazón, para expresar lo que este siente.

Los *sentimientos de fe* son vivencias muy hondas, que no se traducen generalmente en sensaciones emotivas, pero sí pueden expresarse con *afectos*: de admiración, de felicidad, de amor, de arrepentimiento, de deseo, de unión y de confianza, entre otros.

Se correlacionan con lo que san Pablo llama *las aspiraciones y los gemidos inexpressables* del Espíritu, que oran en nuestro interior (Ro 8:26-27). No es una correlación automática, pero tiende a garantizarse, en cierto sentido, cuando los sentimientos de fe estén apoyados en la palabra de Dios. Con ella se evita el monólogo racionalista y autosuficiente o la sensiblería fácil.

Sobre todo, el recurso a la palabra te ayudará a estar pendiente de la voz del Espíritu, voz objetiva que provoca luego el eco del sentimiento de fe más o menos explicitado en afectos, o simplemente reducido a *una mirada interior de fe viva y respetuosa* (Campos y Sauvage, 1993, n.º 210).

A medida que avanzas en este camino habrás de hacer un proceso de simplificación en que el Espíritu va adueñándose de la palabra, progresivamente o de golpe, mientras tú te dejarás inspirar por Él, sin miedo incluso a la improvisación que eso pueda suponer.

Aquí algunas sugerencias:

1. Lo más importante está dicho: *apóyate en la palabra de Dios*, tiende a utilizar las palabras de la Escritura más que las propias.
2. *Reduce progresivamente las palabras*, y da más cabida al silencio interior. Pero que sea un silencio “lleno” del eco de la palabra. Y así camina hacia la *simple atención*, aunque sea por intervalos cortos.
3. Simplifica la expresión de tus sentimientos en función de lo esencial que es el *sentimiento de fe*. El cual puede revestir muchas formas según las ocasiones. Sobre todo, *fe* y *adoración*, que son la aceptación del señorío de Dios y de su voluntad en tu vida.
4. Y por encima de todo, debes estar atento a lo que el Espíritu suscite en tu interior.

[...] Se refiere a cuando uno se siente interior y suavemente atraído por algo que no había pensado propuesto, como el amor de Dios, a manifestarle su confianza o su sumisión; a pedirle algo con instancia y confianza para sí o para otro; o a reflexionar sobre alguna palabra de Dios Hay que seguir esa atracción u otra parecida, según Dios, la fe y la perfección del propio estado. Hay que seguirla, digo, en la medida que plazca a Dios mantenernos en ella, pues es una señal de que Dios pide entonces eso. Lo cual se advierte cuando uno sale de la oración, con un deseo renovado de cumplir bien su deber, por amor a Dios y para complacerle. (EMO 330)

4. El fruto: una relación de amor

Que todo mi ser se entregue a la oración y que sea el Espíritu quien ore en mí. La meta que te propongo alcanzar es fruto de esas dos líneas de fuerza, pero es también el proceso que se va realizando en el camino desde el principio: *llenarte de Dios y unirte interiormente a Él.* Si te das cuenta, los términos empleados para

esta definición de oración son los propios de un enamoramiento, y nuestra oración no ha de ser otra cosa.

El enamoramiento no desarrolla “ideas”, sino la relación interpersonal que se traduce en afectos, en expresiones del impulso hacia la persona amada. Esta vivencia afectiva del orante se transforma poco a poco en una atmósfera que impregna su vida:

Si amáis a Dios,
la oración será el alimento de vuestra alma;
y Él entrará en vosotros y os hará comer a su mesa,
como dice san Juan en el Apocalipsis,
y luego gozaréis del privilegio
de tenerlo presente en vuestras acciones,
sin otra mira que la de agradarle.
Incluso tendréis siempre hambre de Él... (M 177:3)

Desde esta clave de “enamoramiento” puedes entender y valorar adecuadamente el lenguaje extremado que caracteriza con frecuencia la expresión de los místicos. Y es que, ante la presencia del amado, todo lo demás se vuelve pesar, todo lo demás es “nada”, y no porque se desprecie, sino porque es grande la diferencia. Pero también, todo adquiere una nueva luz cuando se ve con la mirada sacramental (la mirada de fe): todo recuerda al amado; esta es la garantía del verdadero místico, caso de santa Teresa:

Así como todo lo encontraba en Dios,
tenía la suerte de encontrar a Dios en todas partes:
en cualquier situación o en cualquier lugar
en que se hallase,
Dios le servía de guía...
Ello la inducía a ejecutar todas sus acciones
con la mira puesta en Dios. (M 177:3)

Seguramente dirás que esta es una meta demasiado lejana. No importa. Divisarla en el horizonte te ayudará a captar la unidad interna del ministerio que se te ha encomendado, vivificado por esta espiritualidad de *presencia y relación personal*.

UN EJERCICIO DE ORACIÓN

Betania: el corazón en las manos

Para este ejercicio que te propongo puedes tener a la vista alguno de los iconos que representan la escena de Betania, y que se encuentran fácilmente en internet. En especial, te será útil el icono pintado por Ioan Gotia, por su simplicidad y expresividad.⁷

Seguiremos, sobre todo, el texto del Evangelio de Lucas 10:38-42: Jesús visita en Betania a Marta y María, las dos hermanas de Lázaro según el Evangelio de Juan. Pero recordaremos otras visitas de Jesús a esa casa.

Marta, la hacendosa, “muy atareada en los quehaceres domésticos”; y María, por el contrario, interior y contemplativa, “sentada a los pies del Señor escuchaba sus palabras”. Son dos hermanas que viven en la misma casa, y las dos sirven al Señor. Pero según el relato de Lucas, están en tensión la una con la otra.

Marta y María representan dos dimensiones que deben estar presentes en la persona, porque se necesitan mutuamente, no pueden prescindir la una de la otra. Pero hay siempre “tanto que hacer”, que Marta requiere que María “le eche una mano”. Y Jesús le recuerda que María “ha elegido la mejor parte”; es decir, es esta dimensión la que sostiene y da sentido a la otra.

En tensión, sí; pero no en oposición. Porque tanto Marta como María están poniendo el corazón en lo que hacen. Vamos a orar, pues, con el corazón de Marta y María. La casa de Betania es, ante todo, una casa abierta y acogedora: abre así tu corazón a Jesús. Acoge su presencia en ti. Dile, como las dos hermanas: *esta casa, mi persona, es tuya. Gracias por venir.* Y como Marta, cuando Jesús llegó para resucitar a Lázaro, dile: *yo creo que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios* (Jn 11:27).

⁷ La imagen y su explicación se encuentra en Discípulos de los Corazones de Jesús y María (2014).

Sin prisas, quédate como María, con la mirada prendida en Jesús que viene a dar sentido a tu vida. Recuerda algunos acontecimientos o etapas clave de tu vida, en la que Jesús fue la roca que te sostuvo, la raíz que te hacía crecer, el agua viva que calmaba tu sed y te libraba de ir a saciarla en otras aguas, la mano que te guiaba en el camino... O trae a la mente alguna palabra de Jesús que tenga especial resonancia en tu corazón, y da gracias.

Piensa también cuántas veces ha llegado Jesús a tu casa y no has sabido reconocerlo o no le has abierto la puerta, porque llegaba en una figura poco atrayente, tal vez antipática, su rostro coincidía con el de tantos sufrientes o necesitados que venían a sacarte de tu comodidad. Pide perdón, abre las manos de Marta: que el Señor las haga disponibles y ágiles para servir a quien te necesita. Pon tu corazón en esas manos y ofréceselo al Señor, que Él lo haga ardiente en el servicio.

Las manos de María toman ahora el frasco de perfume, nardo puro, para derramarlo sobre los pies de Jesús (Jn 12:3). El corazón está en esas manos expresando el amor y la unión con Jesús, no hacen falta palabras. ¿Qué ofreces en esas manos, en ese frasco de perfume? Tu vida, tus deseos de ser mejor discípulo y testigo de Jesús, tu pequeñez y fragilidad. Y en especial, la presencia del Espíritu en tu interior, regalo del Padre, que siempre va más allá de tus posibilidades. Ese es el perfume que llevas siempre contigo.

Y con tu casa llena de la presencia de Jesús, con el perfume de las manos de María, continúa ahora tu oración de forma extensiva, en las manos de Marta, en el quehacer diario, en los múltiples servicios que tengas que realizar.

CAPÍTULO 4

Orar es... esperar a que Él pase, aunque se retrase

UNA EXPERIENCIA DE VIDA

Atento a Dios que pasa

Esta es la experiencia de Juan Bautista de La Salle, un hombre atento a Dios cuando pasa. Busca su presencia y su voluntad a lo largo de toda su vida y no porque no encuentre a Dios, sino porque sabe que Dios está siempre más allá de las propias expectativas y es preciso estar muy atento para no perder su paso, para reconocer sus signos, para descubrir su querer respecto de nosotros.

Especialmente, en la primera parte de su vida nos sorprende la manera tan concreta en que buscaba la llamada de Dios. Su preocupación es serle fiel; una preocupación vivida sin angustia, pero atenta a cualquier signo por el que Dios le pueda expresar su deseo.

Su itinerario hacia el sacerdocio comienza muy pronto y marca su adolescencia sin que haya dudas en su horizonte, hasta que, entre los 19 y los 21 años, todo se quiebra cuando en el espacio de pocos meses pierde a su padre y a su madre, y como primogénito ha de convertirse en tutor de sus hermanos. Entonces le viene la duda: ¿será un signo en contra de su pretendida vocación sacerdotal?

Esta pregunta hecha a Dios desde un corazón sincero purificará su deseo vocacional para resituarlo en el interior de un diálogo que cultivará toda su vida con verdadero afán: su oración va a estar marcada, no por la quietud o la satisfacción del gusto personal, sino por *la búsqueda de la voluntad de Dios*.

La pregunta frecuente dirigida a Dios quedará desde entonces instalada en su oración; pregunta hecha desde la confianza de encontrar respuesta en el Señor. Esa misma pregunta la llevará a los sucesivos compromisos de su vida.

Lo vemos como *el hombre orante que interroga a Dios* y queda a la escucha antes de tomar sus decisiones. Como en aquella ocasión en que, ante la inseguridad que manifiestan los maestros, debe decidir si utiliza su fortuna para fundar y empezar la obra de las escuelas o deja que sea la Providencia quien le dé “fundamento”, como le aconseja el padre Nicolás Barré. Su biógrafo, Jean Baptiste Blain, pone en sus labios esta oración, posiblemente a partir de lo que el propio Juan Bautista había expresado en su *Memoria de los comienzos*:

Dios mío, yo no sé si hay que fundar o si no hay que fundar: no me toca a mí establecer comunidades ni el saber cómo hay que establecerlas. Eso os toca a Vos, así como el hacerlo en la forma que os plazca. Yo no me atrevo a fundar, pues no sé cuál es vuestra voluntad. No contribuiré, pues, en nada a la fundación de nuestras casas: si las fundáis Vos, estarán bien fundadas; si Vos no las fundáis, no serán fundadas. Dadme a conocer, Señor, vuestra santa voluntad.

EN CAMINO CON NUESTRO GUÍA

1. *¿Cómo lo reconoceré?*

El camino de la oración es también el camino de la búsqueda de Dios; más exactamente, de la voluntad de Dios, de lo que Dios espera de ti. Pero no es la búsqueda de algo externo, hecho y acabado, o de quien busca un libro en una biblioteca, y una vez lo encuentra se pone a leerlo para aprendérselo y seguirlo al pie de la letra. No.

La búsqueda y el encuentro no se realiza “de una vez por todas”, sino en el transcurso de un diálogo en el cual Dios te va dando señales, te interpela y se deja interpelar, agudiza tu sensibilidad, te hace descubrir nuevos recursos en tus capacidades, abre los ojos a tu pobreza y debilidad para que cuentes más con Él, y te permite ver o intuir un nuevo horizonte. A medida que identificas los signos y te comprometes, el diálogo se va enriqueciendo con nuevas pistas.

Tu rostro buscaré, Señor; no me escondas tu rostro (Salmo 26). El rostro que buscamos en la oración no es una imagen pintada, o con rasgos que se concretan

en ojos redondos o rasgados, con barba, pelo largo o sin un solo pelo, con nariz recta o aguileña, de color claro, bronceado o negro... Tampoco las palabras que podemos escucharle vienen expresadas en sonidos identificables en español, francés, inglés o latín.

El Dios cuyo rostro buscamos y cuyas palabras queremos escuchar es *el Dios de la historia*, que se encuentra y se le reconoce actuando. Los rasgos de su rostro y los sonidos de sus palabras los encontramos e identificamos en sus acciones a través de la historia, *a través de mi historia*. Lo conocemos *por sus signos*. Las palabras que leemos en la Biblia son *la expresión* hecha por los creyentes, pueblo de Dios, de las acciones de Dios en la historia. Cuando leemos esta palabra del Señor, expresada en palabras humanas, nos remite siempre a las acciones de Dios, a la historia de salvación.

Nuestra dificultad en la oración, al no poder “ver” o “escuchar” a Dios, no se identifica con la dificultad de visibilizar un rostro con rasgos humanos o algo simbólico como un rayo de luz, ni tampoco con no poder oír unas palabras o una voz, aunque sea mentalmente. La dificultad real consiste en no percibir la acción de Dios.

Recuerda aquel pasaje del libro del Éxodo que relata la escena del encuentro de Moisés con Dios, ante la zarza ardiendo: Moisés se siente enviado a sus hermanos esclavos en Egipto, pero no sabe qué les va a decir para convencerlos de que es Dios quien le envía. No sabe cómo transmitirles esta experiencia que él tiene de haber “escuchado” a Dios, pero Él le da la clave de qué debe decirles para que ellos le reconozcan: “Yo soy el que soy, el que estoy con vosotros; descubridme en vuestra historia, yo estuve al lado de vuestros padres” (Ex 3:14).

La pregunta del creyente surge, unas veces esperanzada, otras con angustia: “¿Dónde estás tú, Señor?” Y la palabra de Dios le responde: “Venid a ver las obras de Dios” (Salmo 45).

2. ¿Búsqueda humana o iniciativa de Dios?

La oración ha de ser *encuentro* desde el principio. “Lo primero, pues, que debe hacerse en la oración, es penetrarse interiormente de la presencia de Dios” (EMO 14).

Lo primero es *encontrarse*. Este es el resultado de la *peregrinación hacia el interior*, buscando a Dios, no a sí mismo. En ese encuentro se produce a menudo cierta tirantez o confusión que no se puede evitar:

- Debes hacer el esfuerzo de “cruzar” el umbral de la presencia de Dios e interiorizar esa presencia, dejándote impregnar por ella como la esponja: *penetrarse interiormente*.
- Después de ese primer esfuerzo, tendrás la experiencia de que es Dios quien se te acerca, sale al encuentro y brota así la *celebración de la presencia de Dios*, en el gozo del encuentro.
- Pero la oración está situada en el contexto de la vida y de las circunstancias de la persona. Si estás volcado todo el día en las actividades propias de tu misión, reclamado por las necesidades de niños y jóvenes, es normal que cuando quieras recogerte para orar, con frecuencia, tengas la sensación de que Dios se te oculta, o incluso “se te escapa”, Él no se deja dominar. Esta experiencia es positiva: ha de impulsarte a renovar tu actitud de apertura, el esfuerzo de la búsqueda, la purificación del corazón, el deseo de entrar en la presencia de Dios, la referencia explícita de tus labores diarias a Dios recordando a menudo su presencia.

El mejor fruto de este encuentro es la renovación de la búsqueda en la existencia, lo que se traduce en mayor atención a Dios y a sus manifestaciones en el mundo como en el interior del creyente. San Agustín expresa muy bien esta experiencia:

“Nos hiciste, Señor, para ti,
y nuestro corazón estará siempre inquieto
hasta que descanse en ti” (M 125:3).

Esta penumbra o perplejidad que acompaña a veces el encuentro con Dios presenta diversas variantes en nuestra experiencia espiritual. Fijémonos en dos: la ausencia de Dios y la ausencia del diálogo.

3. *¿Y cuando Dios está ausente?*

Cualquier buscador de Dios experimenta, alguna vez en la vida o muchas veces, la ausencia o el silencio de Dios. No encuentra ese umbral tras el cual se supone que Dios “debería” estar esperando. Uno intenta *ponerse en la presencia de Dios*, pero Dios no aparece; al menos, se experimenta la sensación de vacío. Se ha roto el equilibrio “natural” entre mi tendencia hacia Dios y su acercamiento hacia mí.

He pasado por esa experiencia⁸. Es una situación muy real, como lo es el dolor que causa en quien la padece, sabiendo, además, que no siempre se debe a las propias culpas. Podemos verlo simbolizado en aquel parálítico que fue curado por Jesús, según se nos narra en Mt 9:1-8). Quienes sufren esa situación de ausencia de Dios la experimentan como parálisis espiritual

No encuentran facilidad para ir a Dios,
o por falta de luz,
o por falta de ayuda por parte de quienes los dirigen...
Dios deja al alma en esa situación para que sienta
que no puede nada sin Él,
y que no puede tener el impulso necesario para ir a Él,
si no cuenta con la ayuda de su gracia;
y que, por el contrario, todo lo puede
cuando Él la fortifica. (M 71)

Habrá que aceptar entonces que la iniciativa es de Dios, y que Él tiene “sus tiempos” para volver a pasar:

Debe, pues, esperar con paciencia
a que Jesús pase y ponga el remedio para su mal.
Pues, así como Él nos ha procurado
la gracia de la redención,
así conoce el medio de fortalecer nuestra alma

⁸ Su biógrafo Blain lo recuerda cuando comenta aquella situación cercana a 1714, en que incluso la oración “se le convirtió para él en tierra seca y árida...; su alma no gozaba ya de la dulzura divina...; Dios no le decía nada y lo dejaba en las tinieblas” (Bl 2:96).

y devolverle el movimiento que había perdido.
Lo único que se necesita es cuidar de ser fiel
en dejarse llevar a Jesucristo cuando pase,
como hizo el paralítico que yacía en su lecho
contento de sufrir su dolencia hasta que Jesús la curase.
Pues en este tipo de enfermedades,
solo Él, de ordinario, puede poner remedio;
y todo lo que uno puede hacer
es vigilar sobre sí mismo para no obrar mal.
Entonces hay que orar mucho
y contentarse con decir a Dios, con David:
crea en mí, oh Dios, un corazón puro
y renueva en él tu espíritu
para que me conduzca derechamente a Ti. (Sl 50:12)

En estos casos, cuando el acercamiento parece que se dificulta por el lado de Dios, ¿qué puede hacer el creyente?:

Sostengámonos con la firmeza de nuestra fe,
Aunque no tengamos ningún sentimiento de Dios
y aunque nos hallemos sin movimiento hacia Dios.
Tengamos la certeza de que esta mirada de fe
le será tan agradable,
que después de haberla favorecido,
y de haber alentado nuestra confianza,
nos dirá, igual que al paralítico: *Levántate*;
es decir, elévate hacia Dios;
y, recuperadas todas nuestras fuerzas,
lo haremos con facilidad.
Ya no encontraremos nada que nos detenga,
nada que sea obstáculo
a nuestros movimientos exteriores
y que nos impida ir a Dios.
Por lo cual Jesús nos dirá de inmediato: *Vete*;
es decir, que nos encontraremos
con facilidad tan grande

para ir a Dios y para conversar con Él,
que nada nos causará mayor placer.
Ese será el fruto de nuestra paciencia,
que Dios se complace en recompensar
en sus servidores. (MD 71: 2,1)

Pero ha de conjugarse la libertad del hombre con la iniciativa de Dios:

Para la curación de nuestra parálisis espiritual
no basta que Jesús nos mande levantarnos.
Se necesita, además, que nosotros lo queramos,
a menos que tal parálisis
sea simplemente una prueba por parte de Dios,
sin que nosotros seamos culpables de nada;
pues en ese caso, Él solo tiene que mandar
para ser obedecido.
Pero, si en nosotros se dio algo
que causó tal enfermedad o que contribuyó a ella
entonces es necesario también
que nosotros colaboremos,
por nuestra parte, a la curación.
Pues no ocurre lo mismo
en las enfermedades espirituales y en las corporales.
Para curar estas, basta que Jesús hable,
o incluso, que lo quiera;
pero en las referentes al alma,
se necesita, por nuestra parte,
que queramos ser curados;
pues Dios no fuerza en absoluto nuestra voluntad,
aunque la exhorte y la inste.
Pues, para la curación
de nuestras enfermedades espirituales,
a nosotros nos corresponde aceptar su gracia,
cooperar con ella y secundar el buen deseo de Dios. (MD 71:3,1)

¿Cómo enfrentarse en la oración a esta situación de ausencia o silencio de Dios? Toma nota de estas dos sugerencias:

- La primera, que tu manera de llegar a Dios sea por *el sentimiento de fe*, no por el reconocimiento de signos sensibles de su presencia. Te diré lo que en cierta ocasión le escribía a una persona religiosa que buscaba ansiosamente evidencias de que Dios estaba a su lado y la escuchaba: “Nunca se detenga en los gustos sensibles, antes bien, témalos y no se fíe de ellos” (La Salle, Carta 126:7).
- La segunda, que el apoyo para este sentimiento de fe sea algo tan objetivo como la Sagrada Escritura. Ella será el mejor impulso a una fe vacilante o angustiada.

No te acostumbres cómodamente al silencio de Dios: busca su voz e incluso su presencia a través de su Palabra. Gracias a ella nunca llega a difuminarse totalmente el punto de encuentro.

Se puede apreciar la coincidencia de la doctrina lasaliana con este texto magisterial:

En todo caso, para quien se empeña seriamente, vendrán tiempos en los que le parecerá vagar en un desierto y, a pesar de todos sus esfuerzos, no ‘sentir’ nada de Dios. Debe saber que estas pruebas no se le ahorran a ninguno que tome en serio la oración. Pero no debe identificar inmediatamente esta experiencia, común a todos los cristianos que rezan, con la ‘noche oscura’ de tipo místico. De todas maneras, en aquellos períodos debe esforzarse firmemente por mantener la oración, que, aunque podrá darle la impresión de una cierta ‘artificiosidad’ se trata en realidad de algo completamente diverso: es precisamente entonces cuando la oración constituye una expresión de su fidelidad a Dios, en presencia del cual quiere permanecer incluso a pesar de no ser recompensado por ninguna consolación subjetiva.

En esos momentos aparentemente negativos se muestra lo que busca realmente quien hace oración: *si busca a Dios* que, en su infinita libertad, siempre lo supera, *o si se busca solo a sí mismo*, sin lograr ir más allá de las

propias ‘experiencias’, le parezcan positivas —de unión con Dios—, o negativas —de ‘vacío’ místico—. (Pablo II, 1989, pp. 29-30)

4. La ausencia del diálogo

Esta dificultad para la oración es todavía más frecuente que la anterior, pesa especialmente en aquellos que se están iniciando en la oración por la tendencia a confundir esta con el diálogo fluido y de abundante palabra.

Para los principiantes en el camino de la oración es de gran ayuda lo que he llamado “actos” o expresiones de los sentimientos de fe, pero no confundan su abundancia o variedad con lo importante en la oración: la riqueza del encuentro no está en proporción con la cantidad de sentimientos que pueda expresarle, sino a mi apertura ante Dios y su voluntad.

A la misma persona a la que antes me refería poniéndola en guardia contra la sensiblería religiosa, le decía también: “Hay que evitar la ociosidad, pero también el embarazarse con la multitud de actos. Bástale a Vd. y basta para contentar a Dios que permanezca en su santa presencia” (La Salle, Carta 126:11).

Si todo te lo dices tú, no te extrañe que Dios no interrumpa tu soliloquio. ¿Por qué algunos no saben hablar a Dios?

Solo se aprende a hablar a Dios escuchándolo;
pues saber hablar a Dios y conversar con Él,
solo puede venir de Dios,
que tiene su propio lenguaje,
y que solo lo comunica a sus amigos y confidentes,
a quienes concede la dicha
de conversar a menudo con Él. (M 64:2)

Por eso, te insisto en que la Palabra de Dios sea el vehículo más frecuente de tu propia expresión en el diálogo con el Señor:

Algunos pasajes de la Sagrada Escritura
son a menudo muy útiles para ayudar al alma a hacer
ese tipo de reflexiones de pocas palabras;

tanto más que, siendo palabras de Dios,
según nos enseña la fe,
tienen de suyo una unción divina,
nos conducen por sí mismas a Dios,
nos ayudan a mantener la mirada en Dios
y también a conservar en nosotros el gusto de Dios. (EMO 143)

El diálogo en el proceso de la oración puede plantearse así, de forma sencilla, leyendo o escuchando un pasaje de la Palabra de Dios, y contestando luego con alguna breve reflexión o “eco” que surge en ti, siempre con la condición de que sea “a propósito para mover el corazón” (EMO 92); es decir, no se trata de ideas, sino de sentimientos. En esta dialéctica va aumentando progresivamente el *silencio interior*, un silencio *cargado de presencia*: “De este modo, por la atención a algún pasaje de fe, unida a alguna reflexión, se podrá adquirir insensiblemente la facilidad de aplicarse a la presencia de Dios por simple atención” (EMO 96).

También aquí vemos la confluencia entre nuestro guía y santa Teresa:

Lo que ha de hacer el alma cuando viene esta quietud ha de ser todo con suavidad y sin ruido. Llamo ‘ruido’ a trabajar con el entendimiento buscando muchas palabras y consideraciones para dar gracias de este beneficio y amontonar pecados suyos y faltas para ver que no lo merece.

Despierte la voluntad algún pensamiento de cuán mejorada se ve para avivar el amor, y haga algunos actos amorosos de lo que quiere hacer por quien tanto debe, sin admitir ruido del entendimiento para buscar grandes razones. (Santa Teresa de Jesús, 1562, 15:6-7)

Esta es la meta a la que podrás ir llegando, en un modo de hacer oración que se puede definir simplemente como: *aplicación a la presencia de Dios*, que, en su grado más avanzado, o *por simple atención*, “consiste en estar delante de Dios por una simple mirada interior de fe a que Él está presente” (EMO 99).

Pero este camino abre sobre la vida, no lo olvides. No se trata de quedarse anclado en “la Montaña sagrada” de la oración. El resultado final nos dejará centrados en Cristo y en su obra salvadora. Es en Él donde, a fin de cuentas, se produce nuestra unificación con Dios. Aquella frase paulina de Gálatas 2:20, expresa perfectamente la *interioridad* que, poco a poco, va creciendo en nosotros:

Esas almas pueden entonces decir, como san Pablo,
que *ya no son ellas quienes viven*,
sino que *Cristo vive en ellas*,
y que, por decirlo así, viven de la vida del mismo Dios,
que consiste en pensar solo en Él
y en lo que a Él se refiere,
y en no obrar sino por Él. (EMO 102)

UN EJERCICIO DE ORACIÓN

Dios está pasando por mi vida

Este es un ejercicio que puedes hacer con frecuencia, y desde distintas situaciones de ánimo. Su objetivo es ahondar la conciencia de que Dios está presente en tu vida siendo parte necesaria de tu historia, Él pasa a tu lado y te deja signos de su presencia.

Puedes llamarlo *la oración del salmista*, porque este ejercicio está en el trasfondo de muchos salmos, además ha servido a cada uno de sus redactores para darle esta composición:

- Una mirada al propio pasado, al de la comunidad, al del Pueblo elegido, para contemplar, admirar y agradecer la presencia de Dios en nuestra historia. Los hechos que manifiestan su fidelidad, su misericordia, su cariño, su paciencia con nuestras infidelidades, su constancia en rehacer el barro quebradizo de nuestra debilidad, su empeño en recomponer los lazos que nuestro pecado rompió (según la situación que el salmista —este eres tú hoy— esté viviendo en el presente, pondrá el acento en una u otra de esas perspectivas).

- Una mirada al presente, desde la situación anímica que está viviendo; pero no quedándose apresado o bloqueado por ella, sino mirando lejos, aunque sea a través de ella, porque Dios está aquí, convirtiendo esta oportunidad en tiempo de gracia y salvación, aunque no acertemos a verlo en la superficie (nos apoyamos en el sentimiento de fe que nos aportó la mirada anterior. Pido al Señor que abra mis ojos para reconocer sus signos, que avive mi sensibilidad para sentir su paso, o grito mi incapacidad para reconocerlo).
- Una mirada al futuro que está llegando: pongo mi vida en las manos del Señor, reafirmo mi actitud de búsqueda, actualizo mi ofrenda (para cada una de esas fases te puedes apoyar en alguno de los pasajes que aquí se proponen, o en otros de los salmos de los profetas. Deja que el pasaje que recitas se haga eco en ti, que resuene ese sentimiento en tu interior, sin prisas por pasar a otro texto).

1. Porque has estado presente en mi vida...

Dad gracias al Señor porque es bueno,
porque es eterna su misericordia [...]
Solo Él hizo grandes maravillas [...]
Él nos liberó de nuestros opresores (Sl 135).

Señor, Tú has sido nuestro refugio
de generación en generación.
Danos alegría, por los días en que nos afligiste.
Que tus siervos vean tu acción,
y sus hijos tu gloria (Sl 89).

Dios es nuestro refugio y nuestra fuerza,
poderoso defensor en el peligro.
El Señor de los ejércitos está con nosotros,
nuestro alcázar es el Dios de Jacob (Sl 45).

¡Bendice, alma mía, al Señor!
Él perdona todas tus culpas
y cura todas tus enfermedades.
Él rescata tu vida de la fosa
y te colma de gracia y de ternura (Sl 102).

2. Sé que hoy también estás, aunque me cueste verte

Protégeme, Dios mío, que me refugio en Ti;
yo digo al Señor: 'Tú eres mi bien'.
Los dioses y señores de la tierra no me satisfacen (Sl 15).

Levanto mis ojos a los montes:
¿de dónde me vendrá el auxilio?
El auxilio me viene del Señor,
que hizo el cielo y la tierra (Sl 120).

El Señor es mi luz y mi salvación:
¿a quién temeré?
El Señor es la defensa de mi vida,
¿quién me hará temblar? (Sl 26).

¿Por qué te quedas lejos, Señor,
y te escondes en el momento del aprieto?
Señor, tú escuchas los deseos de los humildes,
les prestas oído y los animas;
Tú defiendes al huérfano y al desvalido. (Sl 9).

¡El Señor es mi fuerza y mi energía,
Él es mi salvación! (Sl 117).

3. Yo te seguiré buscando siempre

Oigo en mi corazón: 'buscad mi rostro'.
Tu rostro buscaré, Señor,
no me escondas tu rostro (Sl 26).

Alma mía, recobra tu calma,
que el Señor fue bueno contigo.
Caminaré en presencia del Señor
en el país de la vida (Sl 114).

¡Oh Dios, restáuranos;
que brille tu rostro y nos salve! (Sl 79).

¿Hasta cuándo, Señor, seguirás olvidándome?
¿Hasta cuándo me ocultarás tu rostro? (Sl 12).

Señor, sondéame y conoce mi corazón.
Ponme a prueba y conoce mis sentimientos.
Mira si mi camino se desvía,
guíame por el camino eterno (Sl 138).

CAPÍTULO 5

Orar es... abrirse a la presencia de Dios y iclebrarla!

UNA EXPERIENCIA DE VIDA

Caminando en presencia de Dios

Para los lasalianos, “ponerse en la presencia de Dios” es algo connatural, podríamos decir “identitario”. Desde luego es algo más que un ejercicio piadoso. Y no es solo la parte fundamental de la oración, según nos la presenta La Salle. Es la actualización, en ocasiones concretas, de ese modo de vida que hemos heredado de nuestro padre en la fe: Abraham, siguiendo la invitación que Dios le había hecho: *Camina en mi presencia con lealtad* (Gn 17,1).

Esa es la actitud que lleva a Juan Bautista de La Salle a vivir en un éxodo constante, atento a los signos por los que Dios le señala el camino. Su experiencia nos ayuda a captar el sentido existencial que tiene este “ejercicio” de la presencia de Dios.

Juan Bautista es, como el profeta bíblico, el hombre de *ojos abiertos* para descubrir los signos por los que Dios le habla; es el hombre de *oídos atentos* para escuchar la voz de Él que le comunica su voluntad. En su propia existencia experimenta la fuerza y acción transformadora de Dios. Ha sido llamado, con su comunidad, a *preparar el camino del Señor*⁹ en los corazones de los niños y jóvenes a través de la educación cristiana. Pero ha debido realizar primero su propio camino, para el que Dios se encontraba a cada paso para guiarlo a la misión que le tenía preparada.

Cuando ya la obra de la comunidad y de las escuelas está en marcha, Juan Bautista relee lo que ha sido este caminar, y constata gozosamente que Dios estaba presente como protagonista de la aventura: es el Dios de la historia de la salvación, el que llama y envía, el que conduce a los hombres y respeta al mismo tiempo la libertad de estos. El Dios bíblico está reflejado en la *Memoria de los*

⁹ Lo expresa en las meditaciones 2 y 3, para el tiempo de Adviento.

comienzos, donde La Salle lee su vida como *relato del Dios que salva* y se descubre a sí mismo como instrumento responsable:

Dios, que gobierna todas las cosas con sabiduría y suavidad, y que no acostumbra a forzar la inclinación de los hombres, queriendo comprometerme a que tomara por entero el cuidado de las escuelas, lo hizo de manera totalmente imperceptible y en mucho tiempo, de modo que un compromiso me llevaba a otro, sin haberlo previsto en los comienzos. (MC, Blain 1:169)

El *ejercicio orante* de la presencia de Dios va necesariamente unido a esa actitud vital de *caminar en la presencia de Dios*. Es un itinerario que lleva siempre a un cambio de lugar. La Salle nos invita a orar *desde el fondo del alma*; es decir, desde ese lugar de la transparencia, de la raíz del ser, de la apertura a Dios y a su proyecto sobre mí. Cuando me esfuerzo por buscar ese lugar para orar, entonces mi vida se abre a la presencia de Dios; Él me conduce, de experiencia en experiencia, *de compromiso en compromiso*, hacia *un lugar radical*. No encontraré la presencia de Dios si no estoy dispuesto a hacer ese recorrido hacia donde me conduce.

EN CAMINO CON NUESTRO GUÍA

1. *Un estilo de oración: abrirse a la presencia de Dios*

Comenzaré hablando sobre el *ejercicio de la presencia de Dios*:

no hay que detenerse en Él por poco tiempo,
Porque la presencia de Dios es precisamente
lo que más contribuye a infundir el espíritu de oración
y la aplicación interior que se puede tener en ella.
Antes bien, hay que procurar
que la mente se ocupe en ella cuanto le sea posible
y no aplicarla a otro asunto,
hasta que ya no pueda hallar medio
de prestar atención a este. (EMO 121)

La búsqueda del umbral

Te propongo un modo de orar que va de la mano con un estilo y una experiencia de vida. Nos habituamos a encontrar a Dios en la vida, en nuestra labor educativa y en los jóvenes con los que tratamos. El propio Espíritu nos urge a ese estilo de oración para que luego nos sea más fácil reconocer a Dios en la misión que nos confía, en aquellos a los que Él nos envía y en los que no les es fácil verlo.

Dios se ha metido en nuestra historia y se ha encarnado en nuestro mundo; se manifiesta ante nosotros con presencias concretas, con rostros identificables. Cada signo te sitúa ante la trascendencia de un Dios que no se deja dominar, pero que, al mismo tiempo, se te acerca de muchas maneras. Cada signo es un impulso que te empuja a afianzarte en la fe, a dejarte influenciar por la presencia de Dios.

¿Cuál es el umbral que tienes que pasar para encontrarte con Él? Será mejor hacer la pregunta de esta forma: ¿cuál es el umbral en que Él está esperando para encontrarse contigo? Esta es una pregunta que has de hacerte día a día, y que solo podrás responder si desarrollas el hábito de estar atento a los signos por los que Dios se te presenta, para que puedas hacerte presente allí donde Él quiere encontrarte.

Piensa en los habitantes de Belén cuando María y José llegaron allí en busca de posada. Con ellos iba Jesús, en el vientre de María, pero aquellos no vieron más que dos pobres caminantes, y *no hubo lugar para ellos en el mesón* (Lc 2:7). Quien los vio en el umbral de su casa no reconoció a Dios con ellos, y Dios no pudo pasar por aquel umbral.

¿Cuánto tiempo hace que Jesús
se presenta ante vosotros,
y llama a la puerta de vuestro corazón
para establecer en él su morada,
sin que hayáis querido recibirlo?
¿Y por qué?
Porque no se presenta sino bajo la figura de pobre,
de esclavo, de varón de dolores (Is 53:3). (M 85,1, para la vigilia de Navidad)

Hemos de estar vigilantes para descubrir, en cada situación, cómo llega Él, de qué forma se nos quiere manifestar. Necesitamos abrirnos a la presencia de Dios, hacernos sensibles a sus signos. Abrirnos es equivalente a reconocer la presencia de Dios, pues Él está presente antes de que lo advirtamos.

Sitúate, pues, en alguno de los *umbrales* y adéntrate por él; aprovecha las posibilidades que ese signo presenta y los frutos que te ofrece. Te ayudará a mantenerte en recogimiento y te dará facilidad para ocuparte más tiempo y más interiormente en la presencia de Dios.

Mientras te vas identificando con este modo de orar verás que se va ampliando indefinidamente el número de umbrales o de ventanas por las que puedes observar la presencia de Dios en la vida diaria: verás que Él está en tu historia, conduciéndote *de un compromiso a otro*; está en tus hermanos, en el que está arrinconado y en el que apenas significa nada; si eres educador, lo podrás ver en cada uno de tus alumnos.

La apertura de corazón, cultivada y pedida en los tiempos fuertes de oración, tendrá su comprobante en los umbrales más humildes de la encarnación, que suelen coincidir con los más marginados entre aquellos con los que desarrollas tu misión. Esos umbrales por los que Dios se asoma y donde espera que tú te acerques, no son fáciles de percibir si previamente no has despertado en ti la sensibilidad que te permite identificarlos.

Así se irá arraigando en ti la actitud de vivir atento a las manifestaciones de Dios en el mundo. Esta es una gracia de Dios que tendrás que pedir: “Ilumíname, ¡oh Dios mío! Con tu divina luz, para que siempre te vea y siempre te reconozca presente en todos los lugares...” (EMO 138:2).

Más allá del umbral

La *búsqueda del signo*, la elección o la atracción por un determinado umbral es el primer paso para comenzar tu apertura. Los signos de la presencia de Dios nos motivan a introducirnos en lo verdaderamente importante: *el diálogo familiar con Dios*, diálogo promovido y animado por su espíritu.

El *umbral* es solo eso: hay que traspasarlo y entrar en la casa. Como Elías en la montaña (1 Re 19:9-13) hay que esperar de pie ante la gruta de la propia interioridad, y escuchar atentamente la llegada de la brisa suave: es Dios quien sale a tu encuentro y decide dialogar contigo en la intimidad.

Dios quiere *un culto interior, en espíritu y en verdad*, según dice Jesús en su diálogo con la Samaritana (Jn 4:24), cuando ella le plantea la alternativa de si adorará a Dios en el templo de Jerusalén o en el monte Garizim. La respuesta de Jesús apunta a la interioridad de la persona, como lugar real en el que debemos dar culto a Dios. El templo al que nos referimos como “casa de Dios” es tan solo un signo de su presencia. *La relación de la persona con Dios* es lo que cuenta, más allá de los signos concretos.

Así es como traspasamos el umbral, al pasar del *signo* a la *relación* con Dios: en lo íntimo del corazón, en el fondo del alma encontramos el misterio de Dios. Allí nos ha conducido el Espíritu Santo y allí ora Él; allí se encarga de hacer presente al signo por excelencia de Dios, el principal umbral por el que nos asomamos a Dios y Él a nosotros: *Jesucristo*.

2. Los umbrales de la presencia de Dios

Cuando estás retirado para orar, ¿qué umbrales pueden servirte para situarte en la presencia de Dios? Te sugiero algunos:

a. En cualquier lugar que estés, descubre a Dios presente en todas partes

Este es el umbral más amplio, pues coincide con toda la creación. Dios sostiene su obra; anima la vida de todas las criaturas. Puedes descubrir la presencia de Dios en el mundo, en todos los seres. Este sentimiento de fe se manifestaba en san Francisco de forma tan exultante que plasmó en el *Cántico de las criaturas*: “¡Alabado seas, mi Señor!” Puedes compartir sus sentimientos y adentrarte con ellos en este umbral.

Loado seas, mi Señor, con todas tus criaturas,
especialmente el hermano Sol,
el cual hace el día y nos da la luz.

Y es bello y radiante con gran esplendor;
de ti, Altísimo, lleva significación.

Loado seas, mi Señor,
por la hermana Luna y las estrellas;
en el cielo las has formado claras y preciosas y bellas.

Loado seas, mi Señor, por el hermano Viento,
por el aire, nublado o sereno;
y todo el tiempo, por el cual a tus criaturas das alimento.

Loado seas, mi Señor, por la hermana Agua,
la cual es muy útil y humilde y preciosa y casta.

Loado seas, mi Señor, por el hermano Fuego,
con el cual alumbras la noche,
y es bello, jocundo, robusto y fuerte.

Loado seas, mi Señor,
por nuestra hermana madre Tierra,
la cual nos sustenta y gobierna
y produce diversos frutos con vistosas flores y hierbas. (1224)

Y Dios es también el Señor de la historia, Él está detrás de cada acontecimiento, no siendo causa de este, sino sirviéndose del mismo por malo que sea, para hacer avanzar su plan de salvación. Siéntete inmerso en su presencia que te abraza y te invita a confiar en Él, apóyate fuertemente en Él en las ocasiones de tentación, debilidad o cuando la dificultad te pese demasiado.

Deja que resuenen en ti estas palabras del Salmo 138, mientras ahondas este sentimiento de confianza: “A cualquier parte que vaya tendré la suerte de estar siempre junto a ti” (EMO 128:2).

¿A dónde iré lejos de tu aliento,
dónde escaparé de tu mirada?
Si escalo al cielo allí estás Tú.
Si me acuesto en el abismo, allí te encuentro.
Si vuelo hasta el margen de la aurora,
si emigro hasta el confín del mar,

allí me alcanzará tu izquierda,
me agarrará tu derecha. (Sl 138)

O con la imagen del pastor que acompaña a sus ovejas, dile con el Salmo 22 “aunque pase por cañadas oscuras, nada temo porque Tú vas conmigo. Tu vara y tu cayado me sosiegan”.

En la espiritualidad céltica-cristiana, este umbral adquiere una gran intensidad y se expresa con rasgos dinámicos como los que utiliza esta oración atribuida a san Patricio. La presencia universal de Dios es una fuerza creadora que nos llena de energía y nos invita a ponernos “en pie” para ser protagonistas del Reino de Dios. Alcanza su punto máximo en la encarnación, en Cristo, en quien se reconstruye “la unidad de todas las cosas, las del cielo y las de la tierra” (Ef 1:10), pues “todo lo ha creado Dios por Cristo y para Cristo” (Col 1:16).

Hoy estoy dispuesto:
gracias a la fuerza de Dios que me conduce.
La mirada de Dios precede mis pasos;
la sabiduría de Dios me guía;
el camino de Dios se extiende ante mí.

El escudo de Dios me protege:
de todo aquello que pudiera hacerme daño,
en cualquier parte,
en la soledad y en la multitud,
contra todo poder cruel y despiadado
que pueda atentar contra mi cuerpo o mi alma.

Cristo conmigo, Cristo delante de mí,
Cristo detrás de mí, Cristo dentro de mí,
Cristo debajo de mí, Cristo sobre mí,
Cristo a mi derecha, Cristo a mi izquierda,

Cristo cuando me acuesto, Cristo cuando me siento,
Cristo cuando me levanto, Cristo me protege.

Cristo en el corazón de todo el que piense en mí,
Cristo en los labios de todo el que hable de mí. (San Patricio)

b. Cuando estés reunido con tus hermanos para orar, Jesús está allí en medio

Descubre a Cristo y recíbelo en la comunidad, pues Él está “presente en medio de los que están reunidos en su nombre” (Mt 18:20). “Está en medio de ellos para darles su santo Espíritu, y para dirigirlos por él en todos sus actos y toda su conducta” (EMO 26).

Este umbral tiene para mí especiales resonancias. Hace que recuerde una variación importante en mi vida: cuando cambié el coro de canónigos de la Catedral de Reims, por un grupo de maestros que sería después la Comunidad de las Escuelas Cristianas. Los primeros correspondían a ministros sagrados, donde era fácil pensar que Dios estaba en medio cuando cantábamos sus alabanzas. Los segundos eran un grupo de laicos dedicados a dar escuela. Ellos no lo sabían, y yo tuve que descubrirlo para hacerles ver que Jesús estaba con ellos, los había llamado y los enviaba a salvar a aquellos pobres niños que llenaban sus aulas. Y porque Jesús estaba en medio de ellos, la comunidad iba poco a poco creciendo hacia dentro, llenándose de espíritu y aumentando en fraternidad.

Jesús es quien edifica la comunidad y la conduce hacia su finalidad, esta es la misión que Él le ha confiado, es Él quien promueve la cohesión entre los miembros de la comunidad y suscita en cada uno *el espíritu de su estado*.

Está en medio de ellos para unirlos,
cumpliendo por sí mismo
lo que pidió por ellos a su Padre antes de su muerte
con estas palabras de san Juan:

«Haz que todos sean una misma cosa en nosotros
como como tú, Padre, y yo somos uno;
y para que sean consumados en la unidad»,
es decir, que todos sean de tal modo
uno y tan unidos entre sí,
por la unidad de un mismo Espíritu,
que es el Espíritu de Dios,
que jamás puedan desunirse. (EMO 27)

Él está en medio de la comunidad, atrayendo a todos hacia sí. Pero esa atracción no es automática, pues depende de cada miembro de la comunidad el dejarse atraer. Es posible compararlo con *el sol*:

que no solo comunica a las plantas
la virtud de producir,
sino que da también a los frutos la bondad y la perfección,
que es mayor o menor
según estén más o menos expuestos
a los rayos del sol (EMO 32).

Realmente este es un umbral que, al mismo tiempo, nos llena de gozo y nos desafía. Tener a Jesús en medio de nosotros es la mejor garantía para que nuestra comunidad pueda crecer y dar fruto. Pero es un reto exigente: no es lo mismo la vida interna de la comunidad que su proyección sobre la misión educativa, deben dejarse confrontar continuamente por Jesús y su mensaje:

“[Así es como los] Hermanos hacen sus ejercicios
y las acciones propias de su vocación
con mayor o menor perfección,
en proporción de la mayor o menor relación,
conformidad y unión con Jesucristo” (EMO 32).

Ya te habrás dado cuenta que este modo de presencia no te deja en un aparte con Jesús. Por el contrario, te devuelve a la comunidad con tus hermanos y te hace responsable de ellos. Por eso, en ese diálogo con Jesús, presente en medio de los hermanos, ha de surgir la petición por ellos, la actitud de perdón, la promesa de poner de tu parte los medios para seguir construyendo la comunidad.

¡Qué suerte tengo, Dios mío,
de poder hacer oración con mis queridos hermanos,
pues según tus palabras, tenemos la ventaja
de que Tú estés en medio de nosotros.

Estás presente, Jesús,
para derramar tu espíritu sobre nosotros,
como lo derramaste sobre tus apóstoles
y primeros discípulos,
cuando estaban reunidos y perseveraban en la oración,
en íntima unión de espíritu y de corazón en el Cenáculo.

Concédeme también, por tu presencia
en medio de nosotros reunidos para orar,
la gracia de tener íntima unión
de espíritu y de corazón con mis hermanos,
y la de entrar en las mismas disposiciones
en que estaban los santos apóstoles en el Cenáculo,
para que, habiendo recibido tu divino espíritu,
según la plenitud que me has destinado,
me deje dirigir por Él
para cumplir los deberes de mi estado
y me haga participar de tu celo en la instrucción
de los que te dignes confiar a mis cuidados.
(EMO 2:36-37)

“Pide, Jesús, al Padre, que es el Dios de los corazones, que del mío y del de mis hermanos forme uno solo en el tuyo” (M 39:3).

c. Y también en cualquier lugar, contempla a Dios presente en tu interior

Podríamos llamar a este umbral “el de los ojos cerrados”, porque es el que más mira hacia dentro, hacia ese núcleo interior donde eres más tú mismo. Ahí, en el centro de tu ser, descubres al Espíritu de Dios. Él es el don que el Padre ha puesto en ti, que obra dentro de ti y construye tu ser interior. Él sostiene y alimenta tu vida. Como dice san Pablo: “Dios no está lejos de cada uno de nosotros, porque en Él vivimos, nos movemos y somos” (He 17:28).

Nada de tipo estático: no es una estampa colgada en algún rincón. Es pura energía vital. En el centro de tu ser puedes observar esa semilla de su reino que está germinando, que intenta echar raíces, según dice Jesús: “El Reino de Dios está dentro de vosotros” (Lc 17:21). Es el amor de Dios el que quiere prender en ti, y a través de ti alcanzar a otros muchos.

Es el Dios Trinidad el que ha prometido visitar tu casa: “El que me ama guardará mi palabra, y mi Padre le amará vendremos a él y haremos mansión en él” (Jn 14:23). También este umbral es causa de satisfacción y, al mismo tiempo, de responsabilidad; porque te haces consciente de que Dios reside en ti, y, en contrapartida, te comprometes a dejarle que se adueñe de tu corazón, que Él sea el señor de tus sentidos, de tus pasiones, de tus impulsos vitales.

Mira tu propio cuerpo como lo que es: *el templo de Dios*, dice san Pablo: “¿No sabéis que vuestros miembros son templo del Espíritu Santo, que habita en vosotros, el cual habéis recibido de Dios, y que de este modo ya no os pertenecéis?” (1 Cor 7:19) (EMO 56).

La experiencia de san Agustín ante este umbral de la presencia de Dios tuvo un gran impacto en su espiritualidad. Sus mismas palabras pueden servirte para acrecentar tu conciencia de tener un tal huésped en tu casa:

¡Tarde te amé. Tarde te amé,
hermosura tan antigua y tan nueva!

Tarde te amé.
Tú estabas dentro de mí; yo, fuera.
Por fuera buscaba
y me lanzaba sobre el bien y la belleza
creados por ti.

Tú estabas conmigo
y yo no estaba conmigo, ni contigo.
Me retenían lejos las cosas.

No te veía ni te sentía
ni te echaba de menos.
Mostraste tu resplandor
y pusiste en fuga mi ceguera.
Exhalaste tu perfume y respiré
y ahora suspiro por ti.

Gusté de ti y siento hambre y sed.
Me tocaste con tu amor
y me abrazo en tu paz.

¡Tarde te amé, tarde te amé...
por eso ahora quiero amarte
por los tiempos que perdí;
porque a quien ama mucho,
mucho se le perdona,
Señor mío y Dios mío! (San Agustín, 1654)

d. Si estás en la capilla mírala como la casa de Dios, signo del que ha puesto su tienda entre nosotros

El templo de piedra, de ladrillo o de madera, que solemos llamar “iglesia”, es lugar de encuentro de quienes buscan y adoran a Dios. Por eso nos referimos a este como “casa de Dios”, porque su presencia se hace más sensible a través de los signos referidos explícitamente a Él, dado que la asamblea de los fieles celebra en el templo la actuación de Dios en nuestra historia. Allí solemos actualizar la ofrenda de Cristo a Dios por la eucaristía, parece que todo en esta casa nos remite a Dios y a su santidad.

El salmo 99 te ayuda a dar forma a estos sentimientos de fe: “Entrad por sus puertas con acción de gracias, por sus atrios con himnos, dándole gracias y bendiciendo su nombre. El señor es bueno, Su misericordia es eterna, su fidelidad por todas las edades” (Sl 99:4-5).

Adéntrate por este umbral dando gracias a Dios porque se hace familiar en tu vida, porque te acoge en su casa queriendo habitar en medio de nosotros. Puedes decírselo también con el Salmo 83: “Dichosos los que viven en tu casa alabándote siempre (Sl 83:5).

Y al mismo tiempo, siéntete urgido a ser cada día más santo, ya que el Señor te obsequia con esta cercanía:

Dame, oh Dios mío, esa santidad
que es la señal más segura de la unión contigo,
y de que estoy a tu servicio.
Purifica para ello mi alma, y hazla, por ese medio,
digna de las gracias que derramas con abundancia
en la Iglesia sobre los que se presentan a ti

con un corazón puro y enteramente desprendido
hasta de los menores pecados. (EMO 73:3)

e. En especial, disfruta de la presencia de Cristo en la eucaristía

Disfruta del signo por excelencia de la presencia de Dios entre nosotros: el sacramento de la eucaristía, donde Cristo se presenta como el gran mediador de nuestro encuentro con el Padre. Ante él, deja que resuenen en ti las palabras del Apocalipsis: “He aquí que Dios ha puesto su tienda entre los hombres. Habitará con ellos; ellos serán su pueblo y Dios mismo estará con ellos” (Ap 21:3) (EMO 76).

Lo que encuentras en este umbral no es una presencia pasiva o un objeto de devoción. Es Cristo que ora y se ofrece al Padre. Jesús espera que tu actitud sea la de unírte a Él en su diálogo con el Padre, en la ofrenda de la vida, en la acción de gracias.

Como su mediación es eficaz
cuando ofrece nuestras súplicas al Eterno Padre
y Dios le oye siempre, como dice san Pablo,
a causa del profundo respeto con que ora por nosotros,
debemos recurrir a Él en la Iglesia, y tener por cierto que
si Nuestro Señor Jesucristo se digna
hacer suya nuestra causa,
alcanzará para nosotros, sin ninguna duda,
todo cuanto pidiéramos por Él,
y cuanto Él pidiera por nosotros al Eterno Padre;
puesto que es nuestro Dios,
que se consagró del todo a nuestra salvación
y a lo que se relaciona con el bien de nuestra alma. (EMO 79)

Ante la presencia de Jesús en la eucaristía contempla la fuente de la que mana la vida, y siente la fuerza de gravedad que desde ella nos atrae, desde dentro mismo del misterio de Cristo: es la vida del Resucitado, es el Espíritu de Jesús. Él “está con nosotros en ese sacramento para darnos, dice, la vida con abundancia; y esa vida abundante consiste, según el mismo Cristo, en el conocimiento y perfecto amor de Dios” (EMO 81).

El don que Jesús ha dejado a su Iglesia, el Espíritu Santo, está en íntima relación con la eucaristía, es su efecto más inmediato: “A quien recibe, pues, el Cuerpo de Jesucristo le cabe la suerte de participar en la vida del Salvador, [...], si conserva en sí el Espíritu de Jesucristo, que es lo que Jesucristo deja en nosotros” (M 48,3).

f. Como instrumento en la obra de Dios, reconoce su presencia actuando en ti

Tu oración no está al margen de tu misión. Al contrario, de una forma o de otra, como telón de fondo o como motivo directo, la misión que el Señor te ha encomendado estará siempre en tu corazón, en tu mente y en tus manos cuando te presentes ante Él para orar.

Mírate como el instrumento que el Señor ha hecho de ti para realizar su obra salvadora. Eres portador de su presencia y de su palabra, has sido enviado para que otros puedan ver al Señor y escuchar su palabra a través de tu persona.

Vuelve con frecuencia en la oración a situarte ante este umbral, que eres tú mismo, de la presencia de Dios para otros; hazlo con agradecimiento, con humildad y con la responsabilidad de serlo de manera transparente, lo cual es un don que tienes que pedir al Señor.

Como sois los embajadores
y los ministros de Jesucristo
en el empleo que ejercéis,
tenéis que desempeñarlo
como representando al mismo Jesucristo.

Es Él quien quiere que vuestros discípulos os miren
como a Él mismo,
y que reciban vuestras instrucciones
como si fuera Él mismo quien se las diera,
y deben estar persuadidos
de que es la verdad de Jesucristo
la que habla por vuestra boca,

que solo en nombre suyo les enseñáis,
que es Él quien os da autoridad sobre ellos,
y que son ellos mismos la carta que Él os dicta
y que escribís cada día en sus corazones,
no con tinta, sino con el Espíritu del Dios vivo,
que actúa en vosotros y por vosotros,
por la virtud de Jesucristo.

[...] Para cumplir este deber
con tanta perfección y exactitud
como Dios exige de vosotros,
entregaos a menudo al Espíritu de nuestro Señor,
a fin de no obrar en esto sino por Él,
y que vuestro propio espíritu
no tenga en ello participación alguna.
Y que, de ese modo,
difundiéndose sobre ellos el Espíritu Santo,
puedan poseer plenamente el espíritu del cristianismo. (M 195,2)

3. ¡Yo soy presencia de Dios!

La celebración de la presencia de Dios no se agota en un tiempo más o menos largo que es el dedicado a la oración. Su meta se alcanza cuando se integra en un itinerario de vida. Irá creciendo en ti este sentimiento de fe que es la base teológica del ministerio: ¡Yo soy presencia de Dios en el mundo! No es una mirada narcisista hacia la propia persona, sino el reconocimiento agradecido de que la vida de Dios discurre a través de ti hacia el mundo, hacia aquellos a quienes Él te envía.

Es una experiencia íntima que puedes ver expresada paradigmáticamente en María, quien la vivió a lo largo de su vida. Tú has de intentar vivirla, a tu nivel, desde la vocación y las gracias que recibes:

[María] se anonadó profundamente
en lo íntimo de su alma,
reconociendo que todo se lo debía a Dios;
e interiormente admiraba

cuanto había obrado Dios en ella,
diciéndose lo que proclamó más tarde en su cántico:
Dios ha obrado en mí cosas grandes.

Y mirándose a sí misma,
y contemplando a Dios en ella,
profundamente asombrada
de la prodigalidad de Dios para con su criatura,
se persuadió y aún se penetró
de que todo en ella debía tributar honor a Dios,
y proclamar continuamente con David
que hasta sus huesos eran tan deudores a Dios
que no podían dejar de exclamar:
¿quién como Dios?

Si María recibió tal abundancia de gracias,
fue para compartirlas
con los hombres que a ella recurriesen.
(M 163:3. Para la natividad de María)

UN EJERCICIO DE ORACIÓN

Celebrar la presencia de Dios

Cuando vayas a orar has de decirte a ti mismo: *Voy a celebrar la presencia de Dios en mi vida.* Porque eso tiene que ser cada tiempo que dediques a la oración. Acoge y celebra la presencia de Dios como un regalo que se te da, no como el resultado del esfuerzo personal. Esta celebración se prepara en la vida, y desde la oración vuelve a proyectarse.

La celebración propiamente dicha se refiere a periodos concretos y limitados en el tiempo, son el alimento de la vida de fe. Se preparan con la oración del corazón que brota a lo largo del día, haciéndote elevar la mirada a Dios. Es lo que hacemos con esa invocación de familia: *acordémonos de que estamos en la santa presencia de Dios.* Pero luego necesitas esos tiempos tranquilos, en el retiro, donde dedicas todo tu ser a celebrar que Dios está contigo.

El *sentimiento de fe*, o esa conciencia íntima de estar ante Dios, se expande entonces en tu interior, en una onda que va agarrando todo tu ser, y se va minimizando a continuación, hasta quedarse en “una simple mirada interior de fe a que Él está presente” (EMO 99).

Aplica el alma a Dios: “aplicarse” es “entregarse por entero”, “inclinarse” hacia Dios, unirse fuertemente a Él. Eso ha de hacerse con la mente y el corazón, unidos en el *sentimiento de fe*. El acento no lo has de poner en pensar o razonar, sino en *sentir*. Y este sentimiento se transforma en afectos, no en ideas o razonamientos teológicos, pues se trata de un *diálogo de amistad*¹⁰ con el Tú de Dios.

Un ritmo dialogal

Para celebrar la presencia de Dios no necesitas seguir un esquema preestablecido. Si hay un “maestro de ceremonias” para ese ritual, ese es el Espíritu Santo, nadie más libre que Él. Intenta escucharle y déjate llevar por sus impulsos. El plan que te propongo a continuación tómalo como una serie de *señales de pista* para no perderte en el camino, no como un corsé al que tengas que ceñirte. Posiblemente te ayudará en el comienzo a centrar la oración, no en ti mismo, sino en Dios; o más exactamente, en Cristo.

Es algo como un ritmo que comienza desarrollándose en *tres tiempos*. Pero a medida que tu vida se va sumergiendo en ese ambiente celebrativo de la presencia de Dios, el ritmo de la oración debe irse simplificando. La celebración se hace más simple cuanto más honda es.

a. El encuentro gozoso con Dios

Sitúate ante uno de los umbrales a los que nos hemos referido, al que te sientas más atraído. Ocupa y motiva tu mente con alguna de las imágenes o frases bíblicas que iluminan ese umbral. Reúne toda tu persona ante el Señor y lleva esa motivación a tu corazón. Admira su presencia, gózate de estar ante Él; que es el único que cuenta. Promueve en tu interior sentimientos de fe en su presencia, de adoración, de agradecimiento, de amor y alabanza...

¹⁰ Es la expresión de santa Teresa.

A través de ellos, reconoce las maravillas que Dios ha hecho en ti y por ti: Él te salva, te hace libre, te ama con amor inmenso y guía tus pasos. Es una salida de ti mismo para *centrarte en Dios*.

b. La mirada humilde sobre sí mismo

Vuelve ahora la mirada sobre ti, pero enmarcada en ese mismo umbral. Es decir, mírate a ti ante Dios, y reconoce lo indigno que eres de Él. Esas actitudes que frecuentemente encontramos expresadas en los Salmos, como son: la humildad, la conciencia de no merecer estar en la presencia de Dios, el arrepentimiento por tu infidelidad y tu pecado, el sentimiento de ser barro quebradizo; afloran ahora en ti, exprésalas con alguna palabra, gesto corporal o frase bíblica que has memorizado.

c. El impulso hacia Cristo en el Espíritu

El tercer tiempo te vuelve hacia Jesús, de quien nos viene la salvación. Jesús es el único que nos puede presentar ante el Padre, porque es Él quien nos ha purificado con su sangre y nos permite reconocernos hijos de Dios. Por eso, a pesar de esa indignidad que has expresado anteriormente, te presentas ahora al Padre con la confianza de ser su hijo unido a Jesús.

No olvides pedir el don de su Espíritu, para que sea Él quien ore en ti, así tu oración será agradable al Padre. Este es un ritmo de celebración que promoverá una transformación en tu persona: comienzas *celebrando la presencia de Dios*, terminas *celebrando tu unión con Dios en Jesús*. Dicho de otra forma: celebras tu participación en el misterio de Dios, en su plan de alianza con la humanidad, gracias al Espíritu Santo que ora en ti.

No es tanto un cambio sino una profundización de niveles: vas adquiriendo una mirada capaz de atravesar la materialidad de las cosas o la apariencia de las personas para ver lo que está más allá de lo inmediato y lo visible. Viviendo y celebrando esta unión con Dios, no podemos hacer otra cosa que mirarlo todo de esa forma sacramental que convierte las cosas, los acontecimientos, las personas y la propia vida en “transparentes” de Dios.

CAPÍTULO 6

Orar es... entrar en el misterio de Cristo y dejarse evangelizar por Él

UNA EXPERIENCIA DE VIDA

Portadores de la salvación

Una oración centrada en el misterio de Cristo: esa es la propuesta de nuestro guía. Y necesitamos aclararla porque, en principio, parece una propuesta bastante “misteriosa”. ¿Se refiere a la persona histórica de Jesús? ¿A lo que los evangelios relatan de Jesús? ¿A lo que dice el Nuevo Testamento de Jesús? Y en todo caso, ¿dónde queda mi vida, la experiencia que estoy viviendo? ¿No puede ser esta el centro de mi oración? ¿No es en ella donde se me revela Dios? Recurramos una vez más a la experiencia de Juan Bautista de La Salle, y tal vez encontremos luz para responder a esas preguntas.

El episodio al que vamos a referirnos culminó en la renuncia de Juan Bautista a la canonjía y a su fortuna (1682-1684). Supuso un cambio radical en su planteamiento de vida; posiblemente dio, no solo una vuelta de tuerca, sino otra perspectiva a su vida cristiana. A nosotros nos ofrece la clave para comprender lo que él quiere decir con *el misterio de Cristo* sobre el que hemos de centrar nuestra oración.

Juan Bautista lleva ya algunos meses viviendo en la misma casa con aquellos maestros, que todavía no se llaman “hermanos” ni piensan formar una comunidad fraterna. Animados quizá por esa cercanía y confianza que da la convivencia diaria, le echan en cara su seguridad económica por su fortuna personal y su canonjía, en contraste con la precariedad que ellos experimentan. Si las escuelas fracasan ellos se quedan en la calle sin medio del cual vivir. Las palabras de ánimo por parte de Juan Bautista les parecen desencarnadas, muy fáciles en su boca porque él “está seguro”.

Comienza entonces un largo discernimiento en el que consultará, entre otros, al padre Nicolás Barré. Este le ayuda a leer aquella situación a la luz del Evangelio,

le hace ver que aquellos pobres maestros, tan carentes de formas religiosas, con tan poca confianza en la Providencia, están siendo, sin saberlo, instrumentos de Cristo mediante los que salvan a los niños que asisten a sus escuelas. Ellos, los maestros, son “el Hijo del Hombre que no tiene dónde reclinar la cabeza”.

La Palabra de Dios cobra fuerza y realismo. Iluminado por ella, Juan Bautista adquiere una de sus convicciones más profundas, la que está en el origen de las opciones que enseguida va a tomar: el *misterio de salvación* que el Hijo del Hombre representó en su vida se está cumpliendo en la existencia de estos maestros dedicados a los niños pobres. Ciertamente, los maestros todavía no son conscientes de que ellos son *portadores de salvación*. En adelante, Juan Bautista dedicará lo mejor de su vida y de sus energías a ahondar esa conciencia en aquel grupo de maestros, que muy pronto se llamarán *Hermanos*.

Juan Bautista irá teniendo la experiencia de que, a través de su propia persona y de los maestros con los que se ha unido, Dios ama a *los hijos de los artesanos y de los pobres* y quiere salvarlos; por ello, *ha iluminado los corazones de los que Él eligió para anunciar su palabra a los niños* (M 193:1).

La oración y la experiencia de vida van de la mano. Así aprenden a poner en relación la persona de Jesús y sus propias personas en *el único misterio de Cristo* que encarna el plan de Dios, que se hace historia de salvación, donde Jesús ocupa el centro y cada uno de nosotros entra en su campo de fuerza en la medida en que lo acepta, así contribuye a que el Reino de Dios se haga realidad. Desde la oración, La Salle y sus Hermanos encuentran el pleno sentido a cuanto están viviendo, se sienten instrumentos al lado de Cristo en la Obra de Dios. Eso cambia sus vidas y les motiva para vivir más a fondo su ministerio.

A medida que se va acrecentando en ellos la conciencia de ser mediadores de Cristo, La Salle y los Hermanos se sienten urgidos por adoptar una vida cuyos rasgos evangélicos, entre ellos la pobreza, les permitan aparecer como signos visibles de Jesucristo y ser reconocidos como salvadores de los pobres.

En las meditaciones que escribe para los Hermanos, La Salle les ayuda a hacer consciente ese camino. Es un proceso de personalización que encontramos marcado en la meditación que escribe para el día de Navidad (M 86).

La meditación comienza con la referencia a la persona histórica de Jesús bajo esa imagen tan popular y familiar para todos los cristianos en esa época del año: *el niño recostado en un pesebre*. Sin embargo, aunque eso sea lo más frecuente, no lo presenta como objeto de devoción o reclamo a la ternura piadosa, sino como signo de la manera en que ellos han de estar: dedicados a la educación de los pobres. No es la figura histórica de Jesús sino su *misterio*, que les alcanza a ellos, lo que les va a poner delante.

Ante ese *pobre niño* les invita a asumir *la pobreza* en él representada, pues, dice: “así hay que nacer a la vida espiritual: despojado y desnudo de todo”. Pero, ¿por qué hay que ponerse en esa disposición?, ¿simplemente para parecerse más a Jesús? La respuesta la encontraremos al mirar a los pobres pastores que vienen a ver ese niño desconocido y desamparado por todos: “fuera de estos pobres pastores, nadie piensa en Jesús cuando nace”. Solo ellos han sabido reconocer el signo que el Padre les envía:

Al verlo, reconocieron, por una luz interior
con que Dios los había iluminado,
que aquel niño era realmente su Salvador,
y que era a Él a quien debían acudir
para que los sacara de la miseria de sus pecados.

No podemos quedarnos contemplando la escena: La Salle nos invita a entrar en ella y vernos como actores en la narración. No es un salto en el tiempo; de lo que se trata es de entrar en *el misterio de Cristo* y actualizarlo en nuestras propias personas. Lo mismo que ese niño pobre y desvalido, también hoy nosotros: “Somos pobres Hermanos, olvidados y poco considerados por la gente del mundo. Solo los pobres vienen a buscarnos”.

¿Y cómo nos conocerán *esos pobres* que nos necesitan y a quienes hemos de salvar? Solo si somos auténticamente signos de un Mesías pobre sin poder: “Tened la seguridad de que, en la medida en que estéis unidos de corazón a la pobreza y a todo lo que puede humillaros, produciréis fruto en las almas”.

Entonces, lo mismo que los ángeles dieron a conocer a los pastores el signo de un niño nacido en un pesebre como el Salvador, también hoy “Los ángeles

de Dios os darán a conocer, e inspirarán a los padres y madres que os envíen a sus hijos, para que los instruyáis”.

Así es cómo, lo que pudiera haber quedado en una evocación piadosa de una escena evangélica lejana en el tiempo, se actualiza, nos agarra y se prolonga en nosotros como *mediadores de la salvación de Dios*. Esa será la motivación última para “aproximarnos” a Jesús e identificarnos con Él.

Aquellos para los que representas a Cristo, para quienes estás *actuando y realizando* el plan de salvación de Dios, descubren el sentido auténtico de tu ser de cristiano y consagrado. Por ellos te descubres a ti mismo como instrumento libre, fiel y creativo en la realización del plan de Dios, en la construcción de su Reino.

EN CAMINO CON NUESTRO GUÍA

1. La oración en el misterio de cristo

En los pasos anteriores de este camino de oración que estamos haciendo juntos hemos puesto el acento en la presencia de Dios: oramos en ella, nos adentramos en alguna de las formas de su presencia y la celebramos.

Deja que te muestre otra perspectiva para completar la anterior, aunque de hecho ya estaba iniciada con ella, pues no existe la una sin la otra; solo es cuestión de acentos. En los pasos siguientes te invito a centrar la oración en la *acción* de Dios, en su plan de salvación. Esa acción salvadora de Dios ha quedado personalizada en Jesucristo, la Palabra de Dios hecha carne. Es *el misterio o plan secreto revelado por Dios en Jesucristo* (Ef 3:12).

Toda oración cristiana tiene su centro en Cristo. Aspiramos a llenarnos de Él y queremos unirnos interiormente a él. La máxima realización de este camino es lo que san Pablo expresa como experiencia propia: *Ya no soy yo quien vive; es Cristo quien vive en mí* (Ga 2:20). Parece una expresión tan mística que quizás se te antoje infinitamente lejos de tu realidad. Pero tiene una lectura muy próxima. Basta con que te veas a ti mismo como una parte importante, porque lo eres, del misterio salvador de Cristo.

Mírate como el instrumento a través del cual llega la vida de Cristo y su amor misericordioso a otras personas. Te darás cuenta de que puedes hacer tuya la misma frase de san Pablo, no solo como un horizonte lejano aunque deseable, sino como un reflejo de lo que ya estás viviendo, aunque sea de forma muy imperfecta. Lo estás viviendo *en camino*.

Seguramente tendrás que sonrojarte muchas veces y avergonzarte de ti mismo al constatar que lo que se filtra a través de ti es, con frecuencia, como esos rayos de luz que a duras penas atraviesan una vidriera sucia y llena de telarañas. Aun así, ha de pesar más la conciencia de que la luz llega a ti y quiere pasar a través de ti. Agradécelo y disponte a limpiar los cristales, a ser mejor instrumento, sin que la evidencia de tu debilidad y pobreza logren hacerte perder la alegría de saber que el Señor se ha empeñado en *hacer obras grandes por ti*, y lo cantes así con María en su *Magnificat*.

Pero hay otra cosa más, muy característica de la oración cristiana, y es que nuestra relación con Jesús nos introduce en la relación en la que Él mismo está situado: con el Padre y el Espíritu. Y en esa relación trinitaria nuestra oración no se hace más complicada, sino más rica:

- Escucharás con Jesús la voz del Padre sobre ti: “Tú eres mi hijo amado; en ti me complazco” (Lc 3:22).
- Y con Jesús serás capaz de decirle al Padre: “No se haga lo que yo quiero, sino lo que quieras tú” (Mt 26:39).
- Unido a Jesús, sentirás al Espíritu contigo: “El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha consagrado para llevar a los pobres la buena noticia de la salvación” (Lc 4:18).
- Y el Espíritu Santo te llenará de alegría como a Jesús, para decir al Padre: “Te doy gracias porque has revelado estas cosas a los sencillos” (Lc 10:21).

Vamos a fijarnos con más detenimiento en algunas facetas del acontecimiento “Jesús” haciéndose vida y oración en ti. No es una suma de cosas para memorizar. Es como un rico paisaje que aquí verás en una gran panorámica, pero que solo lo disfrutarás realmente cuando te introduces en él y vayas visitando esa fuente, aquel bosque, este jardín... O con otra comparación más exacta: es salir de aventura con un amigo al que has decidido aceptar

incondicionalmente, y al que simplemente le dices al principio: “Condúceme tú”. Y él te va sorprendiendo cada día, cada momento, con nuevos encuentros, con nuevos descubrimientos...

2. Jesús, el “umbral” hacia el padre

Sin duda, el primer encuentro que nos va a facilitar Jesús es el de su Padre. Como a María Magdalena después de la Resurrección, nos dirá: “Voy a mi Padre y vuestro Padre, a mi Dios y vuestro Dios... (Jn 20:17).

Nos hemos referido ya a los diversos *umbrales* por los que podemos llegar al encuentro de Dios. A través de todos ellos hay como una corriente que te arrastra hasta situarte ante Cristo, como único umbral seguro: “Nadie va al Padre sino por mí” (Jn 14:6). “Puesto que Jesucristo es vuestro mediador y que no podéis ir a Dios sino por medio de Él, suplicadle que esté siempre en vuestra alma, para que ore en ella a Dios y la lleve a Él” (M 62:3).

Notarás que hay cierta paradoja en toda esta manera de hablar, pues si nos referimos a Jesús como el umbral por el que llegamos al Padre, también decimos que es Él, Jesús, quien se encarga de “pasarnos” hacia el Padre.

La realidad es que, cuando nos abrimos a la acción de Jesús y nos hacemos disponibles, Él asume toda la iniciativa en la construcción de nuestra identidad y de la comunidad. Como en una letanía podemos proclamar:

Tú nos llamas,
nos consagras al Padre,
nos reúnes en comunidad por el Espíritu,
nos iluminas en el camino del Evangelio,
nos das la vida y nos atraes hacia ti,
nos orientas al cumplimiento de la voluntad del Padre,
nos haces fructificar
y nos concedes tu Espíritu para que realicemos con celo
la misión que nos has confiado.

3. Jesús, centro y motor de nuestra oración

Los que hemos tenido la suerte de conocer a Jesús y creer en Él sabemos que la Historia de la Salvación alcanza en Él su cumbre más alta. En Él hemos tocado el ser de Dios, que es *Amor*. En Él se ha hecho definitiva y segura la alianza, tantas veces rota, entre Dios y la humanidad. Por Él se nos ha concedido el Espíritu Santo, que es la misma vida de Dios. Y Él es Camino, Verdad y Vida. ¿Necesitamos más motivos para explicar por qué Jesús es el centro de nuestra oración?

Cuando oramos lo hacemos como miembros vivos de Jesucristo, unidos a Él,

Uniéndonos
a sus disposiciones interiores cuando oraba,
y pidiéndole que Él mismo ore en nosotros,
y presente nuestras necesidades a su Padre,
considerándonos como cosa que le pertenece
y como sus propios miembros,
que no tienen ni pueden tener
vida interior, movimiento y acción sino en Él,
pues estas cosas no se hallan en quienes son de Él,
sino en la medida en que Él los anima. (EMO 167)

Estos son *sentimientos de fe* que conviene explicitar en nuestra oración. Así hacemos posible que sea el Espíritu de Jesucristo quien ore en lo íntimo de nuestro corazón. Nos descentramos de nosotros mismos para centrarnos en Jesús, y le pedimos “*que nos dé su Espíritu para hacer oración solo bajo su dirección*” (EMO 170).

4. El que ora en nosotros es Jesús

¿Cómo es la oración de Jesús en nosotros? Se puede manifestar de muchas formas, pero los tres rasgos que siguen la caracterizan bien y la permiten reconocer fácilmente. Cuando tu oración reviste estos rasgos, tienes la garantía de que es Jesús quien está orando en ti:

a) La oración del hijo

La oración de Jesús en nosotros es, ante todo, oración filial, lo cual no consiste simplemente en determinadas palabras, sino, sobre todo, en unas actitudes: abandono confiado en el Padre, escucha atenta de su palabra, dependencia filial de su voluntad, intención de agradecerle en todo, disposición de entregarse a su obra...

Pregúntate en la oración si esas actitudes caracterizan tu relación con Dios. Pero no pienses que con tu esfuerzo vas a lograrlas. Más bien son un regalo que Dios da a quien se las pide con sencillez y apertura de corazón, como el hijo que pide pan a su padre. Espíritu de hijo, eso es lo que necesitas para orar con Jesús: “Concédeme, Señor, tu espíritu de filiación, que me dé la confianza de clamar a Dios en unión contigo: ¡Abba, Padre!” (EMO 232:7).

b) La oración del hermano

La oración de Jesús en el capítulo 17 de San Juan expresa muy bien este rasgo: Jesús ora por los suyos para que se mantengan unidos, y está en medio de ellos para producir esa unidad: “Te pido que todos vivan unidos, Padre, como tú estás en mí y yo en ti, que también ellos estén unidos a nosotros [...] Yo en ellos y tú en mí para que lleguen a la unión perfecta” (Jn 17:21-22).

La oración fraterna de Jesús, al igual que la oración filial, provoca en nosotros la disposición necesaria para construir la comunidad: “concédeme también, por tu presencia en medio de nosotros reunidos para orar, la gracia de tener íntima unión de espíritu y de corazón con mis hermanos” (EMO 37:3).

c) La oración ministerial

Este tercer rasgo también está expresado en la oración de Jesús en el capítulo 17 de san Juan: “Por ellos yo me consagro a ti” (Jn 17:19). En nuestra oración nos situamos ante el Señor como enviados y mediadores suyos respecto a quienes Él nos ha confiado: alumnos, personas con las que nos relacionamos y que, de alguna forma, dependen de nosotros. Y oramos como *representantes de Dios y embajadores de Cristo*, como *sus ministros*, que tienen a su cargo unas almas de

cuya salvación son responsables, y de las que darán cuenta tanto como de la propia (M 205:2).

De la misma forma que nuestro ministerio es participación en el ministerio de Cristo, el Buen Pastor que da su vida por las ovejas, igualmente nuestra oración participa en la oración ministerial de Cristo, de la cual es un signo privilegiado su presencia en la eucaristía, en la que está “como nuestro mediador e intercesor ante el Padre” (EMO 78).

Esta actividad ministerial que vemos en Cristo se ha de reflejar en nosotros. En la oración contemplamos la acción salvadora del Hijo de Dios enviado a la humanidad, y, como respuesta, nos entregamos a nuestra acción ministerial en favor de aquellos a quienes hemos sido enviados¹¹.

5. El objeto de nuestra oración es Jesús

Te proponía un pequeño plan para no perderte en el camino, cuando hablamos de la *celebración de la presencia de Dios*, e insistía en que se trataba de una ayuda, no de un corsé para seguir al pie de la letra y en ese orden; lo mismo voy a hacer ahora y con una observación idéntica para ayudarte a celebrar y orar *el misterio de Jesús*. Lo importante es no perder nunca la fuerza de atracción que te arrastra hacia la meta: *tu participación en Él*. Todo lo demás son pistas que pretenden ayudarte a hacer tu *camino de oración*.

Seguro que ya tienes claro que dicho *misterio* se desarrolla en los Evangelios y también a lo largo de la historia, en la Iglesia, en los santos, en nosotros mismos. Es siempre la persona de Jesús, pero no como un objeto de recuerdo.

¹¹ El papa Francisco, en su exhortación *Evangelii gaudium*, da una fuerza especial a esta oración que se llena de nombres: “Hay una forma de oración que nos estimula particularmente a la entrega evangelizadora y nos motiva a buscar el bien de los demás: es la intercesión. Miremos por un momento el interior de un gran evangelizador como san Pablo, para percibir cómo era su oración. Esa oración estaba llena de seres humanos: «En todas mis oraciones siempre pido con alegría por todos vosotros [...] porque os llevo dentro de mi corazón» (Flp 1:4-7). Así descubrimos que interceder no nos aparta de la verdadera contemplación, porque la contemplación que deja fuera a los demás es un engaño. Esta actitud se convierte también en agradecimiento a Dios por los demás: «Ante todo, doy gracias a mi Dios por medio de Jesucristo por todos vosotros» (Ro 1:8). [...] De esa forma, cuando un evangelizador sale de la oración, el corazón se le ha vuelto más generoso, se ha liberado de la conciencia aislada y está deseoso de hacer el bien y de compartir la vida con los demás”. (Francisco, 2013, pp. 281-282)

Sus acciones, así como sus actitudes y palabras se actualizan hoy en nuestra vida y en la misión que realizamos, porque nosotros somos el Cuerpo de Cristo.

Para empezar, decide primero cuál va a ser el objeto particular o tema de tu oración:

- Tal vez es esa situación que estás viviendo, un sentimiento, una preocupación, una experiencia... y quieres traerla ante el Señor para descubrirla y asumirla como parte de la acción de Dios en tu vida.
- O te sientes motivado por una escena evangélica, unas palabras de Jesús u otro texto bíblico... La Palabra de Dios que nos ofrece la liturgia diaria es una buena guía para esa elección.
- O quieres servirte de una reflexión o comentario que has leído, o el ejemplo de vida de algún santo u otro testigo de la fe.

Comienza, pues, fijando tu mente sobre el motivo de la oración. Y enseguida, baja de la mente al corazón y sumérgete en una relación interpersonal con Cristo. Déjate llevar por estos impulsos, o por alguno de los siguientes en particular:

a) Celebra el misterio

Siéntete alcanzado por su salvación, y exprésalo con *un sentimiento de fe*, esperanzado y gozoso, o lleno de interrogantes y de angustia. Contempla a Jesús que pasa cerca de ti como lo hizo por el camino donde pedía limosna el ciego Bartimeo, y te dice como a él *¿qué quieres que haga por ti?* O escúchale diciéndote como a Zaqueo, subido a un árbol: *Baja, que quiero hospedarme en tu casa.* O como la hemorroísa que tocó su manto para ser curada, siente la mirada de Jesús sobre ti, porque ha establecido contigo una relación especial.

La acción salvadora de Jesús entra en tu vida: adora, agradece; y dilo también con expresiones de amor, confianza y reconocimiento. O simplemente, como María, la hermana de Marta, quédate a los pies de Jesús, en silencio, contento de poder estar en su presencia y dando sentido a tu vida con su palabra.

b) Déjate evangelizar la vida

Permite que *el misterio de Cristo*, sus actitudes, sus palabras, confronten e interroguen tu existencia. Cuando te pones en frente a Cristo y dejas que Él mire tu corazón, lo normal es que se avive en ti el deseo de conversión, de una mayor identificación con Él, después de constatar la lejanía entre tu vida y su mensaje.

Reconoce tu fragilidad, tu infidelidad. Pide fuerzas para salir de tu situación de comodidad, tal vez de pecado; ábrete a la misericordia de Dios y a su amor, que todo lo puede.

c) Entra en el espíritu del misterio

Y ahora ya, aceptando serenamente tu propia debilidad y que solo puedes recibirlo como un regalo de Dios, pide a Jesús que te permita unirse a Él, y que sus palabras se hagan carne en tu vida.

Y unido a Jesús desde la fe, ponte en las manos del Padre para que Él te haga mejor imagen de su Hijo, y que puedas ser también mejor instrumento en su obra salvadora para aquellos a los que te envía.

¡Y cómo no! Es una ocasión propicia para acudir a María, quien supo contemplar y encarnar la Palabra y el misterio de Jesús como ningún otro ser humano. Encomiéndate a ella en este empeño.

6. El misterio de Cristo es nuestro misterio

No ha sido este un tema fácil, ¿verdad? Pero es central en nuestro camino de oración. Intentaré recoger a continuación, aunque suene repetido, algunas de las pistas que te he proporcionado para *orar en y con el misterio de Cristo*.

Cuando haces objeto de tu oración un pasaje evangélico, tu preocupación no ha de estar en reconstruir fielmente, con la imaginación, la escena que presenta dicho pasaje, sino en *conectar con el acontecimiento "Jesús" en tu vida, aquí y ahora*.

¿Por qué? Porque no oramos sobre cosas o sucesos pasados, sino sobre el plan de Dios que estaba alentando en aquellos acontecimientos y hoy está en tu vida. Oramos sobre el único *misterio de salvación*, que fue revelado en Jesucristo, que desborda la persona humana de Jesús y alcanza la humanidad entera. Toma carne en nosotros, sus seguidores y también sus ministros; en nosotros se actualiza y a través de nosotros llega a otros hombres y mujeres. Somos una *presencia real* de Cristo Salvador en la tierra, hoy.

Si esto fuera solo un *enunciado teológico*, de poco valdría. Tenemos que convertirlo en un *impulso* para vivir: será la fuerza interna que dé vida a nuestro ministerio. Pero es una fuerza que se alimenta en la oración y es fruto de la presencia de Jesús en la comunidad ministerial: “que haya un movimiento continuo de nuestras acciones a Cristo y de Cristo a nosotros, puesto que Él es quien les da el espíritu de vida” (EMO 34).

No te preguntes, pues, por cuál ha de ser, preferentemente, el tema de tu oración, si *el misterio de Jesús* o más bien tu vida y tu ministerio. Porque el uno ha de conducirte al otro, y viceversa. Si inicias tu oración sobre los evangelios, sobre alguna de las acciones que se narran de Jesús o sus enseñanzas, la oración ha de llevarte a verlo en tu propia vida: verás a Jesús actuando en ti, encarnando en ti la buena nueva del amor de Dios. Y si inicias tu oración sobre alguna situación o algún acontecimiento de tu vida o de tu ministerio, la oración te llevará a preguntarte cómo haces transparente a Jesús, cómo encarnas su evangelio, cómo estás siendo su mediador para que Él pueda ser hoy reconocido.

En definitiva, la oración es el lazo con el que anudas estas dos fuerzas haciendo de ellas una sola: aprecias la acción salvadora del Hijo de Dios sobre tu vida, y contemplas, como respuesta, tu acción como ministro suyo, que salva a aquellos a los que Él te envía.

Esa unión de fuerzas en la oración tiene su reflejo en la vida: serás capaz de asumir que eres un simple ser humano, con tus limitaciones y flaquezas, y al mismo tiempo podrás desarrollar *la conciencia de ser mediador*, de estar viviendo el misterio de Jesucristo en tu persona y servirle de instrumento en su obra salvadora.

UN EJERCICIO DE ORACIÓN

El misterio de Jesús, Maestro y Salvador, se actualiza hoy en mí

Haz oración con lo que se te propone en este capítulo 6. En particular, lee nuevamente el apartado 6 y, a su luz, déjate inspirar por el siguiente texto de la meditación 195,3 de Juan Bautista de La Salle:

Todos vuestros cuidados
con los niños que os están confiados
serían inútiles si Jesucristo mismo no les comunicara
la virtud, la fuerza y la eficacia
que necesitan para llegar a ser de provecho;
igual que el sarmiento no puede dar fruto por sí mismo,
dice Nuestro Señor,
si no está unido a la cepa,
del mismo modo no podréis vosotros darlo
si no permanecéis en mí (Jn 15:4).

La gloria de mi Padre consiste
en que llevéis mucho fruto
y que seáis discípulos míos (Jn 15:8).

Lo que dijo Jesucristo a sus santos apóstoles,
os lo dice también a vosotros, para daros a entender
que todo el fruto
que podáis producir en vuestro empleo,
en relación con aquellos que os están confiados,
no será ni verdadero ni eficaz
sino en la medida en que Jesucristo lo bendiga
y vosotros permanezcáis en Él;
igual que el sarmiento, que no puede producir fruto
sino en cuanto permanece unido a la cepa,
de la que obtiene la savia y el vigor,
y eso es lo que también origina
toda la bondad del fruto.

Con esta comparación,
Jesucristo quiere daros a entender que,
cuanto más animado esté por Él
lo que realizáis por el bien de vuestros discípulos,
y cuanto más saque de Él su virtud,
tanto más fruto producirá también en ellos.

Por eso tenéis que pedirle mucho
que todas las instrucciones que les deis,
estén animadas por su Espíritu,
y que reciban de Él todas sus fuerzas;
para que, así como es Él quien ilumina
a todo hombre que viene al mundo (Jn 1:9),
sea también quien ilumine su espíritu,
y les mueva a amar
y practicar el bien que les enseñéis.

Después, ora siguiendo el esquema dinámico que se te propone en el apartado 5:

- Celebra el misterio
- Déjate evangelizar la vida
- Entra en el espíritu del misterio

Puedes servirte de las expresiones que siguen; acomódalas y desarróllalas, para dar forma a tus propios *sentimientos de fe*:

Jesús:

*Tú eres la vid; yo, un sarmiento tuyo,
que solo tiene vida en cuanto está unido a Ti;
y solo puedo dar vida a otros si Tú me la comunicas.*

*¡Gracias!, porque te has fijado en mí,
y me has enviado,
para que sea entre los niños y jóvenes un signo tuyo,
para que les ayude a encontrar sentido a sus vidas.*

Jesús:

*No es fácil la labor que me has encomendado.
Con frecuencia siento la tentación de abandonarla,
o reducirla a lo más mecánico,
lo que menos me compromete.*

*Tú sabes mis dificultades, mis miedos, mis desánimos.
Conoces mi tendencia a lo cómodo,
o a buscar aquello que es más rentable para mí,
antes que lo que puede ser
más provechoso para mis alumnos.*

*Cuento poco contigo en mi labor,
me olvido fácilmente
de que solo soy un instrumento tuyo.*

Jesús:

*Que seas Tú el Maestro, y yo, tan solo tu discípulo.
Que tu Espíritu actúe en mí, y yo me deje mover por Él.
Que mis alumnos puedan llegar a verte a Ti
a través de mi persona.*

*Dame tu luz, tu gracia y tu fuerza,
para actuar en todo momento como 'ministro' tuyo.*

*Ilumíname, sobre todo, en esas situaciones... [expongo alguna]
o con esos muchachos de mayores dificultades... [y los nombro]*

*Tú eres quien mueve los corazones.
Confío en Ti y me abandono a tu gracia.*

María:

*Y tú, María, la Madre de Jesús, su educadora:
abre mi corazón a su Palabra, a su Espíritu,
y acompáñame siempre en mi labor.*

CAPÍTULO 7

Orar es... dejar al Espíritu que ore en mi interior

UNA EXPERIENCIA DE VIDA

Lo más importante es... el Espíritu

Dador de vida: así confesamos nuestra fe respecto del Espíritu Santo. Juan Bautista de La Salle camina sobre esta *experiencia de fe* a lo largo de toda su vida. Y a medida que se acerca el final de sus días se va transformando en algo tan evidente y de tan vitales consecuencias que no duda en hacer de ella su mensaje conclusivo, casi a modo de testamento. En ese mensaje se refiere, de un lado, al *espíritu* (con minúscula) que debe animar a la Comunidad y a cada uno de sus miembros; de otro, al *Espíritu* (con mayúscula) que es la fuente a la que hay que recurrir si se quiere tener aquel.

Lo más importante, y a lo que debe atenderse con mayor cuidado en una Comunidad, es que todos los que la componen tengan el espíritu que le es peculiar. Aplíquense, pues, los novicios a adquirirlo, y los que a ella están ligados cuiden ante todo de conservarlo y aumentarlo en sí mismos. Porque este espíritu es el que debe animar todas sus obras y ser el móvil de toda su conducta. (Regla de 1718, 2,1)

Juan Bautista ha podido comprobarlo directamente según se iba desarrollando el proyecto de las Escuelas Cristianas: ni las tareas de la misión ni las estructuras de la comunidad valen nada ni producen fruto sin el protagonismo del Espíritu.

Es este mismo Espíritu Santo
quien anima nuestras acciones
y es en ellas un Espíritu de vida,
y hace que no sean en nosotros acciones muertas,
no solo en cuanto acciones cristianas,
sino también en cuanto acciones propias
de nuestro estado y de nuestra perfección,
que piden una perfección particular en ellas. (EMO 36)

Es como una corriente de vida, una presencia activa; o como lo llama la liturgia: *Fuego, Viento, Luz*,... ese es el auténtico dinamismo que forja nuestra identidad.

- Sin esa Presencia, incluso la vida de fe se convierte en cumplimiento vacío de preceptos, o en una voluntariosa fidelidad a esquemas rutinarios de piedad...
Con ella, en cambio, es una relación interpersonal, que nos predispone a hacerlo todo *guiados por Dios, movidos de su espíritu y con intención de agradecerle* (La Salle, 1718, RC 2:6).
- Sin ella, el proyecto de la misión se reduce a un conjunto de tareas y, en el mejor de los casos, una aportación de respuestas eficaces a necesidades estructurales...
Con ella, la misión consiste en salir al encuentro de las personas para anunciarles la Buena Nueva, que es otra Persona. Y es signo de otro encuentro, de la alianza entre Dios y la humanidad.
- Sin ella, la comunidad se identifica con una serie de estructuras para estar juntos, para el intercambio y la mutua protección...
Con ella, la comunidad se plantea como una comunión entre personas, y las estructuras se establecen para facilitar los lazos internos entre las personas.

El Espíritu es *renovador de la vida*. Juan Bautista sabe lo que es recibir nueva vida del Espíritu. Ha podido comprobarlo en su propia persona; por ejemplo, cuando le llega aquella carta escrita *por los principales Hermanos* de París el domingo de Pascua de 1714. Tras dos largos años de noche oscura, puede constatar que el Espíritu está presente en la Comunidad por él fundada, y le invita, a través de sus Hermanos, a recordar las maravillas que el Señor ha hecho por su medio, y a reavivar así la llama que parecía extinguida: “todos estamos convencidos de que Dios le ha dado y le da las gracias y los talentos necesarios para gobernar esta nueva compañía, que es de tanta utilidad para la Iglesia; y es de justicia testificar ahora que Vd. la ha guiado siempre con mucho éxito y edificación”.

Los dones que Juan Bautista de La Salle ha puesto al servicio de la Iglesia son el testigo del carisma que ha recibido y que ha hecho de él un instrumento eficaz para la acción del Espíritu. El hecho de reconocerlo no será motivo de envanecimiento, sino de confianza y docilidad ante la presencia activa del Espíritu en la persona de su ministro. Desde su propia experiencia, Juan Bautista nos anima, en la meditación sobre san Martín, a reconocer esa “capa” de la que el Espíritu nos ha provisto para compartir:

Rogad, pues, al Espíritu de Dios que os dé a conocer
los dones que Dios os ha concedido, [...]
para que los anunciéis a quienes tenéis a cargo de instruir
no con las palabras que emplea la sabiduría humana,
sino con las que el Espíritu de Dios
inspira a sus ministros. (M 189:1)

Esa conciencia de ser instrumento se apoya sobre dos actitudes básicas: *fidelidad* y *creatividad*. Con ellas quedarán superadas en cada situación las normas, las costumbres, los reglamentos y los métodos para poner por encima de todo la iniciativa del Espíritu. Pero habrá que estar atento a esa iniciativa, y esa es la intención de Juan Bautista cuando se propone en su proyecto personal:

“Le consultaré mucho respecto de lo que deba hacer...”.

Luego añade:

“Debo esperar las órdenes de la Providencia para actuar, pero sin dejarlas pasar cuando las haya conocido” (Reglas Personales 9).

Este es, pues, un criterio fundamental, la atención al Espíritu que Juan Bautista de La Salle, desde su propia experiencia, nos anima a integrar en el modo de conducirnos en la vida, como en nuestro modo de orar: “[En vuestra profesión] debéis, además, obrar por la gracia, y poner de manifiesto que os conducís por el impulso del Espíritu de Dios” (M 45:3).

EN CAMINO CON NUESTRO GUÍA

1. *Un don que hay que pedir*

Desde que comencé a acompañarte en el camino de la oración me he referido con frecuencia a la acción del Espíritu Santo y su protagonismo en ese camino. ¿Eres consciente de su necesidad? Hábituate a invocarlo y pedir el don de su presencia, como también el don de tu apertura y docilidad a su labor en tu persona.

Si quieres ser instrumento útil en la Obra de Dios necesitas estar *lleno del Espíritu Santo* (He 2:4), porque es Él quien construye la Iglesia y es Él el verdadero protagonista de la evangelización. Sin Él, tu labor y tus esfuerzos quedarán infecundos.

Si eres educador estás comprometido en la generación de una nueva humanidad, y eso es una tarea que supera absolutamente tus fuerzas. Solo puedes hacerlo con el poder del Espíritu. Esa convicción has de transformarla frecuentemente en oración: “Repetidle a menudo con la Iglesia estas santas palabras: Envía tu Espíritu Santo para darnos nueva vida, y renovarás la faz de la tierra” (M 42:3).

Es toda la comunidad la que necesita tener dentro de sí al Espíritu, tanto para permanecer unida como para poder cumplir con su misión. No es solo cada uno de sus miembros como individuo: “Pedidle que conserve siempre su Espíritu Santo en vuestra comunidad y decidle a menudo, con David: no nos arrojes, Dios mío de tu presencia ni retires de nosotros tu Santo Espíritu” (M 77:3). Y la petición tiene que ir acompañada de una actitud de disponibilidad para ser fieles a las inspiraciones del Espíritu.

Debe uno considerarse dichoso
cuando Dios lo visita con sus inspiraciones.
Seamos fieles a ellas,
pues de ordinario Dios une a esta fidelidad
numerosas gracias,
que otorga solo en la medida en que se cumple
lo que Él manifiesta desear

de aquellos a quienes se las da.
Dios no nos envía sus santas inspiraciones
sino para disponernos a llevarlas a la práctica,
con la mira de cumplir exactamente su santa voluntad. (M 141:1)

Lo que te estoy proponiendo fue una clave decisiva que orientó mi vida. Mi deseo de ser fiel a las inspiraciones de Dios hizo posible que Él me fuera conduciendo, *de un compromiso a otro*, hasta hacerme cargo de la comunidad de las Escuelas Cristianas, sin que yo hubiese podido preverlo al comienzo.

2. El Espíritu de Dios es quien ora en nosotros

El Espíritu es el auténtico maestro y guía para quien quiera recorrer con éxito el camino de la oración. Él es quien sabe cómo orar, qué necesitamos, qué hemos de pedir a Dios. Así nos lo dice san Pablo: “somos débiles, pero el Espíritu viene en nuestra ayuda. No sabemos lo que nos conviene pedir, pero el Espíritu intercede por nosotros con gemidos inexpresables” (Ro 8:26).

Si dejas que sea el Espíritu quien te conduzca, Él estará presente cada vez que te pongas en oración. Recurre a Él, ábrete a sus inspiraciones y pídele esa disponibilidad que necesitas para que Él pueda actuar y orar en ti.

Parece que también es conveniente
pedir a Nuestro Señor que nos dé su Espíritu
para hacer oración solo bajo su dirección.
Y para podernos llenar de Él,
es preciso renunciar
al espíritu propio y a los propios pensamientos,
para no admitir en uno, durante la oración,
sino aquellos que el Espíritu Santo se digne
inspirarnos y comunicarnos durante este tiempo.
De modo que se pueda poner en práctica
lo que dice san Pablo,
que el Espíritu de Dios es quien ora en nosotros,
porque por nosotros mismos no podemos tener
ningún buen pensamiento como de nosotros mismos. (EMO 170)

Llenarse de Dios..., lo que he planteado desde el principio como la meta de la oración, es más el resultado de dejarse penetrar por la presencia del Espíritu Santo que del esfuerzo personal o del método seguido en el ejercicio de la oración. De igual forma, si quieres mantenerte unido a Dios, eso no dependerá solo de tu voluntad sino de la acción del Espíritu:

Ese mismo Espíritu será
quien haga subir mi oración hasta Ti,
como incienso de muy agradable olor,
y quien pueda luego conservar en mí
el espíritu de oración,
y mantener el fuego que Tú hayas encendido en mí
durante ese tiempo,
sirviéndome de tus divinas palabras. (EMO 171:3)

También me he referido muchas veces a que la oración ha de hacerse *en el fondo del alma o del corazón*. Eso viene a ser la oración que hace el Espíritu en nuestro interior, en ese “lugar” que representa la raíz y el núcleo vital de la persona: “y Dios, que sondea lo más profundo del ser, conoce cuáles son las aspiraciones de ese Espíritu que intercede por los creyentes en plena armonía con la divina voluntad” (Ro 8:27).

Permite al Espíritu y pídele que sea Él el corazón de tu oración. Cada uno de sus latidos será, de una forma o de otra, *el sentimiento de fe de estar en la presencia de Dios y de participar en el misterio de Cristo*. Toda la validez del método que utilices reside en su capacidad de hacerte sintonizar con esos latidos y moverte a su compás; es decir, de la apertura que promueve en ti hacia el Espíritu. Es lo que san Pablo nos advierte (1 Cor 12:3): “Nadie puede decir ‘Amén’, de un modo digno de Dios, sino movido por el Espíritu Santo” (EMO 171,2).

UN EJERCICIO DE ORACIÓN

El Espíritu Santo habita y ora en mí

Relee el apartado 2 de este capítulo. O toma esta parte de la meditación 62 de Juan Bautista de La Salle. Léela, escucha sus interrogantes, que resuenen en

tu interior; déjate contagiar por los sentimientos de fe que La Salle ha volcado en ella.

Una observación para ayudarte a leerla: La Salle, desde la antropología de su época, habla aquí de “cuerpo”. Se está refiriendo a la persona entera, que desarrolla su existencia a lo largo del día en diferentes ocupaciones. La persona, gracias a la presencia del Espíritu Santo, se convierte en lugar de culto y oración, una “oración extensiva” que se prolonga durante toda la jornada. Y es toda la persona el objeto de la ofrenda que aquí se menciona.

No solo vivís en casa de oración:
sino que vuestros mismos cuerpos son casas de oración.
En efecto, ¿No sabéis, dice san Pablo,
que vuestros cuerpos son templos del Espíritu Santo,
que habita en vosotros, y os han sido dados por Dios,
y que ya no os pertenecéis a vosotros mismos,
pues habéis sido comprados a alto precio?
De donde concluye san Pablo: ‘glorificad, pues,
y llevad a Dios en vuestros cuerpos’ (1Cor 6:19-20),
puesto que vuestros cuerpos son casas de oración.

Con este mismo espíritu y con este sentimiento,
el mismo san Pablo os conjura, en otro lugar,
por la misericordia de Dios,
a que le ofrezcáis vuestros cuerpos
como hostia viva, santa y agradable a sus ojos. (Rm 12,1)

¿Pensáis alguna vez en la dicha
que supone para vosotros
que el Espíritu Santo resida en vuestros cuerpos
como en su templo,
y que sea Él quien ora en vosotros y por vosotros? (Rm 8:26)

Abandonaos totalmente a este divino Espíritu
para que pida a Dios, por vosotros,
todo lo que os conviene para el bien de vuestra alma
y de aquellos de quienes estáis encargados,
y para que no actuéis sino por Él. (M 62:2)

Desarrolla luego en oración, en diálogo con el Señor, tu sentimiento de fe. Puedes servirte de las siguientes expresiones que propone La Salle:

Qué grande es tu bondad, Dios mío,
al darme tu divino Espíritu.
Sé que es para guiarme y dirigirme en mis acciones.

Este es tu deseo:
que cuanto haga, sea movido por tu divino Espíritu,
que mis sentimientos estén inspirados por Él,
que mis afectos estén en conformidad con los tuyos;
que tu divino Espíritu se adueñe de tal forma de mi interior,
que no haya sitio para nada extraño;
pues tu Espíritu nos hace ver en las criaturas
cómo te transparentan a Ti,
y así desaparece en nosotros cualquier idea de ellas
que nos impida acercarnos y llenarnos de Ti.

Ven, pues, Espíritu Santo, a poseer mi corazón
y animar de tal modo mis acciones,
que se pueda decir que las produces más bien Tú que yo,
y que ya no tenga vida, ni movimiento, ni acción,
sino en cuanto Tú mismo me los das.

Dichoso aquel que ya no vive ni obra
sino por el Espíritu de Dios:
de ese tal se puede decir
que ya no vive él sino que Cristo,
o más bien el Espíritu Santo, vive en él. (EMO 62)

CAPÍTULO 8

Orar es... agradecer y ofrecer, como instrumento de la obra de Dios

UNA EXPERIENCIA DE VIDA

Señor: ¡tu obra!

En el centro del proyecto de vida de Juan Bautista de La Salle, en medio de su atención, de su interés, de sus motivaciones, se encuentra con toda claridad la *obra de Dios*. Es como el tesoro escondido por el que ha vendido toda su hacienda y al que dedica toda su energía. Y la parcela que el Señor le ha encomendado en su obra coincide con *el establecimiento y guía* de la comunidad que ha nacido por su mediación para atender a las escuelas al servicio de los pobres:

Consideraré siempre la obra de mi salvación y del establecimiento y guía de nuestra comunidad como la obra de Dios: por eso le dejaré a Él el cuidado de la misma, para no hacer lo que me corresponda en ella, sino por orden suya; y le consultaré mucho sobre todo lo que deba hacer, tanto en una cosa como en la otra; y le diré a menudo estas palabras del profeta Habacuc: *Domine, opus tuum*. (Reglas Personales 8)

Cuando ese centro está tan sólidamente establecido como en la vida de La Salle, entonces la historia personal se funde con la Historia de la Salvación. Y el resultado es que, en todo lo que ocurre, en las relaciones vividas, en el itinerario personal que se entrelaza con el de sus Hermanos, en *la comunión para una misión*, reconoce que es Dios quien salva, es Dios que realiza su obra, por eso se abandona en sus manos.

Ya no habrá otro punto de referencia. Todo queda unificado bajo esa única perspectiva. Y en cuanto ha reconocido la obra de las escuelas y la dirección de los maestros como la misión recibida de Dios, polariza toda su existencia en torno a la cristalización de tal proyecto. Ese es el lugar en que se encuentra con Dios y en el que Dios quiere salvarlo a él. Desde esa convicción

fundamentada en la fe tomará como criterio de vida para sí lo que luego propondrá también a sus Hermanos:

Es buena norma de conducta no hacer distinción entre los asuntos propios de su estado y el negocio de la salvación y perfección propias, y convencerse de que nunca se asegura mejor la salvación ni se adquiere mayor perfección que cumpliendo los deberes del propio cargo, con tal de que se cumplan con la mira puesta en la voluntad de Dios. Intentaré tener esto siempre presente. (RP 3)

Pero La Salle no se contenta con llevarlo en su corazón, en su intención o como criterio de discernimiento. Siente la necesidad de expresarlo, de decirse-lo a Dios y a sí mismo cada día de su vida. Y nada mejor que su consagración a la Santísima Trinidad para formular la unidad de su vida en función de *la gloria de Dios*, en comunión *con estos Hermanos*, para *la obra de las escuelas*.

Cada día, pues, de forma explícita, “reagrupa su vida”, en un sentido radical, desde esas tres dimensiones que la hacen crecer en volumen y en densidad. “Buscaré todos los días el momento para el cuarto de hora que debo emplear en renovar la consagración de mí mismo a la Santísima Trinidad” (RP 2).

A los Hermanos intenta transmitirles ese mismo sentido de unidad e integración de vida en función de la Obra de Dios. De sobra sabe que, en la práctica, la unidad no es pasividad, sino que exige una tensión constante, y no siempre es fácil lograr el equilibrio; pero hay que intentarlo, como le recuerda al Hno. Roberto con estas dos observaciones expresadas en una misma carta, con unos criterios claros:

Es preferible omitir algún ejercicio (de piedad) para ocuparse de algo indispensable, antes que disponer para ello del tiempo dedicado a la escuela, pues el tiempo de escuela no debe acortarse ni un momento. No se distraiga con pensamientos de la escuela durante la oración, cada cosa a su tiempo. (Carta 56:5.7)

EN CAMINO CON NUESTRO GUÍA

1. *Vivir en la búsqueda de la raíz*

Llegaste desde la vida a la oración. Ahora se trata de volver desde la oración a la vida. La oración se integra en la vida, forma unidad con ella y le da profundidad. La unidad de vida no es una cuestión de aritmética: no la lograrás solo porque respetes el tiempo dedicado a cada cosa. Es, sobre todo, *una actitud interna*, un proceso de radicalidad evangélica, *una búsqueda incansable de la raíz de la vida cristiana*.

Al igual que Cristo hace de su vida una ofrenda al Padre para cumplir su voluntad, así estamos llamados a vivir en esa actitud, que no se limita al ‘sí’ dado en una determinada circunstancia de la vida, en la consagración de nuestro bautismo, y para algunos también en su consagración religiosa:

“No debéis contentaros con haberos ofrecido a Él una vez. Tenéis que renovar esta ofrenda cada día, y consagrarle todas vuestras acciones, no haciéndolas sino por Él” (M 104:2).

El motivo de la ofrenda no es algo abstracto, ni algo tan general que no compromete a nada. La obra de Dios a la que nos consagramos y que puede exigirnos incluso el sacrificio de la propia vida —de hecho, nos lo exige en el día a día— se explicita, en nuestro caso, en la educación cristiana de los discípulos:

El ardiente celo que tenéis
de salvar las almas de los que habéis de instruir,
es lo que ha debido llevaros a sacrificaros,
y consumir toda vuestra vida
para darles educación cristiana,
y para procurarles en este mundo la vida de la gracia,
y en el otro, la vida eterna. (M 201:3)

La ofrenda va de la mano del agradecimiento: porque todo lo que damos lo hemos recibido previamente de Dios, porque Él ha querido contar con nosotros, y porque a través de nosotros Él sigue haciendo *obras grandes* entre aquellos a los que nos envía.

2. Del agradecimiento a la ofrenda

Agradecimiento y *ofrecimiento* son la coronación natural de un ejercicio de oración, y también el eslabón que enlaza esta con la vida de cada día:

- El *agradecimiento* es por lo que acabas de experimentar: “por los favores que se han recibido de Él en la oración, por los buenos sentimientos que en ella nos ha transmitido, y por los afectos que nos ha hecho concebir” (EMO 335).
- El *ofrecimiento* se abre en abanico desde ese tiempo de oración que ya termina, pasando por tus disposiciones y tu persona, *ahora*, hasta lo que vas a vivir *en este día*: es la ofrenda de esa partecita de tu existencia que es “hoy”, pues este es *el tiempo de la salvación* (2 Cor 6:2). Es como poner fecha y firma a tu oración, para atestiguar que lo que has dicho y vivido en ella te compromete el resto del día.

Agradecer y ofrecer son como las dos caras de una misma moneda. Son los dos sentimientos que surgen de modo natural, uno tras de otro, mientras contemplas tus manos abiertas: en ellas has recibido el don de Dios y en ellas colocas simbólicamente tu ofrenda a Dios. Y con tus manos abiertas confiesas: *todo me viene de Dios y todo ha de volver a Él*. Cuanto tengo y cuanto soy me lo ha concedido Dios para participar en su obra, y en ella debe ser empleado. El punto de partida es *la iniciativa de Dios*, lo que he recibido de Él; y no mi esfuerzo o generosidad.

Y en ese *atribuir todo a Dios* no se exceptúan ni siquiera los sentimientos y afectos que han aflorado en mi oración, o mis deseos de hacer el bien, pues si surgen en mí es por la acción del Espíritu en mi interior. Así nos lo recuerda san Pablo: “es Dios mismo quien realiza en vosotros el querer y el hacer, más allá de vuestra buena disposición” (Flp 2:13).

Te habrás dado cuenta de que han sido muchas las veces, en este camino, que te he invitado a *dar gracias*: por *la presencia de Dios*, por tu participación en *el misterio de Cristo*, y ya al final de la oración, por el encuentro tenido con Dios.

Pero más importante y significativa que esa repetición es *la actitud* que se va promoviendo en tu interior: la actitud de quien está vuelto hacia Dios porque sabe que todo lo recibe de Él. Es el *reconocimiento* que ha de aflorar de continuo, y que va disponiendo tu persona, empujándola a darse a Dios. La *atención a Dios* te lleva a la *intención hacia Dios*.

3. Una vida unificada en la ofrenda

La ofrenda es también la expresión de la unión con Dios a la que nos ha conducido la oración. Y era la meta que buscábamos: *unirnos interiormente a Él*. La oración empieza con el *recogimiento*, es decir, con la *reunificación de la persona en la presencia de Dios*. Y desemboca de forma natural en la vida con el *ofrecimiento* a Dios de toda la existencia.

En la ofrenda está significada la integridad de la persona, de sus energías y cualidades, y de sus limitaciones y debilidades, en función de la obra de Dios. Pero no es primariamente un ejercicio de la voluntad, sino el fruto de la oración, es decir, del encuentro con Dios, de la apertura que se ha producido en nuestra persona ante Dios.

La ofrenda nos sitúa en la perspectiva del espíritu de fe: *hacerlo todo con la mira puesta en Dios*. Es, al mismo tiempo, un compromiso de responsabilidad y creatividad, para corresponder a los designios de Dios y a los dones que Él nos ha concedido. Ese mismo compromiso te impulsará a adoptar *resoluciones* concretas de cambio y conversión cuando sea necesario.

Lo podrás expresar de muchas formas, con este espíritu: “Acepta y fortalece, Señor, el deseo que tengo de agradarte a Ti por encima de todo; de glorificarte, siendo un buen instrumento en tu obra de salvación, y de hacer siempre tu santa voluntad” (EMO 338:4).

Agradarte: Tú eres el Señor de mi vida, el valor y el criterio definitivo para mis decisiones. Rechazo todos los ídolos, todos los otros “señores” que intentan hacerse con mi vida.

Glorificarte: porque a ello he sido consagrado por el Bautismo. Y tu gloria consiste en realizar la obra que me has encomendado para que tu Reino se haga cada vez más presente en nuestro mundo.

Hacer tu voluntad: ¿qué mayor unidad puedo dar a mi vida que centrarla en la búsqueda y realización de tu voluntad, Padre?

“Aplicaos, a ejemplo de Jesucristo, vuestro divino Maestro,
a no querer sino lo que Dios quiere,
cuando lo quiere y como lo quiere” (M 24:1).

UN EJERCICIO DE ORACIÓN

Con el icono de la Trinidad

Para este ejercicio nos serviremos del icono de la Trinidad de Andrei Rublev (año 1411). El cuadro representa a tres personajes (ángeles, a juzgar por sus alas) sentados en torno a una mesa, con una copa en medio. Se refiere a la visita de los tres ángeles a Abraham, junto al encinar de Mambré (Gen 18:1-15). Partiendo de aquella escena bíblica el artista nos ofrece una representación de las tres personas divinas, la Trinidad.

Nos dejamos impresionar por el icono

Vamos, primero, a contemplar el cuadro: ¿qué nos sugiere?; o mejor aún: ¿qué nos hace sentir? Podemos identificar a los personajes fácilmente:

- a) El personaje de la izquierda parece tener la autoridad; representa al Padre. Los otros dos miran hacia él; y viste su manto como quien está en casa: él es el que recibe y envía. Los otros dos llevan el manto para salir de camino o como quien llega de camino.
- b) El personaje de la derecha lleva el manto color verde, símbolo de la vida, de quien tiene encargo de “recrear la tierra”. Representa al Espíritu Santo.

- c) El personaje central lleva la túnica en color rojo sangre, con una estola sobre el hombro derecho que proclama su victoria sobre la muerte. Representa al Hijo.

Antes de escuchar el mensaje de las tres personas, notemos que no es una representación “celestes”, sino que está situada en relación con la historia humana, según proclaman los tres símbolos en la parte superior del icono (*la casa, el árbol y la montaña*); recuerdan la presencia y la actuación de Dios en medio de su pueblo, en una historia en la que Dios se empeña en conseguir una alianza estable con la humanidad.

- a) A la izquierda, sobre la figura del Padre, la casa, o más bien el templo: Dios está cerca de su pueblo, puso su tienda entre nosotros, el pueblo tiene un lugar para encontrarse con Dios.
- b) En el centro, sobre la figura del Hijo, un árbol; ¿qué nos evoca?:
- La encina de Mambré, que recuerda la alianza de Dios con Abraham.
 - El árbol del Paraíso, donde se rompió por primera vez la armonía o alianza entre Dios y el hombre.
 - El árbol de la cruz, donde la alianza queda definitivamente restaurada.
- c) A la derecha, sobre la figura del Espíritu, una montaña. Nos hace pensar en:
- El monte Moriá: sacrificio de Isaac y alianza de Dios con Abraham.
 - El monte Sinaí: la ley de la Antigua Alianza.
 - El monte de las Bienaventuranzas: la ley de la Nueva Alianza.
 - El monte Gólgota: la muerte de Jesús.

Encontramos a la Trinidad situada en el contexto de la Alianza de la Historia de la Salvación. Volviendo a los tres personajes, notemos la sensación de armonía que nos transmiten: es la comunión perfecta entre las tres personas, realizada por el *círculo* que forman entre ellas (el contorno externo de las tres figuras). No es una comunión estática o pasiva, sino dinámica: hay un movimiento circular empujado por las miradas de los personajes y las manos. No es un círculo cerrado y excluyente, sino que atrae al espectador hacia su interior.

Y al entrar en el interior del círculo vemos, en el centro, la *copa*, y las miradas de los personajes que nos hablan del plan que han estado trazando en su

diálogo: la mano derecha del Padre parece estar señalando la copa; la cabeza del Hijo que se inclina ante la decisión del Padre. El brazo derecho del Hijo va hacia la copa, el color de su túnica se prolonga en el rojo sangre del interior de la copa, y su mano parece bendecirla y aceptarla. La actitud del Padre es de preocupación: Él entrega a su Hijo, y entre su figura y la del Espíritu (ver el contorno interno de las dos figuras) componen la *copa* que contiene al Hijo. Este es el mensaje central, Dios que se entrega en el Hijo. Es el *misterio de comunión* o *plan de salvación* que viene como iniciativa de Dios, es su alianza con la humanidad.

Hay una animación de las figuras, de dentro hacia fuera del círculo: lo vemos en los *bastones*, que nos hablan de su disposición para comenzar un largo camino, en los pies de los personajes, en la manera de estar sentados los dos personajes del centro y de la derecha, sus mantos de caminante... El plan de salvación que han trazado, el *misterio de comunión* representado por la copa, ha de ser comunicado a la humanidad. Es la *misión*. Una comunión para la misión.

Oramos, identificados con el Siervo de Yahvé

Lo que hemos ido rememorando en la contemplación del icono de Rublev podemos volcarlo en afectos de fe, en diálogo con el Padre, con el Espíritu, con Jesús, sintiéndonos invitados a entrar en el círculo de las tres personas para ser parte de su plan de salvación.

Podemos también enriquecer y motivar este diálogo con un pasaje bíblico. Nos serviremos aquí de uno de los cánticos del Siervo de Yahvé que encontramos en el libro de Isaías, 49:1-6. Este y los otros cánticos del Siervo permitieron a los primeros cristianos comprender mejor el significado de Jesús y su identidad mesiánica.

Con la mirada en la figura de Jesús y en la copa que Él tiene delante y acepta tomar, hago mías las palabras del Siervo, cuyo *misterio* alcanza su culmen en Jesús y se extiende en cada uno de los que seguimos a Jesús. Comienzo con este acto de fe que es el sentimiento profundo de pertenecer a Dios, y dejo que su eco resuene ampliamente en mi interior: *el Señor me llamó desde el seno materno, desde las entrañas de mi madre pronunció mi nombre.*

La fuerza del Siervo está en ese encuentro personal con su Dios. De Él es la iniciativa, mucho antes de que el hombre pudiera ni siquiera plantárselo. La influencia de Dios en la vida del profeta se despliega de forma arrolladora. Es Él quien va trabajando al profeta y establece con este una intimidad especial.

Con esta actitud descanso en la mano del Señor, acepto ser instrumento para su obra: *convirtió mi boca en espada afilada, me escondió al amparo de su mano; me transformó en flecha aguda y me guardó en su aljaba*. Oigo la palabra de confianza que me dirige el Padre, *me dijo*: “Tú eres mi siervo, Israel, y estoy orgulloso de ti”.

El Siervo experimenta su pobreza y su debilidad, y eso me pasa al mirarme a mí y considerar mis fuerzas y la experiencia de mi pasado. Las situaciones de desánimo, la tentación de abandono, se presentan. ¿Cuántas veces lo he experimentado? Sin embargo, cuando la experiencia de Dios se ha adueñado del corazón del profeta, una secreta confianza le sirve de fundamento, y esa es la que ahora quiero afianzar: *aunque yo pensaba que me había cansado en vano y había gastado mis fuerzas para nada; sin embargo, el Señor defendía mi causa, Dios guardaba mi recompensa*.

Mi fuerza, como la del Siervo, solo puede residir en la seguridad de que Dios me ha llamado y enviado. Dejo de mirar mi debilidad. Miro al Señor, que confía en mí para que le traiga a tantos niños y jóvenes que, tal vez, sin mí no le encontrarán: *escuchad lo que dice el Señor, que ya en el vientre me formó como siervo suyo, para que le trajese a Jacob y le congregase a Israel*.

Así es la experiencia de Dios para el profeta. Lejos de quedarse en una reflexión intelectual, agarra a la persona por dentro, la impulsa como fuego, influye en sus decisiones, unifica su vida...; no le quita el miedo, pero le da una humilde confianza en la fuerza que lo impulsa: *yo soy valioso para el Señor y en Dios se halla mi fuerza*.

Lo repito una y otra vez, como un eco que hace vibrar mi interior, le da hondura y lo llena de serenidad. Toda mi vida queda convertida en signo del Dios que salva, toda mi vida queda orientada por esta finalidad, Él dice: *“te convierto en luz de las naciones, para que mi salvación llegue hasta los confines de la tierra”*.

Entro en ese juego de miradas que se muestra en el icono. Con Jesús miro al Padre y siento a mi lado al Espíritu, que recrea mi vida y me da el aliento que necesito. Y mi oración se resuelve en agradecimiento y ofrenda.

Y YA AL FINAL...

Un pequeño *vademécum* que recoja lo esencial de las pistas que hemos ido descubriendo.

Como has visto, utilizamos diversos nombres para referirnos a la misma realidad: *oración mental u oración personal, oración del corazón u oración interior*. Al adentrarnos en esta realidad hemos ido percibiendo su riqueza. Podemos atrevernos a describirla brevemente con las siguientes pinceladas:

- 1. El ambiente:** *un modo de vida, la persona interior que, como Abraham, camina en la presencia de Dios.*
 - Descubre cada día tu vida como *historia de salvación*.
 - Y contempla en ella a Dios, *que todo lo conduce con sabiduría y suavidad* y te va llevando *de un compromiso a otro*.
- 2. El lugar:** *lo íntimo del corazón, el fondo del alma.*
 - En el núcleo central de la persona, allí donde te sientes tú mismo.
 - Cuando vayas a orar recoge y unifica tu persona ante Dios para estar todo entero ante Él, con Él. Entra en lo íntimo del corazón pues allí es donde ora el Espíritu.
- 3. El horizonte:** *llenarse de Dios y unirse interiormente a Él.*
 - La oración es un ejercicio de amor, no una reflexión intelectual.
 - Aspira a la máxima realización: *ya no soy yo quien vive; es Cristo quien vive en mí* (Gal 2:20).
- 4. La búsqueda:** el camino de la oración es también *el camino de la búsqueda de Dios*, o más exactamente, de *la voluntad de Dios*, de lo que Dios espera de ti.
 - Él es el Dios de la historia, el Dios al que se encuentra y se le reconoce actuando.
 - Nuestra dificultad real en la oración consiste en *no percibir la acción de Dios*.
 - No te acostumbres al silencio de Dios: busca su voz y su presencia a través de su palabra. Gracias a esta nunca llega a esfumarse ese lazo del encuentro, por tenue que sea.

5. **La comunicación:** *por el sentimiento de fe apoyado en la palabra de Dios.*
 - Es el impulso del interior de la persona hacia Dios.
 - Es la expresión del querer (de la voluntad y del amor) que Dios suscita en el corazón.
 - Se puede expresar con *afectos* o con la *simple mirada interior de fe*.
 - La palabra de Dios que mueve el corazón es la *fuentes* de la oración.

6. **El contenido:** es *Dios mismo, que está presente y actúa* según su plan de salvación. Es el *misterio* o plan secreto que Dios nos ha revelado en Cristo (Ef 3:1-12). Se desarrolla en dos momentos que tienden a fundirse en uno, pues *Presencia* y *Misterio* son dos perspectivas de la misma realidad de Dios que se ha hecho carne entre nosotros.
 - Lo primero es *aplicarse a la presencia de Dios*. Ella es precisamente lo que más contribuye a infundir el espíritu de oración. La presencia de Dios nos “sorprende”, nos hace salir de nosotros mismos, nos abre a su palabra, nos pone en alerta para descubrirlo en nuestro mundo, y especialmente en sus preferidos, los pequeños y los pobres.
 - Y a continuación *celebramos la acción de Dios y entramos en el espíritu del misterio* que se revela en Jesús. Él es el verdadero centro de nuestra oración. Nos sentimos alcanzados por su salvación, dejamos que ese *misterio de amor* evangelice nuestra vida, nos hacemos sus portadores para los jóvenes, especialmente los pobres y animados por el Espíritu de Jesús nos unimos a su oración: ¡*Abba, Padre!*

7. **El ritmo para caminar:** *el ritmo de las tres miradas* te puede ayudar en cada ejercicio de oración:
 - Comienza siempre *mirando a Dios*: su presencia o su acción salvadora. El sentimiento de fe se despliega en adoración y acción de gracias, alabanza y bendición, amor y confianza...
 - Después, mira *tu propia persona*, pero siempre en relación con Dios, y reconoce tu situación de pecado, de vacío, de pobreza o de infidelidad... Pide perdón, invoca la misericordia de Dios, expresa tu arrepentimiento y deseo de conversión y compromiso...
 - Y *vuelve de nuevo la mirada a Dios, unido a Jesús*. Busca el apoyo del Espíritu Santo. Expresa tu disposición a colaborar con Jesús y su Evangelio, a ser mediador de su amor y su salvación.

A medida que avances en el camino, deja que el ritmo vaya simplificándose.

8. **El protagonista:** ha de ser cada vez más *el Espíritu de Jesús*.
 - Porque nosotros *no sabemos cómo orar ni qué pedir* (Ro 8:26).
 - No hables mucho en la oración. Reduce tus palabras para prestar más atención a su palabra.
 - Y pide al Espíritu que sea Él el corazón de tu oración.

9. **Integrada en la vida:** la oración se integra en la vida, en una actitud de búsqueda de la raíz de la vida cristiana, que se condensa en este anhelo: *Señor, ¡tu obra!*
 - Al final de la oración, *agradece y ofrece*. Dos sentimientos que se complementan para expresar este acto de fe: todo me viene de Dios y todo ha de volver a Él.
 - En actitud de *atención* a Dios e *intención* hacia Dios.

REFERENCIAS

- Blain, J. (s. f.). *Memoria de los comienzos*.
- Campos, M. y Sauvage, M. (1993). *Explicación del método de oración (de san Juan Bautista de La Salle, presentación del texto de 1739: instrumento de trabajo*. Madrid: SPX.
- Discípulos de los Corazones de Jesús y María (2014). El icono de Betania. Recuperado de <http://www.dcj.m.org/es/dcj.m-cultura/ioan-gotia/el-icno-de-betania/>
- Foster, D. (2009). *La llamada de lo profundo. Abondar en la oración*. Cantabria: Sal Terrae, Santander.
- Francisco. *Evangelii gaudium*. Noviembre 26 de 2013.
- La Salle, J. B. (1718). Reglas Comunes, RC.
- La Salle, J. B. (s. f.). *Meditaciones*.
- Laplace (1988). *El camino espiritual a la luz de los Ejercicios Ignacianos*. Cantabria: Sal Terrae, Santander.
- Lumen (1988). *La oración interior*. Buenos Aires: Lumen.
- Pablo II. Carta de la Congregación de la Doctrina de la Fe. *La oración cristiana: encuentro de dos libertades*. Octubre 15 de 1989.
- Pilkington, E. (1995). *Aprender a vivir*. Cantabria: Sal Terrae, Santander.
- San Agustín de Hipona (1654). *Las confesiones de san Agustín*.
- San Francisco de Asís (1224). *Cántico de las criaturas*.
- Santa Teresa de Jesús (1562). *Libro de la vida* 11, 6-9.
- Sígueme (1990). *La filocalía de la oración de Jesús*. Salamanca: Sígueme.

Este libro se terminó de imprimir en el mes de noviembre de 2017
en CMYK Diseño e Impresos S.A.S.
En su composición se utilizaron tipos
Goudy Old Style de 12/14,4, Californian FB 14/16,8
Se imprimieron 300 ejemplares en Book Cream de 75 gramos.